



DIE:

Sec:

Ubic:

Año:

OTIS:

FILE



—

—

—

407099

9/286-23

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



Ubicación:

9. (286-23)

Año:

SYS:

407099

Biblioteca Nacional



1808963

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE



Sección Chilena

45-551/111

Ubicación:

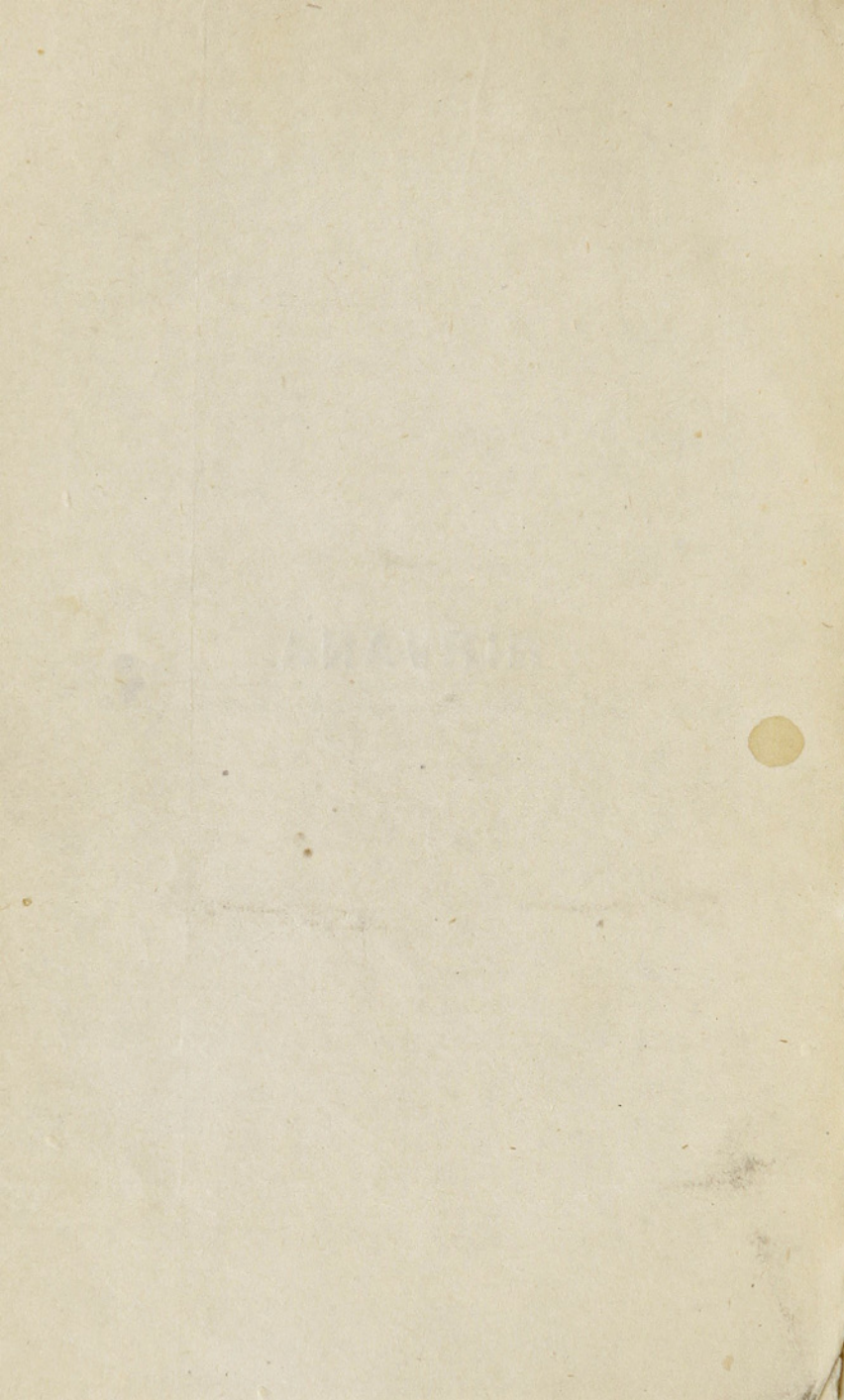
Año:

1904

Sys:



NIRVANA



Colección de Escritores Americanos
dirigida por Ventura García Calderón

VIII

NIRVANA

(VIAJES AL EXTREMO-ORIENTE)

POR

AUGUSTO D'HALMAR



CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907,
Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

REVISTA DE LA

REVISTA DE LA

191

REVISTA DE LA

ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL



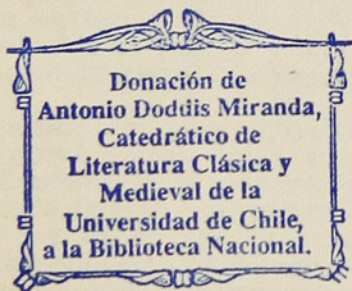
CASA EDITORIAL

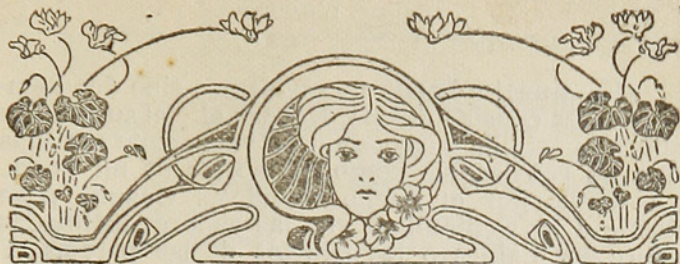
Casa de editores, 125 - BARCELONA

AL EXMO. SEÑOR
DON F. PUGA BORNE
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS
DE CHILE

HOMENAJE DE AFECTUOSO RESPETO

A. d'H.





Navidad en el mar

A bordo del «Oronza». Alta mar, 24
Diciembre.

La noche es brumosa y fría sobre el Atlántico indeciso, allá por los 27° de latitud norte; pero resplandece el salón del vapor y la brisa lleva muy lejos, tal vez hacia el Africa, los alegres ecos de la orquesta. Han formado todas las familias una sola en torno del árbol de pascua; los niños han tenido su juguete y sólo se sustraen a la fiesta de los pasajeros, los jugadores del «smokin-room».

¿Solamente? Un poco fatigado de la danza y de mostrarme alegre, salgo a cubierta un momento. Lentamente la recorro, desde la segunda clase, donde también se celebra la Noche Buena, hasta la tercera, en que los emigrantes empiezan a dejar languidecer sus villancicos. No hay estrellas y en las olas que murmuran cada una con su voz distinta, va proyectándose la luz verde de la linterna de babor. Alguien grita; en las alturas de algún mástil estalla otro grito, «All right» ha respondido el centinela. Y el viento le ha arrebatado de los labios las palabras y las ha esparcido.

¡Ea, pues! a bordo no quedamos sino dos hombres solos consigo mismo. Hace el oficial su guardia sobre la toldilla y yo recuerdo vagamente esa vida que ha retrocedido como las costas de mi tierra. ¿A dónde por el ancho mundo?... Cuando paso frente a las ventanillas, veo las cabezas inclinadas sobre los naipes o las siluetas de las parejas. Y un abandono como solo puede sentirse en medio al Océano en esta velada tradicional, me sobrecoge como un presentimiento.

¿Dónde, hacia dónde? ¡Dios mío! Las olas se entretejen como una malla y tan lejos como alcanza la vista ciñe la niebla el horizonte. ¿Qué hacer para sofocar la angustia que nadie comprenderá ya? La vida se presenta sin sentido y todas nuestras aspiraciones son como espejismos.

Vuelvo a pasear lentamente alejándome del ruido o acercándome. Estos amigos de un mes se divierten ajenos a mí y aunque he contribuído a su regocijo, nadie ha echado de menos mi ausencia. ¿Por qué tampoco? A donde quiera uno va con su pobre yo, limosneando simpatías. Y en la mano tendida, únicamente los años van dejando caer su escarcha.

—¿Permite usted?—dice alguien detrás de mí.

Miro casi asustado. Entonces el que me ha dirigido la palabra se coloca a mi izquierda y silenciosamente hace y deshace conmigo el paseo monótono. Yo pienso y él fuma con las manos a la espalda como lo he visto siempre durante la travesía. Si alguien nos viese juntos, tal vez no daría crédito a sus ojos.

¡Este compañero de viaje, hasta hace un momento estaba para mí tan distante el huraño viajero que no había cambiado un saludo con nadie! Hacía el gasto de las bromas y de las suposiciones y yo mismo cuántas sátiras no habré lanzado a costa suya. Y he aquí que en la noche de Navidad, andando sobre cubierta, se me coloca al lado, junto al corazón y a la secreta soledad. De un golpe he comprendido su retraimiento y he visto en su pasado y en nuestro idéntico porvenir. ¡Pobre viajero! ¡Pobre compañero de viaje! Inútilmente mañana no volverá tal vez a acer-

cárseme, porque con este simple movimiento de acompañarse conmigo en la noche de los recuerdos, me ha dicho más que con todas las confidencias. ¿Hablamos siquiera el mismo idioma? Nada importa, ni hace falta. Paseo taciturno a lo largo de un puente de barco; muda compañía y separación sin fin! No puede ofrecer la vida nada más elocuente ni más íntimo.

Y me parece ahora tan alejada la vana garrulería de todos. De alma a alma se han presentado dos hombres y cada uno en presencia del otro, se ha sentido menos abandonado, como si el impalpable reino del espíritu les protegiese.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido? La noche o tal vez la vida! Gracias, viajero, único compañero de viaje, venido no sé de dónde y que posiblemente no volveré a ver; hombre de quién sabe qué patria, gracias, hermano, alegres pascuas y dichosa vida! No nos hemos estrechado siquiera la mano, pero no nos olvidaremos.

El centinela da de nuevo su alerta. El comedor empieza a llenarse para la cena. Una campana suena ocho veces de a dos golpes repetidos. ¡Medía noche! ¡Para los soñadores y los ensueños, una vez más ha nacido Cristo! Separémonos sin haber quebrantado el silencio y que cada cual, como una promesa, diga:—¡Adiós—en su corazón.

Han pasado las Navidades ¡tantas! desde que escribí esta impresión hasta que vuelvo a leerla, y los que celebramos esa fiesta flotante, tan sólo en el barco fantasma volveremos a encontrarnos agrupados. Sin embargo, quién sabe caiga este libro entre las manos de alguno y por eso, sólo para él, copio la tarjeta que esa noche puse en cada asiento y que alguien conserva tal vez.

On the high-seas on board the S. S.
«Oronza» X mas. Eve 190...

After a tiresome journey, following the star of Magi the three, here are the Christians resting

under the only shade that is to be had to protect them. The Xmas tree has flourished converging it self with toys, and the boys who call them selves men, will each one, pick his sorrows or expectations.

Dear companions, we shall part to morrow, but to day allow me to wish you a Merry-Xmas and in this evening-party, that is for thismoment our one family only, and as the time passes, never only home, I trust we will never forget we were mind the distance we are apart, we shall remember each other simpathetically.





Sonatina

ADAGIO

La máscara ciega de Beethoven emerge lívidamente de la penumbra, junto al cortinaje que tú rozabas cuando venías a verme al alba, con tus mejillas y tus labios frescos y el húmedo toque de luz en tus pupilas.

Beethoven cierra los ojos bajo su corona de laurel, como yo cuando las palmas de tus manos acariciaban mi frente y las cintilaciones de tus sortijas entre mis cabellos, parecían chispas arrancadas por esos pases magnéticos.

Cierra los ojos Beethoven como yo cuando quería conservar tu imagen después que te habías ido, para soñar contigo en pleno día, sobre el rojo diván que nos había anidado.

La máscara de Beethoven cierra los ojos como si escuchase las campanas del crepúsculo, a esta hora cuando cada tarde yo trato de distinguir si viene tu paso entre los confusos ruidos de la colmena.

Y cuando, sacudiendo la cabeza, ahuyento estas ideas vagas, que se me han venido adhiriendo, como los difusos lampos de luz de esta hora, cuando alzo los párpados, es para abarcar este pequeño recinto que tú amabas y donde todas las cosas parecen pensar en ti como yo, y aguardarte. ¿Vendrás? ¿No vendrás ya? Toda la vida no tiene otro ritmo para mí.

El espejo reclama tu imagen, te reclaman mis flores y el Narciso que se yergue sobre mi mesa de trabajo, como la pareja de tu cuerpo adolescente. No-ha-de-ve-nir-, no ha de venir, golpetea el reloj como mi corazón, y hasta la pequeña gárgola de Notre-Dame, como una sibila, parece vomitar cosas negras en mi tintero.

Y el día se desvanece como mi esperanza y su luz; mientras quedo sumergido en la sombra, junto al cortinaje caído, apenas un lampo sobre la máscara de Beethoven, que tiene cerrados los ojos como bajo un angustioso cansancio, como bajo este desaliento mortal...

ALLEGRO.

Mi jornada y mi semana están llenas con las preocupaciones inútiles de toda pequeña vida que no se tiene sino a sí misma, y sin embargo yo, tardo en despertarme porque sé que nada se me espera, esta madrugada he abierto los ojos al primer rayo de sol y algo como un cascabel se agitaba en mi corazón. Es mi amor que vendrá esta noche, me he dicho en alta voz y he saltado del lecho como un colegial en día de asueto.

Y el interminable día de otras veces ha transcurrido lento y dulce como nunca porque había tantas ocupaciones útiles, para preparar mi cuarto de estudiante; era preciso poner flores en mi cristal de bohemia y alimentar la vieja lámpara que cada velada arde solitariamente y que esclarecía ahora nuestra cena. ¡Oh! Así adornaba yo mi corazón y así lo henchía de ternura, para que su claridad tibia y perfumada le hiciese olvidar a mi amor, su travesía por las calles tortuosas, antes de nuestro encuentro al pie de la bendita estatua.

Y me parecía oír sonar ya en los campanarios,

como una hora de fiesta íntima en el silencio de la gran ciudad las doce campanadas de la media noche.—¿Tú? ¡tú! Y ningún beso, sino una sonrisa, hasta encontrarnos subiendo la escalera a tientas, cogidos de la mano como dos hermanos.

Y me contaría todos sus pensamientos de estos días que corren muertos sin que podamos vernos. ¡Ah! ¿Por qué, en medio al mundo indiferente u hostil, la mejor parte de nuestra existencia envejece lejos de los seres amados? ¿Dónde el lugar de las reuniones sin adiós? Y los poetas sueñan y los creyentes esperan.

¿Son bastante blancos el pan y la leche que he de brindarle? El vino es bastante rojo, bastante doradas las frutas, y el lecho es blando para que se duerma como un niño junto a mi corazón? Cosas felices que compartiréis nuestro amor ¡cómo os sonrío nada más que por eso!

Y unas tras otras las horas, el sol que desciende y la sombra pluviosa que se anuncia. Brillad estrellas del firmamento, o bien que caiga la lluvia de los malos inviernos... Hasta nuestro refugio no ha de llegar sino su ruido familiar; veremos desplegarse a través de los cristales el velo tembloroso del agua que acerca a los enamorados como si los aislara del mundo, y así sentiremos mejor que no nos tenemos sino a nosotros.

¡Dicha, dicha! ¿Por qué pensar siquiera que toda alegría es una asechanza y que a cualquier convite Carabosse es la última hada que llega? Hoy es juventud; el mañana no me importa. El calendario muestra una sola hoja; el reloj no tiene sino doce horas en su esfera y mi corazón late con el segundo que se despierta, no con el que se ha ido, ni con el que vendrá. ¡Qué sé yo si sucumbiré mañana a mi amor! ¡Qué sé si lo mataré mañana! Las flores dan su perfume y la cera de las bujías está todavía intacta.

Y como nunca la pequeña coquetería del peinado, de la corbata más bella, del lazo de la corbata. Serán sus dedos que lo deshagan, sus dedos que revolverán mis cabellos, sus traviesas manos que confundirán todo lo que me rodea y que

espera su llegada. Y durante los días que han de seguir, yo respetaré ese desorden para que algo de su sér siga acompañándome.

Seis de la tarde y ya nada sino aguardar. Hundido en el diván que ha de compartir conmigo, fumo y sueño despierto... Porque de este sueño fastidioso de la vida, tan sólo un beso puede despertarnos.





Fantasma

A bordo del «Osmaniech». 40^o-45 Lat. N.,
28-44-Lon. E.

Voy a tocar algo muy íntimo que durante años me ha hecho compañía en secreto, y como uno se separa en cierto modo de aquellas cosas de que habla, me consolaría a lo menos, conservar le su prestigio a mi confidencia, de modo que cuando no la encuentre ya en mi corazón, pueda conformarme pensando que la he depositado intacta en otros corazones.

Sobre todo en Venecia, entre el vapor como de pesadilla con que el 'Adriático muerto rodea la ciudad dormida; ha sido sobre todo allí donde he experimentado con más violencia la impresión que quiero expresar. En el sopor de Venecia, donde yo paseaba mi luto de tres años y, mi interminable soledad.

Y no sé si aquel pasado desvanecido, aquel silencio y aquella quietud, la inmovilidad de las lagunas estancadas y los fanales sobre pilotes carcomidos; no sé si aquella fascinación de agua en la sombra, que se hace por todas partes y el chapoteo debajo de los edificios y los muelles; si las góndolas como féretros negros y los palacios blancos como sepulcros; si la estrechez de

puentes y calles; si las palomas en pleno sol y los gatos por la noche y el temblor incierto de los candiles ante las imágenes; yo no sé si todo eso evocaría mejor mi idea insensata, la más dulce que haya acompañado a un huérfano y que ¡ay! temo me abandone ahora que trato de dilucidarla. Porque jamás, hasta ahora, me he detenido en ella y me bastaba con sentirla latente en no sé qué profundidades de mi ser donde mi razón no penetra y que, pese a todo, permanecen fuera del alcance de las reflexiones.

¡Es tan fácil no resulte sino banal esto que ha sido mi consuelo y que ha compartido mi existencia interior! Tal vez no debiera hablarse de sí mismo, sino sardónicamente, y hacerlo con tristeza es tal vez exponernos indefensos en nuestros más delicados afectos; sin embargo, se es víctima del tormento de revelarse, como si quisiéramos vindicar, en nuestra propia alma, toda el alma humana y rendirle al fin su tributo a la cautiva encantada.

Tres años que aquella blanca anciana, me dejó huérfano de padre y madre, de lo que representaba para mí, familia, hogar, romance del pasado y estímulo para el mañana... Murió lejos de mi lado como siempre lo había querido, para «no molestar» según su suave fórmula. De las abnegaciones de toda su existencia desconocida y sin queja, yo sé, no vió ni el fruto ni la flor. Y necesito, cuando pienso en esto, evocar, para serenarme, toda su resignación, aunque esa misma conformidad al destino despótico, me haga daño. Y yo que no obtuve a cuenta de mi porvenir ningún adelanto, el más usurario que hubiese sido con tal que ella hubiese alcanzado a disfrutarlo, tomo ahora, lleno de amargura y de remordimiento, mi tardía revancha sobre la suerte, llegando hasta preguntarme si no fué preciso que ella desapareciera para que despuntase en el cielo mi estrella.

Tal vez por eso, tal vez mi amor, sea como quiera, la idea de su muerte no ha podido poseerme. ¿Cómo, muerta, es decir perdida para siempre la posibilidad de una reparación y todo irremisiblemente cumplido? No, no. Yo llegaría a con-

cebir el anonadamiento de los que logran su objeto o fracasan en su misión; pero así entre tamaño sacrificio, cuando iba a cumplirse lo que ella solo merecía porque lo había ganado ella sola! Morir, es decir desvanecerse. Y todo inútil; esfuerzos y ensueños, amor a los hombres, fe en la vida y esperanza en Dios.

¿Qué creo yo en mi corazón? Tan poca cosa seguramente como todos. Y cuanto más se apesanta la certidumbre negativa, tanto más un ansia que tiende hacia lo alto, hasta llegar a confundirse casi con las grandes intuiciones. Pensamientos y sentimientos tan opuestos se corresponden como las sumidades de una báscula cuyo fiel estuviese fuera de nosotros.

Pero para ella ¡oh, no, Dios mío! yo no puedo admitir la idea del no ser. Sé que ya no la volveré a ver nunca, jamás, y cada día me sorprendero de no haberla visto todavía, y aun antes que en otra vida es aquí en donde la busco y en donde menos me sorprendería encontrarla.

Es así, con esta incalificable esperanza, con esta esperanza a pesar de todo, como he ido por doquiera. ¿No podría surgir ahora mismo de estas ondas, que yo no sé a donde me arrastran, venir conmigo a los países de Oriente? Y en cada ciudad desconocida, me decía:—«Será aquí; salgamos y la encontraré, y como en otros tiempos, volveremos juntos.»

Yo sé bien que ella está muerta, perdida su cruz en las desolaciones brumosas, en medio a inaccesibles barrancos, doblemente lejana y aislada; yo no puedo ignorarlo; pero tampoco logro concebir que cuando se pasa haya concluído todo; que la purificación por el dolor, el holocausto a fuego lento de una vida entera, se resuelva en un montoncito de cenizas, se disipe en humo, a una ráfaga de viento.

¡Cómo en Venecia llegó a ser obsesionante, casi como una evidencia! Yo descendía hasta detalles triviales y pensaba en la cámara que podría ocupar en mi albergue. La barca es suave; pasearemos con ella. «All'ora quindici», el sol de San Marcos, comunica un poco de alegría en esta esta-

ción, «all'ora calda»: «Recibiremos» el sol. Le contaré que en aquel viejo palacio Vendramin-Calergi, se cree que habitó el Moro de Venecia; que en este «palazzo» Mocenigo, Lord Byron, su poeta querido, y será ella la que me refresque esa olvidada historia del Dux Marino Faliero.

Recuerdo sobre todo un medio día que, en la «Piazzetta dei Leoni», junto al sarcófago de pórfido, vi a un bambino casi desnudo y circundado, aureolado de palomas. Era gallardo como el tritón de una fuente, aquel pequeño veneciano, y con una gracia espontánea sostenía en su cabeza y en su brazo, las aves eucarísticas. El cielo sonreía azur, el sol le tocaba los pies y el murmullo de la siesta, en la marmórea plaza vacía de San Marcos, el chas-chas del agua contra el molo, tenían no se qué cosa de otros tiempos, como una reminiscencia; ni aun andaba el reloj de la torre; todo como en tiempo lejano, en el pasado desvanecido... Entonces pensé:—«Ella va a presentarse; vendrá cruzando la galería de los Procuradores o doblará la riva». Y miraba hacia el mar con tanta certidumbre, que casi puede decirse que el milagro se había realizado. Faltó ella todavía, es cierto; pero no era lo más difícil aquella aparición; lo más era que todo «la» aguardase como la aguarro.

Recaigo en la divagación y en el sonambulismo; presiento mi propia sonrisa. Alma mía: refúgiate en ti misma como en la cueva de todos los sueños, más verdaderos que esta realidad; la claridad del día es cruda y desencantadora; guárdatelos todos alma mía, y cuando me halle sombrío, cuando me sientas descorazonado, vuelve a desencadenar tu piadoso sortilegio y que ellos mezcen mi féretro como si fuese una cuna.





Merienda de gatos

PROLOGO

Un homme chérisait éperdument sa chatte; Il la trouvait mignone et belle et delicate.

Qui miaulait d'un ton fort doux...
Il etait plus fou que les fous.

(LA FONTAINE)

Bien que de tarde en tarde, cada cual consagra un recuerdo, a su manera, a las personas amadas y hasta a aquellos que lo amaron, ¿por qué no podría dedicar yo estas cuantas líneas al sér exquisito que compartió mi soledad de dos años antes de mi expatriación? Yo sé que nunca llegará a leerlas, y si acaso, tampoco le importarían; por lo mismo mi homenaje será tanto más sincero cuanto más desinteresado.

En este medio día pálido del Mar de Mármara, mientras marcha el navío siempre hacia adelante, sin que nunca se sepa bien dónde está ese adelante, quiero evocar lo único que no me hará sufrir en medio a la indiferencia de que nos circunda el mundo. Hemos levado ancla no hace mucho, del legendario islote de Safo. Pensar en los muertos fuera locura y en los vivos, sobrada estupidez. Pensar en un gato, que no piensa en nosotros, eso conforta y distrae.

Es de Kouchits del qué quisiera hablar. Si alguien cree que no vale la pena, no me lea; yo creeré, a mi vez, no valía la pena de que me leyese.

Un gato es un gato, ¿no es eso? es decir que no podrá metamorfosearse en otra cosa. De ahí la seguridad que he experimentado siempre cerca de ellos y aun, en la India, en medio a sus viejos hermanos los tigres. Un tigre también se sabe lo que es a ciencia cierta, mientras que un hombre... A veces ocurre que uno cree haberse ganado un amigo, cuando se ha hecho de un enemigo; otras veces se cree se ama a una mujer y se ama un fantasma, y tanto suele equivocarse el corazón humano, que estando seguro de haber sido conquistado por la gracia de una inteligencia o la pureza de un alma, de pronto viene uno a darse cuenta que un hoyuelo en la barba lo había hecho todo, un lunar detrás de la oreja, una pequeña sombra anidada en la comisura de la boca.

A Kouchits yo sabía por qué lo amaba. En principio lo amaba porque no me amaba y eso siempre hace subir a los demás en nuestra estimación; después yo lo amaba por su piel tibia que no envolvía ninguna esencia inmortal. Sus errantes pensamientos eran ajenos, sus silenciosos sueños, y siempre he gustado de figurarme las cosas a mi antojo, sin que ninguna realidad pueda venir a desmentirme... Leer libros en una lengua que me sea casi desconocida y traducir, arreglar, interpretar a placer lo que dicen, todo esto se acerca a la música... Con él no había ese temor angustioso que se siente cerca de cualquiera de nuestros semejantes, del más inofensivo, del más leal. ¿Es que sabe uno nunca lo que nos podrá enrostrar, la revelación que podrá hacernos de un largo disimulo? Un día el confidente que parecía creer más que nosotros mismos en nuestro porvenir, se rebela y nos escupe su desprecio. ¿Luego la amistad no es sino un convenio de recíprocas mentiras? Sobre cualquier afección nuestro edificio estará siempre como sobre un volcán; de ahí que

tantos misántropos no hayan querido contar sino consigo mismos. ¿Es que hay otro amor que el propio? Nadie nos ama a no ser nosotros mismos y si esto es así ¿a quién amaríamos nosotros?

Sin embargo, yo estoy seguro de haber amado a Kouchits.

Creo haberle hecho ya alguna gatografía; pero, trabajando en esta materia para mi gusto, considero mis esfuerzos apenas como gateos y si durante largos años he venido afilando la pluma en temas filosóficos o morales, no ha sido sino para poder llegar algún día, a escribir sobre él.

Muy difícil; muy difícil; una vez más creo que aplazaré la tentativa.

Hay por ahí la historia de un gatollón con botas, que puso al servicio de su amo todas sus gatas. Esa pseudo historia, ha sido hecha por alguien que no conocía la raza.

No, querido maese Perrault, usted ha creído tratar de perros, y allí es nada su gatuperio! Lo que tiene un matou a lo sumo, cuando se digna admitirlo, es un buen hombre dedicado a nutrirlo, a acariciarlo y a consentirlo. El «soi-disant» gato con botas (a menos que fuese un embotado) tendría a no sé qué marqués de Carabas; Kouchits me tenía a mí.

Ciertamente yo adoraba a ese pequeño enigma que durante el día parpadeaba obstinadamente y en medio de la noche dejaba lucir sus ojos como dos pequeños reflectores de un foco desconocido. Teniéndole a mis pies a guisa de edredón o a mi cabecera sobre mi almohada, yo soñaba en los sueños que podían asediarse y a veces lo sentía estremecerse nerviosamente y a veces quejarse como un niño en pesadilla.

Por lo demás, era seguramente de la más noble estirpe y todos sus gustos me lisonjaban como si hubiese cursado conmigo la carrera de poeta. Amaba como yo los papeles, pero para probar en ellos sus uñas o enroscarse en ellos y sobre mis más quiméricos manuscritos hilaba la rueda de

sus sueños, roncaba como una marmita puesta al fuego. Amaba, en las mañanas, dirigir al jardín sus pasos aterciopelados y aspirar sobre cada lirio (prefería los lirios a las rosas, tal vez porque no escondían espinas ni zaratanes) el perfume de la noche y de las estrellas; amaba, en las mañanas de invierno, seguir con los ojos el lento desenredarse de las nieblas en las ramas de los árboles y el vuelo de las nubes, sin que en sus predilecciones hiciese otra cosa que atenerse a su instinto. Solamente una vez lo ví engañarse y correr detrás de algo que él debió de creer un reptil y que era la sombra de un ave revoladora... Pero yo mismo, en una ocasión, había metido la mano en un estanque donde parecía brillar una estrella y había sacado un puñado de fango... En vez de reír me quedé pensativo: él se había engañado como un gato, yo como un hombre.

Vais a encontrar breve mi elucubración, desproporcionada tal vez, sin pensar que no son sino notas dispersas, para esa gran obra que nunca se escribirá. Kouchits no ha muerto y cualquier día podrían anudarse otras aventuras.

Pero no conmigo: él me ha abandonado como todo; o más bien, yo le he abandonado como a todos. Pensé traerlo conmigo a través del mundo. ¿Por qué no lo hice? ¡Pobre! Fui yo mismo, cuando el hogar se deshizo, quien entregó en manos de extraños, en una ciudad desconocida, al que era emblema del hogar, y cuando volví para verle, ya no estaba: solemnemente indómito, se había devuelto a la vida libre. ¿Luego me amaba? ¿Luego había soportado por un pequeño amor, una servidumbre odiosa? Jamás me he encontrado en presencia de ningún problema tan arduo porque, salvo esta vez, jamás que yo sepa, he estado a punto de ser amado.

«Vœ Soli»!... A trueque de retener a la vieja viejecita, yo también hubiese renunciado gusto a esta independencia desolada de ahora, con tal de prolongar aunque hubiese sido artificialmente la sombra del hogar que se disolvía.

Y a las altas horas en medio del mar o de la soledad de los hombres, suele aparecérseme una silueta enarcada, con sus ojos casi femeninos y su ronquido regalón como una caricia. Sus párpados se cierran mientras mantengo abiertos los míos, y cuando los cierro, cuando me sumerjo en la doble noche de mi ceguera y de la ceguera de la noche, entonces, desde el fondo de mi sopor, emergen las dos pupilas fosforescentes, traslúcidas y visionarias como dos fuegos fatuos.

I

¡Si se cree que Venecia es de los venecianos, que es para los «forestieri»! No en vano el oriente comienza en la ciudad lacustre y ella pertenece a los gatos, su real gatifundio, su hermosa ínsula olvidada entre esas aguas que ellos no aman sino por su reflejo, y por eso en las horas del reinado Selene, medio a medio de los pequeños puentes por donde no cruza nadie, yo los he encontrado, cuando no alumbra sino uno que otro fanal sobre estacas apolilladas, en contemplación aun hasta sobre los pretilos, sondeando con sus ojos sin mirada, ese marasmo que son las lagunas, el Adriático silencioso y sombrío.

Lentamente han venido, yo no sé de dónde ni por dónde, hasta enseñorearse, como la ocupación austriaca, de la patria de los Dux; pero están en su centro, como si dijéramos caen de su propio peso y completan aquel todo. «La città che dorme» sueña por ellos y tarde que temprano acabará por otorgarles carta de ciudadanía, ¿Dónde Micifuz-Ahásverus podría hacer patria mejor que allí? Red de calles estrechas y húmedas, sin vehículos, cabalgaduras ni canes; viviendas que tienen su gatera todas; pequeñas plazas soleadas, con un brocal de piedra y una garrucha de hierro labrado a martillo. Es como si el paria gatemita hubiese encontrado su Gatusalem.

N. B.—Los gatos, por no sé qué ley mosaica, están sujetos también a una especie de circuncisión que los deja aptos, lo mismo para formar

en la guardia del Gran Serrallo, que en los coros de la Sixtina.

II

¡Si yo dijera que en medio al invierno un tanto riguroso de la Italia septentrional, me detuve allí de una lunación a otra, nada más que por ellos! San Marco, «la chiesa aurea», se ve todo en una tarde por una piastra y el palacio de los doges, con sus esplendores y sus mazmorras. A todo lo largo del Gran Canal, ya desde la góndola, uno se sabe de corrido los huéspedes célebres que han frecuentado aquellos palacios convertidos hoy en hoteles... Y si queréis vilotas, pedid entone el «gondoliere» la de ese antepasado suyo, que el día de la Asunción:

Della parte del castello
 Navigaba il Bucintoro
 Per condur il Dese in mar.
 A donarghe un bell'anello
 Tutto d'oro ma massiso
 Come fa qualche novisso
 Co a sposarse va all'altar.

Pero para entrar un poco en la intimidad gátesca, un poquito en su enigma, es preciso achatare, hacerse oriental en indolencia, estudiar los cuatro caminos de Budha que conducen al recogimiento y al nirvana, odiar los amaneceres de bruma y los días de lluvia y las torpes caricias, y sin grandes demostraciones, disfrutar con toda el alma, los rayos oblicuos del sol poniente y de la juventud. Nada es capaz, sino la juventud o una vejez sabia, de aproximarnos a la perfección felina. Es preciso volverse un tanto noctámbulo y un si-no-es sonámbulo y sobre todo, en las noches de luna asistir a los aquelarres...

Todo eso he presenciado en ocho días de vida a gatas, y urge que lo consigne para que se me crea, porque no así como así, llega a penetrar uno esas costumbres de la vieja filosofía de Kou-chits (el re Kouchits, patronímico del mío), y

de la diosa Sekhmet; no se vence así como así las desconfianzas monteces. Cuando después he pisado las mezquitas y las sinagogas, cuando me he hecho admitir en los casi inaccesibles templos hindús, el santuario de Capala donde oró Gautama, las grutas de Ellora, cuyo sanctus-santorum encierra celosamente el Lingam, emblema de la procreación y de la muerte, o la pagoda de los Mercaderes de Piedras Preciosas, ha sido ya sin sorpresa y seguro de mí mismo.

Al revés de la creencia general de que los gatos son tigres degenerados, son los tigres los que no han alcanzado aun a perfección de los bhili, como se les llama en indostano. Aquella iniciación gatuna de que estoy tentado a hablar, fué la que vino a desenvolver en mí las fuerzas ocultas y hoy por hoy, soy doctor en alguna ciencia que no poseen los propios bonzos, ni los fakires.

...¡ Oh Venezia benedetta!
 Mo te voglio piú lassar...

III

No hay que esperar, por lo mismo, que lo revele yo todo. «Chat et vieux, bavarder? Cela n'arrive guères». Demasiado he aprendido en la escuela de la contemplación y demasiado escuchando en el silencio y escrutando en las tinieblas. Aquellos que tengan oídos, oirán. Yo mismo marchó por la ribera y necesito tender la oreja para percibir las voces de esa parte de mí mismo que sondea las aguas...

¡ Si supieseis tan sólo todo lo que tuvimos que decirnos la luna, la Gran Esfinge y yo, estos tres solitarios, en las arenas alucinantes entre la bruma sonrosada del gran Desierto! Porque, si la esfinge taciturnas no tiene sexo ni edad, mezcla de mortal y de dios, es simplemente porque es un gato y los pinjantes de la calántica no hacen sino encubrir sus orejillas puntudas. ¡ No sé cómo no lo han descubierto los arqueólogos!

Una inmensa antiquísima Mama-Gata. En la ho-

ra santa del Moghreb habréis visto a los mininos de todas partes, Munnes y Mimis, conservando la tradición obsoleta del instinto, volverse hacia un mismo punto de mira que llamamos en árabe: «Keblah». Es al Egipto, al Cairo, a aquella de la cual dice nuestro proverbio que si las cosas temen al tiempo, el tiempo le teme a la Esfinge. Todas las tardes veréis que yo me vuelvo hacia allá, después de haber hecho, como todos, mis prolijas abluciones. Entonces un solo pensamiento nos une a los soñadores y sube al cielo desvanecido y al novilunio que comienza a columbrarse.

IV.

Si quisiera podría enseñar tanto con sólo contar, por ejemplo, la ceremonia de mi incorporación en el Lunnat de la Frac-Gatonería Veneciana; pero han cesado de interesarme los asuntos de los bípedos. Probaré algún día, que su pretendido Paraíso del Profeta, su «más allá» cristiano, su séptimo cielo de Confucio, no son sino ilusiones egoistas. Los hombres no tienen alma (o la mayoría de ellos). ¡Y cómo podría ser que les estuviese reservada una inmortalidad! La verdadera inmortalidad, o si se quiere, el nirvana, es para los gatos y para uno que otro letrado chino sin letras. Porque no aman huríes y apsaras sino los ojos oblicuos y las pupilas lunadas; porque sobre la tierra la verdadera sabiduría ha residido entre esos seres, tan sabios que su mismo admirable acuerdo tácito (al cual califico yo de Mónica Secreta) jamás ha sido codificado. Entre ellos no hay Talmudes, Alcoranes ni Biblias; porque cada uno olvida el pasado y disfruta del presente sin cuidarse de lo porvenir; porque el «antes» de la vida, su objeto y su «después» no pertenecen a la vida, según ellos. Representan la suprema economía de la naturaleza, que es al propio tiempo, el ideal del arte; no se afanan por nadie, ni se

inquieta por nada, no temen, ni desean, ni esperan, ni aman, ni odian, ni recuerdan y sus mismos ensueños no son propiamente sino vastas contemplaciones blancas. Un poquito más y llegarían a ser divinos; un poco menos y degenerarían en humanos. Felizmente se quedan gatos.

V

Bastaría que yo contara mi recepción. Alguien descubrió en mí cierto parentesco lunar con ellos, que yo me había observado siempre. Entonces se me admitió a una de sus tenidas, en el gatero de la iglesia de San Lorenzo, una iglesia ortodoxa, huelga decirlo, porque nosotros no somos gatólicos o más bien dicho no tenemos religión, y si la tuviésemos no se nos ocurriría encerrarla entre cuatro paredes. ¿Para qué entonces, el firmamento, el mar, y las montañas? Si los gatos tuvieran religión, le darían aquel templo, ese sacerdote y este altar, y después, ¿dónde habrá lámpara como la luna, campanas como las brisas, ni torre como la fantasía?

Ellos son los que me enseñaron a amar las noches blancas. Creen las gentes que solamente el sol sazona las cosechas; pero es que no distinguen el calor sino cuando quema y no entienden de otras frutas fuera de sus peras y sus coliflores. Los gatos no; ellos saben de esas maravillas de Aladino que provocan las simpatías o las antipatías y sólo se coloran bajo la mirada de nuestro satélite, nodriza que nos vierte su lechoso ensueño, madre etérea de las humedades y las nieblas... ¿Quién sino ella sería capaz de refrescar los arenales y de transformarlos en lavaderos de plata?

Y por eso es que el océano, la Gran Felina de Giseh y los gatos son más bien como ahijados del planeta de alabastro. Con aquellos divagadores sostiene coloquios en sus largas noches errantes, mientras le ladran los perros y duermen los hombres, y solamente muy, de tarde en tarde, algún

trovador con las mejillas enharinadas, le dirige él también, su serenata:

Bon soir, madame la Lune, bon soir.

C'est votre ami Pierrot qui vient vous voir.

Pero hay que saber distinguir: si el creciente hace hincharse las cortezas, madurar las cosechas y crecer las barbas, también hace fermentar las conchas y las pústulas, los flujos de sangre y las mareas altas, el vino en los lagares, el germen en las matrices estériles y en los cadáveres la larva; si el plenilunio aletarga las olas y las mece cuai si estuviesen suspendidas como una hamaca de sus largos rayos, sedeños, da el oriente a las turquesas y perlas y el conjuro contra filtros y tósigos y se los da contra terrores y males de ojo al ámbar; el menguante retira a su vez las bajas mareas como una red de mallas escamadas y para la fascinación y la potencia amorosa, para la preñez feliz, para las crisis sin dolor, engendra piedras de luna—las cuales deben preservarse en una bolsita de mono—ópalos eficaces, que en otras circunstancias fatalizan y corales (cuya virtud puede neutralizarse con plomo, contrarrestarse con cornalina o acrecentarse con dientes de delfín). Díme con qué amuleto andas bajo qué luna y te diré qué has de ser.

Pero hay que saber distinguir. La luna nueva, afilada como un segur de acero, es el esquite misterioso de Hécate que recoge a los muertos. La luna llena en cuya nacarada superficie nos miramos como en un espejo convexo, es Tanit, la Rabel, fúlgida redoma de aljófár donde se embeben las almas como se disuelven los cuerpos en el légame de la tierra. El último cuarto, parecido a un sistro de bronce, es Diana-Astarté-Selena, tres advocaciones distintas y una sola divinidad. Los imprudentes que se atreven a izar en cualquier tiempo la vela y a desviar o atraer, usando toda suerte de gemas, las influencias desconocidas, debieran aprender esto, que por sabido se tienen las


flores abriendo o cerrando su broche y los gatos contrayendo o dilatando—según sean las faces—sus pupilas incandescentes.

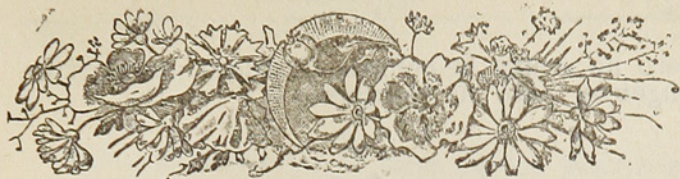
VI

¿Por qué habéis sonreído cuando he dicho los gatos y las flores? ¿Tampoco sabéis de la verdadera botánica y de los ignorados lazos que ligan a los dos reinos? Aprended: los Pierrots de las flores son los gatos.

VII

De todo tiempo Febea ha compartido con su hermano el reino de esta Venecia—«hija de Venus»—surgida también de las salobres espumas, y mientras Apolo tocaba con su púrpura y su oro los ocasos y las pinturas venecianas, las vidrieras, los mosaicos y los esmaltes dorados a fuego, las recamadas dalmáticas y los ardientes brocados, ella a un golpe de su varita de ensueño, entre los velos azules de las noches de las lagunas, cristalizaba el hielo en cristalería, templaba con su hálito el acero de las dagas y el azogue de los espejos y daba a los encajes el arabesco y la diaphanidad de los celajes con que suele adornarse. Si Juliano hubiese sido Dux habría puesto, bajo la advocación de Helios, la basílica de San Marco, y San Giorggio il Maggiore, en la isla plantada secularmente de cipreses, se lo hubiese consagrado a Artemisa.





Ciertas máximas de la Monita Privata de la F. G. (1)

«Que se abandone el gato por la cría, la cría por la gatería, la gatería por Gatópolis y la tierra por si mismo».



«¿Cuál es el gato que no se siente gatazo en presencia de una rata? Los que miran más arriba de ellos, siempre son pobres.»



«La pobreza entre los gatos es la encarnación de la nulidad, la morada del arestin, una especie de muerte menos dulce, y más lenta. Hasta cuando va el gato pobre a prestar un servicio, se le mira como a un pelagatos.»



«El gato de buen sentido muere sin quejarse,

(1) S'agit-il d'une mystification faite des proverbes orientaux? Ou, vu que les chats furent creés par Jehováh et d'après la Genèse, bien auparavant les hommes, s on-ils inspirés le Patchamandra et l'Hipotodesa, aussi vieux qu'ils, soient, dans cette encore plus anciennes agesse feline? (Note de l'Editeur)

pero no acepta la pobreza. El fuego puede extinguirse, pero no enfriarse.»

*

* *

«El viento es el compañero del fuego que quema los bosques; pero apaga el candil. ¿Quién siente amistad por el gato débil?»

*

* *

«Cuando un perro ladra insolentemente a la luna: ¿quién padece: la luna o el perro?»

«El mismo cheytan (diablo) tiene necesidad de un compañero.»

*

* *

«Existe la afección en el mundo, en tanto se espera recibir algo... La ternera cuando ve que no hay leche, abandona a su madre,»

*

* *

«Es preciso renunciar al amor, hasta en enero (1); si no se puede, es preciso no sentirlo sino por su gata, pues ella sólo puede curarlo.»

*

* *

Sekvmet ha dado en herencia a las hembras, el amor de su cojín, de su balcón y de su persona.»

«Maullándole al uno, mirando al otro, pensando tal vez en un tercero, con ellas hay siempre gato encerrado, y en realidad no llega a saberse cuál es el amado de las gatas.»

(1) Dans l'hémisphère sud l'on dirait: «Même en Août». Cette profession de foi moral d'un ton presque misogynne, ne sera pas sans surprendre ceux qui ont donné comme fait acquis la licence de moeurs des chats et leur musulmane polygamie.

*
* *
«Hijas putativos de la Luna ¿quién podría reprocharles sus lunares?»

*
* *
«Sin embargo una misma cosa suele tomar dos nombres y la moji-gatería se llama pudor en las mujeres y en las gatas, re-gateo.»

*
* *
«¿Por qué querer ir contra natura? El nenúfar no florece en la cima de los montes, la mula no transporta los mismos fardos que el caballo, el grano de trigo no produce arroz y en el alma de una gata, mal podría hallarse la virtud.»

*
* *
«Las gatas son como la vaca que busca la hierba fresca en el bosque: lo que ellas desean es lo nuevo, lo nuevo.»

*
* *
«El perro loco, el cáncer, el índigo, el hombre borracho y la gata, tienen la misma tenacidad.»

*
* *
«No puede reducirse a las hembras, ni por el gato de siete colas, ni por los siete preceptos del gato: son seres del todo indomables.»

*
* *
«El natural no puede ser cambiado por consejos; el agua aun muy caliente, vuelve a enfriarse.»

*
* *
«Todo lo conoce, todo lo sabe, todo lo ha prac-

ticado el que ha renunciado a los deseos y vive sin esperar. Gato escaldado rehuye igualmente las ilusiones que los temores.»



«Lo que ha de suceder no sucede; si debe suceder, será inevitable. Este razonamiento es un antídoto que destruye el corrosivo de la inquietud. ¿Por qué no usarlo?»



«El reluciente pelaje juvenil, los mostachos conquistadores que dan el olfato, las fuertes uñas, el rayo de sol de la vida y la compañía de los que se prefiere, son cosas que no duran siempre; ellas no deben turbar, pues, el espíritu del gato sabio.» (1).



«Se puede caer del campanile (2), echarse al Orfano, lanzarse en el fuego, jugar con mujeres o con áspides; no se puede morir antes de su hora.»



«Conocéis al que ha hecho todas las cosas; es el mismo que está ante vosotros. . . . Pero a nuestros ojos todo está cubierto como por un velo de nieve. Nuestros juicios son oscuros, y los gatos franquean callados y soñadores la gran gatera de lo desconocido.»



«Ve, ve a encontrar la tierra, esa madre grande y buena que se despereza a lo lejos, siempre joven.»

(1) Tout Kémpis pourrait tenir dans ces quelques mots.

(2) Modifiée assurément par et pour l'usage des chats de Venise.

*

* *

«Como tú cubrías pulcramente tus desperdicios con el polvo, así ella te cubrirá como un desperdicio, hasta que te reduzcas a polvo.»

*

*

«¡Oh, tierra! enarca tu lomo bajo nuestra mano. No hieras de ningún modo sus huesos. Sé para el agradable y dulce. ¡Oh, tierra! abrígale como una gata abriga a sus gatitos.»

IX

Asamblea general del Gran Oriente. Ese primer lunes estaban en claustro pleno las logias, calentándose todos a la luz ultra-refleja. Se veía gatos hasta en los tejados, los que habían pagado tendidos de luna o lunetas. Pero ya os he advertido que esos pequeños, aman las alturas. Todos igualmente nobles, gatos y gatas dotados del mismo doble sexo ambiguo de la Gata-Ogro o de la Ogresa-Gato; sucesivamente ásperos o acariciadores como en una perpetua adolescencia de efebos. Los había sobre todo, en torno al brocal del gran pozo, y la plazoleta, el campiello, se asemejaba ella misma a un pozo, emparedada entre las altas construcciones. Venían desde lejos, de la noche medrosa, cruzando por el puente della Pietá o por el de Fontago y parecían calzados en fieltro, parecían enguantados, con tanto tino pisaban y con tal sigilo.

Recuerdo perfectamente las maneras de aquellos patricios venecianos (entre los cuales había uno que otro romano), cambiando, según el ceremonial, sus gatatumbas o gatomanías, acomodándose sobre las patas traseras en actitud infantil, o bien, indolentes, con las manos dobladas tal como la Esfinge. Negros, blancos, amarillos, cenicientos, leonados, manchados como panteras, salpicados de lunarillos, magníficamente forrados en sus pieles, con su majestuosa cola señorial y sus

bigotes como una plumilla de cardo, estaban ahí, Hermes de un euritmo alado, dúctiles y gráciles, salvajes y refinados. Sus ojos despedían fosforescencias en la semi-obscuridad, como las ágatas y los carbunclos. Ligeras chispas arrancaban de su cuerpo, y sus voces envolvedoras podían elevarse hasta el grito de poseído de las criaturas que nacen y de las que mueren. Y gatas y gatos conservaban todos, en el conciliábulo, esa compleja sonrisa que tiene el gran gato-gata sublunar delante del Sahara, hecha de luz y de reticencia, del misterio que emana de las almas y de ese que las envuelve; sonrisa femenina en cierto modo, porque entre esta humanidad sórdida, apenas si la Gioconda o el San Juan Andrógino de Vinci, se acercan un poco al encanto felino.

—Emur size—dijo en turco un gati-lunanco, levantando la pata como para sacar del fuego la castaña de marras.—Emur size, d'Halmar-Kedim (vida sobre ti, d'Halmar, gato mío), vamos a enseñarte lo que no sabe nadie, la gran fascinación para engatuzar los ratones. Pero, antes que todo, es preciso que comprendas lo que es un ratón.

—Un ratón es en principio la presa;—disertó el H. orador, después de haberse concentrado, dándose una mano de gato en los mostachos,—casi como si dijéramos el...

¡Ah! Si yo pudiera comunicar siquiera aquella revelación hecha de malicia y de ingenuidad, de terciopelo y de garra, como esta alma nuestra, único verdadero fruto del bien y del mal, madurado a la claridad espectral de la luna. Puede ser que algún día, cuando pasen años, cuando haga algún mérito ante el Consejo de la Orden Selenita, me permitan los H. H. Miau, que descubra completa, la Mónica de sus oráculos, los oráculos de la Esfinge, que hasta hoy no ha respondido a ninguna indiscreción. En tanto, para que aprendáis a soñar un poco y antes que tratados de hipnotismo, os recomiendo las músicas orientales, para que recordéis lo que no sepáis... Esa noche cantaban a lo lejos, en una hostería cerrada, una música española (árabe de todos mo-

dos), y realmente yo hice reminiscencias de todas esas cosas que uno no conoce.

EPILOGO

Había interesado a mis nuevos H. . H. , hablándoles de la vida de los gatos australes y sobre todo del mío. Ocho días después partí para los países de la media luna, encargado por el convento frac-gatónico de una doble embajada cerca del Chat (pronúnciese Shah) de los Kediler (es decir, de los gatos), en Persia y del Pas-dit-chat (pronúnciese Padishah) en Angora. Iba premunido de cierto santo y seña esotérico (car il faut montrer partout patte blanche), y por eso no os extrañe, si me veis entenderme, de Calcutta a Eten, con las fierecillas más hurañas, con aquellas más alzadas, y si hacen «patte de velours» y se dejan acariciar por mí esas pequeñas esfinges cargadas de magnetismo: ellas reconocen el chatón de mi talismán!



1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900



Vaga y lejana vuelve...

En el mar de Mármara, 26 Mouharem, 1326.

I

...Vuelve y nos confía las mismas cosas inefables, pero solamente para nosotros, y de ninguna suerte sabríamos expresar lo que sentimos... Lejana como si viniera de las distancias del tiempo y como una cosa que ya no nos pertenece, vaga y lejana vuelve la música de los días idos...

Bellas mañanas y noches ardientes, tristes días interminables que pasaron también, todo, en nuestro interior, no forma sino una sola armonía. El apagado espíritu resuena otra vez al eco de aquellos sueños desvanecidos y por un momento se levanta la vida, para después recaer en su letargo, aun más olvidada de sí misma y más ausente de todo.

II

Esta tarde, todavía en el Helesponto, de una de las costas próximas nos llegan las voces de una flauta que un zagal albanés tañe perezosamente, viendo alejarse nuestra embarcación. Exhala, al sol de Febrero, las tres o cuatro notas de un corazón ingenuo, y me parece ni las sin-

fonías de los grandes conciertos, ni los oratorios admirables, podrían rendir mejor toda la desolación que se siente sobre el mar infinito y bajo el cielo. Pesar inútil por las ausencias y las separaciones, en esta eternidad de las cosas que asisten a las aproximaciones y los adioses supremos, que ven pasar al hombre y sus sentimientos, que los ven pasar y que permanecen.

La zampofia su ponzoña
 gota a gota, son a son,
 va vertiendo la zampofia
 nota a nota,
 gota a gota,
 en mi débil corazón.

III

Y yo recuerdo las diversas veces que he recibido esta misma impresión de desvanecimiento en una soledad sin límites. Después de cada una de ellas, reanúdase la existencia diaria, pero ya como si se fuera otro, como si algo se nos hubiese quedado atrás en el vértigo del tiempo, y uno tratara en vano de recobrase.

Pastorcillo, tu estribillo
 es letrilla sin canción,
 y a tu soplo, pastorcillo,
 el sencillo
 caramillo
 da el bordón de la oración;
 da la leda,
 da la queda
 vibración.

IV

Yo recuerdo muy niño, tan niño, la orquesta de las campanas que convocaban a misa a los feligreses. Es toda la infancia nuestra esa sensación de mañana de domingo, de cosa nueva en el aire, y como de una tierra removida y con olor

a lluvia. Fuese primavera u otoño, era lo mismo siempre y una dorada plancha de fuego se tendía ante la puerta de la habitación abierta; rayos de oro filtrábase después entre los árboles a todo lo largo del camino, y una vez en la parroquia limpia y fresca, los reflejos anaranjados o azules caían con un temblor de polvo desde las altas vidrieras. ¡Cómo entonces, se entremezclaban las campanas, y frente a los cirios del altar, qué viva ardía en cada pecho, la escondida llama! Podían proclamar las campanas toda la gloria de aquella fiesta y en la atmósfera sonora bien podían sus vibraciones dilatarse en ondas, como en las aguas puras de un estanque, hasta abarcar la inmensidad.

V

Yo recuerdo, muchacho, la tristeza indecible de los pífanos que en los días cívicos recorrían las calles dando la diana a los moradores. Venían desde muy lejos, se les sentía acercarse en medio del sueño... Y uno oía anhelante como se alejaban sin haber llegado, perdidos, desvanecidos otra vez en las nieblas del sueño, que volvía a apoderarse de nosotros. Afuera reinaba seguramente la claridad incierta y el frío de los amaneceres de final de invierno, y cuando más tarde el día se despertaba del todo y se levantaba la población, uno no habría podido discernir se había soñado...

La zampoña su ponzoña,
gota a gota, son a son,
va vertiendo la zampoña...

VI

Yo recuerdo, en la edad del amor, haberme despertado a las altas horas en mi pequeño pueblo, sobrecogido por una música semejante, pero mucho más angustiada, inmensamente más resignada, perdida en el destierro y en la noche. Durante algunos minutos también me creí presa de una alu-

cinación, tanto era inmaterial aquella melodía que se arrastraba a lo largo del camino rural y que parecía fluctuar sola, desprendida de todo lazo humano. Y sin embargo, lloraba el acordeón, de un modo que no volveré a escuchar jamás, el sonambulismo de este puñado impreciso de sentimientos que es cada hombre, el pesar inconsolable y contenido, por todo lo frágil y efímero que es todo y que somos todos.

Nota a nota, (
 gota a gota... (

VII

En la edad en que me devoraba el ansia por todo lo desconocido que puede encerrar el orbe, yo recuerdo una tarde que, sobre el mar de Gasconia, un grupo de emigrantes criollos cantaba un bambuco o un fado, bajo la dirección de un negro que los azuzaba. Estaba de pie en medio de todos y no tenía brazos: sus muñones se agitaban desesperadamente marcando el compás a aquella recua triste. Lanzaba él mismo, a ratos, ayes turbadores en una fiebre de angustia. Y rodando clandestina como las pesadas olas, furtiva y sigilosa, estallaba de cuando en cuando, por debajo de las voces, la guitarra y sus desgarradores punteos. Era el recuerdo de la luz del Brasil perdido, de las palmeras y las chozas blancas, lo que hacía agitarse a ese grupo de desterrados bajo la conducción de un demente. En medio a esa inquietud de las aguas y a la amenaza inminente de la noche, era la añoranza de las tardes apacibles del pasado, la «saudade», la desorientación del éxodo, la incertidumbre de todo...

Mucho más atrás, separada por la distancia que abrió la muerte y por aquella que abriría el tiempo, se quedaba para mí la tierra de donde yo venía y donde no volvería nunca más tal vez. Y ahora sin pensar en nada, veía agitarse delante de mí, como en una pesadilla, desmesurada sobre el cielo, obstruyéndomelo casi, la silueta del

hombre inválido. Inmóvil desde mi sitio, lo veía debatirse como un poseído, y silencioso y ajeno, los oía exhalar a él y a los otros, sus gemidos de auxilio entre la sombra aisladora que iba envolviéndonos.

En mi débil corazón...

VIII

Yo recuerdo, en la edad que ya lo perdí todo, el canto de unos niños en una vieja capilla de Londres la víspera de año nuevo. Penetré por acaso a esa Maryle-Bon's church y me acogió aquel coro de catecúmenos revestidos con túnicas negras y vueltos todos hacia un punto que ninguno sabía qué era, en el fondo del pequeño ámbito vacío, vacío, irremisiblemente vacío. Cantaban con tal convicción, sus voces de soprano un poco en falsete, pero elevándose tan ardientemente, que cuando me eché de nuevo al vaivén del exterior, me pareció que abandonaba un mundo de seres muertos sin haber vivido, consumidos por su contemplación, en una fe estéril y en una inútil esperanza, tan inútil como nuestras dudas, como nuestras agitaciones.

Pastorcillo, tu estribillo...

IX

...Después, las musiquitas de las calles de París, como músicas infantiles, y toda la etapa ardiente se suscita: los boulevares encendidos, el amor y las altas horas, ella y su olvido, toda la ceniza de mi juventud.

Es letrilla sin canción...

X

En la edad sombría de mi adolescencia, por una calle silenciosa, en ese puerto casi polar infestado de noche por los marineros ebrios, recuerdo la

música de un piano que alguien tocaba en una casa donde no había luz y que me trajo reminiscencias indecisas de algo que yo había oído o que debía oír. Así, después, en tantas partes del mundo he oído tocar «Sobre las olas». Así en Suiza, una mañana blanca de nieve, alguien estudiaba Chopin en un chalet donde había flores. Y yo pensé en las veladas del hogar, en la lámpara extinguida, en Viejecita y en la Buena Historia... y en medio a la calle desierta de la ciudad extranjera, volví a sentirme como un niño.

XI

En la ciudad en que empezaba a poseerme la monotonía de las mutaciones de horizonte, el cansancio de las pesquisas inútiles, para salir al encuentro de un mismo desencanto, yo recuerdo la cantinela de un mendigo sobre un puente de Venecia. Era en una mañana gris, del lado de Santa María della Salute, y la música era de un acordeón también. Tocaba el ciego con los ojos abiertos, en la pasada del puente, tocaba la viloleta de otros tiempos, y aquel pueblo de gentes de mar y de obreros que se encaminaban a su jornada, se detenía un momento y hombres y niños, ásperas voces y voces blancas, entonaban en la olvidada lengua veneciana, la misma frase adormecida como esas lagunas que nos circundaban, como todo ese Adriático profundo, encajonado entre palacios y grandezas espectrales.

Vutu che mi te insegna a navegar
Vate a far una barca o una batela...

El acordeón dejaba escapar el aire, como una orden amorosa y suspirada, bajaba hasta los tonos más profundos y luego volvía a inflarse:

Co ti la fața butila in mare...

Y las voces de los viandantes se detenían también un momento para expresar toda la belleza de la frase,

Vate a far una barca o una batela
 Co ti la fata butila in mar
 La te condura in Venetia bela.

XII

Yo recuerdo en los alrededores de Florencia haber descendido un día, una cuesta, bajo un sol enervante, desde un castillo en ruinas, tras de una carreta conducida por esos bueyes romanos adornados de campanillas y borlas, como para hacerles sentir menos su carga cotidiana. Una placa indicaba, en una finca, que allí había vivido el pintor Susterman y que en esa casa había hecho su retrato de Galileo. El carretero se detuvo a beber un vaso de chianti, y los cascabeles que se agitaban delante de mí al paso de marcha, sonaron por un momento más inciertos. Después los sentí que me alcanzaban de nuevo, pañideros y monótonos como si fuesen la vibración de la atmósfera de esa jornada cansadora. ¿Con qué allí otros hombres habían pensado y sentido? Y todo se quedaba atrás, todo era igual; lo decía bien claro el repique de las campanillas... Todo perdido, todo olvidado.

También esta vez se fueron alejando por la larga cuesta, lentamente hacia la ciudad de los Médicis, hoy guardada en sus museos como toda Italia, como España, como la Grecia, como el Egipto, como la India, como los muertos en sus tumbas.

...Y a tu soplo, pastorcillo,
 el sencillo
 Caramillo
 da el bordón de la oración.

XIII

Da la queda,
 da la leda
 vibración.

Ahora el pasado se pierde de vista, y aun no se vislumbra el porvenir. Todo eso me lo dicen en su lamento las cuatro notas del zagal albanés. La isla se ha quedado atrás, también esos homéricas atalayas que se llaman el Ossa y el Pelión, el Athos y el Olimpo, y rumbo a Stambul, entramos en el Mar de Mármara. El barco avanza, lejos, más lejos, siempre más allá de todo. Entonces, por una vez todavía, por la suprema vez, vuelve hasta mí, vaga y lejana, la música aletargadora de este día ido.





Carnaval

Como si se hubiera querido confirmar mi idea de este mundo tan semejante del uno al otro cabo, a lo largo de un continente, en este viaje de un mes, he venido viendo desarrollarse el carnaval. Las primeras máscaras de los boulevares, en el Corso ya formaban rondas, danzaban en Milán, se abrazaban en Florencia, a orillas del mar Tirreno estaban ebrias y guardaban los disfraces al pie de la Acrópolis. Después la severa cuaresma ortodoxa esbozó su cruz de ceniza en el vacío y más lejos, en el Ponto Euxino, encontré los primeros romeros que se dirigían a la Palestina.

Pero ha sido en Venecia y en Constantinopla, donde el carnaval se me ha ofrecido más característico, en esos dos ambientes únicos; con capuchón negro y careta en la ciudad medioeval de los gatos, casi siniestro como esos penitentes de Semana Santa; frenético de ruido en la ciudad de los perros, en el apogeo de su abigarramiento levantino de trajes y de postizos. Si yo tuviera que simbolizar estos dos carnavales tan diversos, pondría en un mismo trofeo el estilete y la marota.

¡Venezia addormentata! Parece que durmiese desde hace siglos como la Bella Durmiente, y nada más desconsolador que encontrarse en una encrucijada, sobre un puente, una comparsa de enmascarados a la sórdida luz del candil de una Virgen; nada más triste que aquella alegría sin eco, junto

a los viejos pozos, arrastrándose entre esas mazmorras y esos palacios vacíos; verlos embarcarse para surcar las lagunas inmóviles, en una de esas góndolas que parecen la barca de Hécate, verles abordar con sus mandolinos el embarcadero degli Schiavoni y atravesar como sombras del antiguo «Carnaval de Venecia» la desierta plaza de San Marcos; a lo lejos, en los canales, suena a intervalos el desamparado ¡a-oel! de los bateleros, que es como el santo y seña que dan en cada sacca; todo parece haber reculado súbitamente al tiempo de conjuraciones y secuestros, tanto son venecianos los dominós y los antifaces de terciopelo.

Acá, en Turquía, se hacen las cosas de un modo bien diferente, en esta tierra de Osmán, que también sufre de letargo a su manera... Venecia se ha dormido «ya», Stambul «aun» no se despierta (1).

Sólo que aquello del otro lado, a la sombra de alminares y cúpulas, donde a esta hora arden las lámparas votivas en el kiosco funerario de los marabuts, donde erran las traillas hambrientas, de la misma suerte que toda la fiebre de Pera, la vida moderna y el cosmopolitismo, no se atreven a franquear el Cuerno de Oro. Y es curioso ir de uno a otro de esos dos planetas, (Eski, Stambul, Yeni-Pera, lo Viejo y lo Nuevo), unidos por un simple puente y separados por una distancia no menor de quinientos años.

Duerme Oun-Kapau, duerme Phanar, duerme el santo Eyoub, como en la época de los piadosos, de los magnánimos califas, velado por el bastoneo de los bachi-bozouk; los cafés empiezan a revestir sus vidrieras, a las tres de la noche turca, la hora tercia, en la desolación de las inmensas esplanadas donde descuellan una tchechmé y una Koubbech, la columna de Constantino o el obelisco importado desde Heliópolis por el Apóstata, y concluída la silenciosa partida de tric-trac, uno

(1) Podremos decir que la revolución de los «jóvenes turcos» —que harían mejor llamándose lo que son, israelitas,—que la guerra de Tripolitania y después la Gran Guerra, ha sido el despertar

que otro osmanlí hace su camino desconocido, repasando su rosario; hay parpadeos de farolillos que ambulan en la sombra y el eco de ladridos lejanos; detrás de los ajimeces todo está oscuro, las moucharabys dibujando su fuerte trenzado, las puertas herméticas como en las tumbas y una blancura de necrópolis bajo la incertidumbre del cuarto menguante. Se reconoce el año de la Hégira en todo ese conjunto y se siente también la inmovilidad secular del Islam.

Paguemos peaje a la entrada del gran puente de Gálata y entre la dulzura infinita de esta bahía tupida de mástiles y de caiques dormidos como cunas, recorramos los quinientos pasos sobre el tablado sonoro; repechemos después las cien gradas de piedra de aquella pendiente de Yuşksek-Kaldem donde se escalonan en el día, los buhoneros españoles y los limpia-botas, y una vez atrás la Torre del Fuego, héténos en el barrio de los extranjeros, casi en las alturas de Taxim, en la gran calle perota, pasando de un golpe de uno a otro calendario: 1326, allá; acá, pleno siglo XX. Por el contrario, los relojes ganan en cinco horas y apenas comienza la bacanal, porque son las diez,

¡La bacanal de estos días! Se bebe café sobre la acera y se fuma; también se bebe la pale-ale. Aquí no sorprende a nadie el tocado europeo, al revés de Stambul en donde hasta los perros tienen el exquisito buen gusto de ladrarle a los sombreros de mujer o de hombre. Los dragomanes montan la guardia al pie de la escalinata de hoteles y embajadas y otra vez vuelve uno a encontrarse con los turistas de todas partes.

Héteme en el mío, en mi hotel, extranjero también a pesar del traje que he adoptado y de la lengua maravillosa que comienzo a balbucear; extranjero con pena porque mi espíritu se ha sentido a sus anchas estos días, como si la gota de sangre sarracena que llevamos todos nosotros, hubiese reconocido su vieja patria. Lejanas exploraciones por esos cementerios interminables; con-

de los otomanos? ¿Y no será, en tal caso, que han despertado para morir?(Nota de d'H.)

templación vacía, achatado sobre las zofras, balanceándome rítmicamente en la quietud de la mezquita; modorra y ensueño en los pequeños Kahvelar, entre la embriaguez del moka y del kief, interrumpida sólo por los almuédanos que voceaban la segunda, la tercera oración... ¡Oh días inolvidables de esta Turquía donde también mi corazón volvió a florecer, suprema libertad en medio a este despotismo, noches irrecobrables de esta primavera única, mística y sensual como somos los hombres!

Héteme en mi hotel de Bey-Oghlou. Durante toda la noche sentiré pasar bajo mi ventana el incesante tumulto de una multitud atacada yo no sé de qué vértigo. Reúnense en uno solo el carnaval romano y el griego, que se entierra cuatro días después y es como si hubiesen abierto las esclusas de un manicomio. De cuando en cuando, pasa un tropel más bullicioso, dibujando en el arroyo los pasos de todos los bailes, y vuelan entre el estrépito de panderetas y castañuelas, las polleritas abullonadas de los danzarines valacos. Más tarde es un cortejo con antorchas que se reflejan en mis vidrios; más tarde un desgranamiento de fuegos artificiales, pero lo que da la nota de ese conjunto, lo que lleva la voz cantante, es la tocata salvaje de los pianitos de Berbería. Alguien ha definido la música turca como una «alegría desgarradora», especie de caricia que desgarrar, y esta vez yo he sentido un histérico impulso de llorar, de sollozar a gritos, más entristecido y solo que nunca, dominando la fiesta y el distante espectáculo de las luminarias del Bósforo.

¡Poder dar una idea de esta música que yo he oído y que quedará inseparable en mis recuerdos: aquella turbulencia de notas entrecortada por el timbre claro de las campanillas; ese maremagnum en que se confunden las voces de veinte organillos y forman una monstruosa música hecha de angustia y de voluntario aturdimiento!... Hasta el amanecer la sentiré pasar y repasar allá abajo, y mis sueños de esa noche serán tan agitados como ha sido mi vida, como mi corazón y mi destino.



Alah-Danik

Vieja mendiga negra acomodada en los umbrales de una casa, en el barrio de Nouri-Osmaníé, frente a una pequeña mezquita y a un café donde yo fumaba todas las tardes.

Pasan las gentes que van y vienen a los negocios, pobres hamales encorvados bajo increíbles cargas, turcos despaciosos que hacen cálculos en sus rosarios, derviches de alta tiara, papas y mercaderes. Se entreatren celosías y voces discretas llaman en la lengua sonora. Hay roce de sayas y el vuelo negro de los tcharchaf. Y detrás de mí se abre y se cierra la mampara del café, casi vacío a esta hora, donde el kahvedjé ceba cuidadosamente los narghilés para la noche.

La vieja mendiga está delante de mí, haciendo rodar el blanco de los ojos en una inquietud incesante. Extendida su mano negra, caídos los labios, envuelta en paños sucios, repitiendo con la misma voz lejana la imploración árabe, me parece algo inseparable de esos muros grises, de la alberca sin agua que se divisa al extremo de la callejuela, de las puertas herrumbradas y de toda esa cosa como sonámbula que es el Islam, aun bajo el cielo inmenso y el claro sol.

Vanamente por sobre el tejado tiende un almendra sus primeras ramas floridas; esas flores se me figura están destinadas a deshacerse en polvo an-

tes de dar fruto. Allá arriba uno siente sobre sí toda la inmovilidad de la ciudad de los califas, las cúpulas y los cipreses, el inmenso tekké de los muertos, confundido por todas partes con el cuartel de los vivos, como una expresión de este semi sueño en que entra ahora Stambul, o del que no ha salido nunca.

Tan bien que reúne todo esto, los rumores dispersos y los olores, el aire de la tarde oriental, la fatiga y la molicie, esta voz de mendiga negra diciendo su cantilena: «Alah-danik, le repite la voz al mercader que pasa y al rabino:—«Alah-danik», Dios y dinero. Yo el perenne ensueño y la miseria dormida. Alah-danik, lo que reclaman todos los hombres! Yo la babel de las viejas razas en este gran mercado. ¡Alah-danik! Nadie ha de detenerse para dejar caer una pára en la mano abierta.

Nadie, nadie. En el atrio de la vecina Djami, se descalzan y se calzan los creyentes. Un yago gluc-gluc a mi espalda me dice que hay otros que fuman en el café y no piensan o piensan tan lejos. Cruzan por todo lo alto las golondrinas retornantes y en la callejuela baja, a los pies mismos de la negra, se adormecen los perros miserables, las piaras tristes de los perros turcos, comidos por todas las llagas, dulces y famélicos.

«Alah-danik, Alah-danik». Los transeuntes se retiran un poco del umbral de la limosnera negra. Un musulmán piadoso había aflojado los cordones de su bolsa; la vieja mano extendida tembló; pero seguramente no había monedas de «oulukler», porque el caritativo reemprendió su camino. Entonces ella da por terminada su vana espera: «Alah-danik, Alah-danik». El día cae. En la mezquita llaman a los fieles. Vamos andando por las callejuelas empinadas, lentamente en medio al campamento de los perros. La noche va a venir y los bazares se cierran y los cafés se alumbran.

Empieza ya la negra a recoger sus arreos, su bastón y su fardo, cuando yo, que he llamado, hago que el ouchak le lleve una de estas pequeñas tazas que aman tanto los levantinos. No pregunta quién se la envía, ni mira, vuelve a acomodarse.

aspira, bebe, lentamente, vacía el café y un rato se queda inmóvil como entrada en vagos recuerdos... Allá lejos... allá lejos... ¡quién sabe! El muezzin dice que «Alah es Alañ y Mohammendum Res-soulalah», ¿por qué no? Alah-danik, Alah-danik. ¡Arriba con el viejo cuerpo y andando bajo las estrellas!

Se recoge, se alza; toda una difícil serie de pequeños tanteos como un niño que reuniera sus fuerzas. Pero me ha visto y se detiene y cuando le abro mi cigarrera, sus grandes ojos saltones expresan todo lo que solamente estos perros de la calle pueden expresar. El cigarrillo medio dorado, brilla como una pequeña arma de aquí entre sus labios: después lo quema, después respira. Envuelta en el humo aromático (y ya todo en esta neblina azul, única en ninguna parte), la mendiga aparece ahora menos fea y menos miserable. En la maravillosa lengua expresa ella como una música su pequeño contento: —«Ya ves—creo que me dice—soy tan vieja y tan desagradable; casi no pedía nada, y, sin embargo, inch Alah, hágase lo que Dios quiera». Canta su cantinela con una gracia infantil. Y todo el gran ruido vago del crepúsculo bizantino nos vela ya y nos adormece.

Tac-tac-tac... Ahora es su bastón que golpea. Lentamente, con tanto trabajo que se aleja, pobre cosa en la que nadie se ha fijado y que nadie recordará.

Desde mi sitial, yo siento con pena perderse ese golpe sobre las baldosas y largo rato me resuena, como un lamento indefinible, este cabalístico «Alah-danik», que ella acaba de repetir tan inútilmente bajo el cielo magnífico.





Nirvana

Aden, 24 Sefer.

Después de Bad-el-Mandeb (La Puerta del Peligro), y de los dos desiertos, esta vez es la Arabia, vieja tierra de astrólogos y de magos, la que rescalda mi planta bajo el cielo implacable de un medio día del mes de fuego. La atmósfera vibra como una cuerda demasiado tensa, hiere la vista el blancor de la cal que revoca las murallas, y en el meidan del pueblo, circundado de portales, agonizan dos o tres palmeras sin que ni siquiera se proyecten sus sombras.

Y se experimenta ese pavor triste que yo no he conocido sino en las siestas africanas, la hora del Khamsin, en medio a este silencio que se podría llamar sonoro; una desolación hambrienta, el infinito cansancio de la monotonía sin límites. Ciertamente esta comarca ya es del Asia, que yo no había pisado sino por el lado de Scutari o de Smyrna; pero su sol, no. Bien del país de la sed, el sol dormido como esas peonzas que en fuerza de girar vertiginosamente, llegan a parecer inmóviles. Baal-Zeboub, yo lo reconozco, el Gran Destructor del continente negro, que viene siguiéndome casi desde España, a través del Egipto; el mismo que ha dorado a fuego las pirámides y ha medio devorado la Gran Esfinge, y encuentro que

nada acusa tan crudamente como su luz, al desenvolvimiento eterno de las horas, la vaciedad espléndida de la vida.

Se camina, se camina a lo largo de las callejuelas estrechas y empinadas como las de toda ciudad árabe: una pequeña mezquita todo alba, apenas con un alizar de azulejos esmaltados, parece un mausoleo; la sucesión de viviendas cerradas, los largos lienzos de pared casi sin ninguna puerta, todo este sombrío resplandor blanco, hace más bien el efecto de un cementerio. Y cuando se encuentra allá arriba las piedras azules o verdes de los turbé, con sus tarbouchs esculpidos y sus doradas inscripciones del Korán, no se nota transición alguna.

Pero hay los bazares que reúnen un poco de vida y para sacudir mi impresión penosa, desciendo teniendo siempre a la vista el horizonte: una bahía caldeada también y aletargada, en la que tan sólo la chimenea del «Nyanza» arroja un poco de humo; un mar no surcado por ninguna flota y que no anima ningún ruido. Paso junto a los aljibes de Salomón, cruzo la plaza del mercado donde los camellos echados de alguna caravana de beduinos, hacen la ridícula impresión de grandes pollos desplumados; me encuentro con uno que otro árabe, majestuosamente envuelto en los pliegues de su almaleque, con algunos morenitos casi desnudos, algunas mujeres cargadas de ajorcas, llevando sus criaturas a la espalda, o sobre el hombro sus urnas de cobre, y caigo de pronto en el gran haret de Aden, con las tiendas a ambos lados, de perfumes, de telas y de café.

Tampoco reina aquí ningún bullicio. En los interiores tapizados, cabecean los mercaderes y apenas si el ligero gorgoreo de sus narghilés se mezcla al zumbido del aire. Sentados sobre las piernas, con pesada atención, balanceándose rítmicamente, deletrean sus números o mascullan el santo «l-Kietabet, o repasan sus tesbi, y yo sé que al hacerlo, ni oran ni calculan, sino desgranán simplemente el tiempo, dejan correr la vida. En manos de estos pueblos indolentes, aquellas treinta y tres cuentas de ámbar o de piedras de la

Mecca, no sirven sino para eso: para sentir deslizarse los minutos entre los dedos como un agua que se escapa, maquinalmente, inconscientemente, sin detenerse ni pensar en nada. Es una suerte de hipnotismo al cual uno mismo se subtrae con dificultad una vez que ha llegado a gustarlo. Ellos han alcanzado, estos orientales, la suprema contemplación sin sueños del Kief, blanca como los muros de sus templos y como su silencio. Y con todos los miembros relajados, ajenos a nuestras preocupaciones, descansan de toda su alma, tan lejos de la vida como de la muerte.

Me siento a la puerta de un café y ya trae el ouchak, la cristalina copa de agua y el pebetero donde encenderé mi cigarrillo turco. No me ha interrogado, no me ha dirigido la palabra; únicamente ha esbozado el respetuoso Selam, llevándose la diestra a la frente y al pecho, después de haberla rozado con los labios. Y yo admiro una vez más la discreción de palabras de estos hombres que esperan siempre ser interrogados y con los cuales basta un movimiento de cabeza por toda orden, o un imperceptible ademán. Para los extranjeros, este oriente es un descanso después del asedio de todas partes y el aturdimiento, y entonces viene a comprenderse el despilfarro que hacemos en nuestra vida moderna, para envenenarla mejor y estorbarnos unos a otros.

Kahvé, la suave palabra árabe, suena bien en estos sitios. Veo otra vez delante de mí esas tacitas como pomos que encerrasen una rara esencia y su aliento se mezcla al humo aromático del cigarrillo de allá abajo... Vuelve a dibujarse la silueta de Stambul entre las espirales azules que más que nada asemejan a su bruma, con sus cúpulas y sus minaretes; y la infinita ternura de mi idilio roto, embriaga mis sentidos casi tanto como este moka bebido a pequeños sorbos, más bien aspirado casi. ¡Ah, la vida! Tanto habré errando por el mundo, que ya no sabré dónde me han odiado; pero donde me amaron, donde he amado, creo no lo olvidaré hasta la muerte.

Y produce una sensación tan especial—reposando entre dos jornadas, en la colonia de otra época,

donde tal vez no se vuelva nunca,—ver pasar figuras que ya no encontraré en mi vida, seres de los cuales no habré adivinado nada, tanta es limitada nuestra atención, y que me habrán dejado pasar distraídamente; haber sido testigo de escenas fugitivas que no volverán a repetirse; un segundo haber participado la vida cotidiana de esta comarca exótica que mañana, cuando esté lejos de aquí y pasado, cuando no esté ya en ninguna parte, seguirá desarrollándose como ayer.

A esta hora, quizás diez años más tarde, este mismo gran diablo bronceado que se achata sobre su cojín, jugando con su bastón de ébano, con la misma mirada indolente, seguirá a otro viajero de cualquier parte, sin que conserve un rastro en la memoria; tomará este mismo sol que lo ha calentado en la cuna, o bien dormirá allá arriba, perfectamente olvidado, en la paz soñadora del mezaristan.

El pequeño árabe, que primero se acerca a dispensarme sus zalemas y después ahueca las dos manos en demanda de una bakshiche, puede ser que, para entonces, este mismo arabito sea un nómada por tierras extrañas, lejos de la zona de los datileros, las cisternas y los dromedarios. Al verlo alejarse, lo miro como si se muriera, porque jamás en la vida—y esto es algo que no concibo—nunca más volveré a verle, y aunque así fuese, ya no lo reconocería. Adiós, pequeña alma que has balbuceado en mi oído, y dime a tu vez a Dios:

Lentamente echo a andar hacia el puerto, enervado por el fuego que parece desprenderse de todo.

Miro a mi alrededor como en todas partes y cada cosa que nace para mí, también concluye porque no he de volverla a ver. ¡Tan extraño como es pensar desde lejos, que existen sin embargo, esas cosas que uno ha visto, y que podría volverse a ellas!

El gran diablo trigüeño del bastón, se me ha reunido para mostrármelo, deseando tal vez hacer un negocio; pero cuando se lo devuelvo después de haberlo admirado en sus incrustaciones de ná-

car, lo conserva con tanta dignidad como si su espíritu estuviese muy lejos de cualquier propósito indigno de él. Es un zagal de admirables proporciones, con esa hermosura que no concebimos entre nosotros, y la amplitud de la almalafa que viste, el blancor y la simplicidad, le dan un aspecto único. Cambiamos algunas palabras mitad en árabe, mitad en el italiano de Abisinia, y me dice su origen berberisco. Levantando gravemente el brazo en que tiene el bastón, aquel imberbe espléndido como un rey, señala a lo lejos el Somal, del otro lado del golfo arábigo. Y hay en todos sus movimientos como una pausa de ensueño, de cosa perdida o de recuerdo; un algo inexpresable como todo lo que me rodea bajo la luz de este día.

Mi amigo de cinco minutos, no ha conservado sino mi nombre al partir, como si pudiese decirle algo de mi vida; después me alarga la mano y me deja ir. Y cuando piso por última vez la tierra de Arabia, cuando salto a la chalupa y nos alejamos hacia el «Nyanza», lo veo todavía de pie, apoyado en su bastón, altivo y soñador, envuelto en su albornoz, con los ojos a lo lejos, sin mirarme y sin mirar nada.





La cruz del Sur

A bordo del «Nyanza».

En medio del océano Índico, sobre cubierta y a media noche.

Alto y sombrío el cielo, resplandecen en su fondo aun las más lejanas estrellas. El gran silencio de la alta mar y de las altas horas, en que parece una reminiscencia hasta el mismo rumor de las rompientes, circunda nuestra embarcación solitaria. Su paso lo marca a popa, un reguero fosforescente sobre las aguas, y adelante cerca de la proa, una única linterna que parece interrogar y aplacar las sombras.

Y tanto el océano es infinito y es el mismo desde hace días de días, tanto se camina de lo olvidado a lo desconocido, siempre, siempre, siempre, que, sin otro punto de relación que las estrellas, uno llega a preguntarse si no haremos la ilusión de adelantar y sino serán solamente las olas que pasan delante de nosotros... Así las horas, así el tiempo, así la vida. Todas estas etapas pueden no ser sino una larga noche sin despertar, en quién sabe qué época remota, y nosotros mismos, aparentemente nuevos, los mismos hombres de todos los tiempos.

Mientras tanto se divaga, recuerdos o esperanzas tan indecisos como sueños. El marino sondeando lo insondable parece un sonámbulo a la hora en que todo duerme sobre esta sombra fu-

giliva como un barco fantasma: toda la pobre cosa que somos, se funde bajo la severa mirada de esta eternidad, y el minuto que rueda y la existencia son como espuma no más, leve y pálida espuma.

Delante de mí, la Cruz del Sur, que en las antípodas también corona mi tierra, ha ido girando sobre el horizonte hasta enderezarse, pronta ya a trasponerlo. ¡Tantas veces como Ta he visto allá, en el pequeño pueblo, sobre la paz del campo! Entonces también yo me libraba a mi imaginación; pero no era más que un niño devorado por nostalgias y ansias desconocidas:—¿Dónde? ¿Cuándo? El mundo me parecía una puerta cerrada que un soplo misterioso debía franquearme... ¿Cuándo? Por el mundo vasto y semejante, yo erraría hasta encontrar «aquello» que no he precisado nunca... ¿Dónde? Y el desencanto anticipado, este mismo cansancio de hoy se apoderaba de mí hasta la angustia.

¡Tierras de la tierra, maravillas dormidas en mi ensueño, que yo he ido despertando a mi paso y desencantando irremisiblemente! ¡Ah! ¡Aquel Norte donde yacían mis antepasados bajo la luz fija de la estrella polar; todo este Oriente donde han florecido las ilusiones que jamás podrían realizarse, estos desolados, estos calcinados desiertos del Africa y su sol fijo como un día perpetuo; este continente asiático, inmenso y gastado como nuestro inútil empeño de todos los tiempos! ¡ah! ¡esto que yo presentía y que he ido reconociendo como si más bien estuviese en mí sér, que en las cosas: el barco por esta mar, las olas por este barco, toda esta suerte de alucinación obsediadora que se llama lo que pasa y los que pasamos, cómo aliviana el corazón y cuánto vacío le deja!

Como aquel Pulgarcillo en el cuento legendario, es con nuestras emociones que hemos venido señalando la ruta para poder reconocerla a nuestra vuelta. Nuestro corazón se ha desmigajado a lo largo de las encrucijadas; pero ¡ay! yo creo que, como en el cuento, aquel derrotero será devorado por el tiempo, y cuando volvamos, si

volvemos, más solos nos encontraremos ante todo el pasado muerto que hayamos pretendido resucitar. ¿Dónde, siquiera, estará nuestra patria? Para los que la abandonan, el castigo es no volverla a encontrar ni en ella misma, parias en todas partes y nómadas para siempre.

Se habrá ido la vida ¡y es uno suficientemente loco para dejar pasar en inútiles correrías la hora sin retorno! Aquella niña de la raza bíblica me había dado su corazón nuevo como el amor y, de ese talismán agareno, el cristiano que soy debería haber sabido hacer un «detente». ¡Loco, loco, que disipaste a los cuatro vientos, lo único capaz de arraigar en este arenal movedizo de las cosas efímeras, lo único que vale, pobre aventurador hijo de locos! En ti ha resucitado aquel quimérico viking que fué el abuelo lejano y toda la lamentable sucesión de los barones escandinavos, todos aventuradores y señalados por no sé qué maldición a desaparecer con sus fantasías vanas. Así, aquel Ivar Cristián d'Halmar, anegado en el misterio; así aquel Tomás Cristián, aventado por una granada en su torre de mando, el pobre héroe de una patria que ya no lo venera. A esta hora, que es como la de todas las noches de la vida, como si imperase una sola después de los breves días, me siento en esta noche, sobre el puente de mi navío, como si reuniese yo solo toda mi raza de marinos, cuando menos viajeros, cuando menos armadores; último fruto, más que ninguno estéril, condenado como ella a divagar y a desaparecer con ella.

En el océano Indico, durante la media noche, vela los astros por un momento el humo de nuestras chimeneas; grandes dragones, pájaros sinietros parecen desprenderse del «Nyanza» y acosarlo. Y las pequeñas trivialidades de la vida: el gesto de una vieja sirvienta, la voz de un suplementero de Lisboa, despiertan en mí, yo no sé por qué, y me distraen por un momento.

¡Bien, bien! el firmamento tiembla como la espuma de estas aguas y en la estrella fugaz que lo abandona, pone el navegante la misma espe-

ranza que han puesto todos antes que él, hecha de imprecisión y de nostalgia... Fué, hace muy pocos días, frente a la Gran Esfinge, esa imagen del Kismet, (que es el destino árabe donde vine a sentir en todo su peso, este enigma que nos envuelve. Aquella cabeza surgiendo de las dunas como un náufrago de las olas, aquella inmensa taciturna cabeza sin edad y sin sexo; de espaldas al Mar sin Agua, de cara al cielo, era misteriosa, no tanto por lo que callaba, sino y sobre todo, por lo que ella misma no sabría jamás. Su mirada que viene de tan hondo, va muy lejos; su mirada que viene de tan lejos, va muy hondo. Solitaria bajo la luna, esa otra solitaria, nada, excepto el alma humana, había más aislado que ella, en medio al desierto de los desiertos. Era como un faro apagado. Unos tras otros veníamos a interrogarla los de las caravanas: los más soberbios, le habían quemado hogueras que la arrebataban en una apoteosis de humo y de fuego y le habían sacrificado un gallo negro, agitando antorchas y velos; los más humildes, encendían a sus pies sus lamparillas votivas de coco. Y desde lo más profundo de las edades, entre la ronda eternamente renovada de los espejismos, ella, a su vez hija y madre, señora y esclava del misterio, interrogaba en silencio tan inútilmente... Y su divina belleza, por encima de todas nuestras estéticas, consistía en esa espera tan humana, de algo que no será jamás.

—¡Ah!—pienso yo esta noche.—Alta Cruz del Sur, resplandeciente faro también, que hemos seguido toda una dinastía de hombres de mar: ¿nos has guiado engañosamente hacia un fin sin objeto? ¿Seré yo el último, y el castigo hasta la tercera, hasta la quinta, hasta la séptima generación, sólo su suspendera cuando ya ninguno de nosotros esté sobre la tierra? ¿No habré visto nada sino el mundo y nada me habrá sucedido sino la vida? ¿No triunfarán, pues, en mí los vencidos abuelos, ni verá cumplirse en nadie lo que yo no realice? ¿Por qué, entonces, esta ansiedad de tantos años y esta infatigable pesquisa, si nada debía satisfacerse? ¿Es preciso serenarse en fuerza de angus-

tia y llegar a la sabiduría en razón de nuestra ignorancia? ¿O no sabes tú más que nosotros, como la Esfinge nuestra pobre sibila y no hay nadie que sepa... porque tampoco hay nada que saber?

Sería todo tan sencillo en tal caso. Sobre esta inmensidad, bajo el infinito, miles de barcos habrían errado orientándose por las constelaciones y, sin embargo, mentían las señales, y los que se durmieron y los millones de seres que duermen a esta hora, esperando confiadamente el alba, jamás la verían despuntar. ¿Para qué aquella lámpara en nuestro pecho, sino debía brotar una chispa con que encenderla, vanamente golpeados contra todas las peñas?... Hijos descarriados y descastados, vanamente habríamos contraído esta enfermedad del pensamiento, al separarnos de la naturaleza y ahora, como a la patria, jamás volveríamos a encontrarla; ella más inconsciente que nosotros no podía contestar nuestras complejidades soberbiamente sana la Madre Naturaleza, porque también soberbiamente bestia... Apenas si nos restaba el envidiarla.

Envidiarla y despreciarla. Cara a cara he mirado yo a los astros en esta noche profunda del océano Indico, cada vez más lejos de un pasado que ya empieza a borrar-se y lejos de un porvenir que todavía no se me diseña. Colocado como todo, entre la duda y la incertidumbre, lo más que podía estampar de mis pensamientos y mis sentimientos, eran unas cuantas cifras en el cuaderno de bitácora, consignando algo desvanecido que tal vez no habrá existido nunca:

«3º 25 del III 190., 12 P. M. Cielo estrellado, Mar llana, noche oscura. Lat. N. 10, 41-60, 29 Long. 10.41-60.29 Long. E. MM. 5585. Distancia del Puerto 1215.»



Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is too light to transcribe accurately.



Día de arribo

Lat. N. 8° 52. Long. E. 69° 39.

Nuevamente me aproximo al meridiano, viniendo esta vez por el Norte. Estamos en los ocho grados de latitud, y después de una semana de alta mar, pasado mañana a medio día, el «Nyanza» tocará en el puerto.

Colombo, Ceylan, ya la India maravillosa con que yo había soñado siendo niño. Ahora que unas cuantas millas me separan de la realidad, me parece más que nunca un sueño y vuelvo a experimentar esa inquietud de todas las arribadas...

Arribar, salir imprudentemente al encuentro de nuestro sueño. Realmente yo vengo haciendo este viaje desde que lo concebí hace ya tantos años; preparado mi cuerpo y mi espíritu por una paciente gimnasia. Pero, hé aquí el instante decisivo porque, un paso más, y será preciso que renuncie a esta vaga imagen acariciada por mi fantasía; se desvanecerá como si surgiera el sol y a su implacable luz ya no veré sino la realidad.

Tristemente diseño sobre el papel los contornos destinados a esfumarse. He aprendido que las decepciones no consisten en que lo vivido sea inferior a lo soñado, sino en que es diverso simplemente y me someto de antemano a mi desencanto.

Esa es la palabra reveladora: dormía la Bella

Princesa en el fondo del corazón y nuestra locura; la despierta, la lleva hasta el torreón del homenaje, la hace que contemple a sus plantas todas las grandezas de la tierra. Mientras tanto el hechizo ha quedado roto para siempre y evaporado el encantamiento, y ¡con qué lo reemplazaríamos, con qué podría comparársele siquiera?

¡El antiquísimo continente del génesis, donde estuvo el Paraíso Terrenal, donde, como una proyección y una emanación, la presencia invisible de «Aquél que no se nombra y que sólo se expresa por el silencio»! Por en medio a sus enmarañadas montañas han desfilado las generaciones llevándose sus secretos; unas en pos de otras, las encarnaciones de Budha, los taumaturgos y los profetas, bajo el firmamento constelado... Y hoy mismo que las herraduras de foot-ball se estampan en el suelo sagrado, hoy que el ígneo sol del Asia y del Africa, de la India y del Egipto, rescalda los helmets, y que desgarran el monzón, no los velos de Isis y de Kali, sino los mosquiteros azules, hoy todavía reside allí el misterio oriental que tal vez sofocaremos algún día, pero que no se nos entregará jamás. El silbido de la locomotora, ahuyenta los elefantes y los dromedarios; pero, por todo lo alto, fuera del alcance de las Winchester, continúan revolando majestuosamente las bandas rosadas de los ibis.

¡Estos presuntuosos boxeadores que en las raquetas de su sport han creído poder coger como una pelota, el alma de las viejas razas! Demasiado burdo aquel esparavel para semejante pesca. Y en el abismo sin fronteras y sin dueño, continuará dominando sin contrapeso, el impenetrable reino, y en torno nuestro se hará inútilmente durante todas las noches, la gran fiesta inexplicable de los espejismos, para la cual no hay cinemas, y la ininteligible música de los murmullos para la cual no hay gramófonos; porque no seremos nosotros los que separemos el espíritu de las aguas. ¡Qué revancha pensar que no todo cede a la violencia y que las victorias brutales son meras sombras rozando la superficie!

La antigua India donde la chispa divina prendió

por primera vez en el hombre, las antiguas, antiguas mesetas eternamente jóvenes donde la tierra se acerca más a los cielos! El sol es allí Surya, el «Todo Encantador» y derrama los esplendores de la primera mañana de los tiempos, engendrando y exterminando al igual de Siva, y el sentimiento religioso de la naturaleza, sobrecoge como en ninguna parte.

Me la figuro mortífera esa India, como un bosque sagrado, verdadero templo abierto a todas las creencias. Ella es de todos modos, la cuna de todo y será tal vez el sepulcro; presente su ciencia en el fondo de las religiones más diversas y de cuanta civilización ha ensayado la humanidad. Desde sus Dakshmas, sus seis Torres del Silencio donde los muertos esperan la suprema disolución, sube cada día al infinito, una plegaria panteísta, la única posible, y postrarse y hollar con la frente su polvo, es recobrase y crecer. ¡Oh, aquella fuente y piscina, en cuyo centro florece solitario el loto sagrado; de donde surge confortada el alma humana! Hacia ella marchó yo, descubierto y con los pies desnudos; hacia el Oriente de donde nos viene toda luz: el sol y las religiones... Y ahora comprendo que mi pequeña desilusión de poeta no valdrá nada, si como hombre logro sentir lo que hay de inmutable bajo este todo frágil y efímero. Entonces adquiriré, puede ser, la desinteresada filosofía del destino, hecha de amor sin fe y de fe sin esperanza.

Pero mientras tanto, ¿qué se me reserva allá arriba, en las tierras altas donde no sé cuánto tiempo viviré, ni si moriré? Largo abandono entre extraños, o bien (¿por qué no?) un poco de ese algo que engaña la desolación del destierro: familia fácil que los parias nos venimos haciendo por doquiera y que ¡ay! pasa cuando pasamos; amistades, amores y adopciones de ocasión... Inútilmente se oprime las manos y se abraza, inútilmente se cambian juramentos: ¡pasamos y pasan!

Así se sigue por el mundo, dando al viento, disipando sobre tierras estériles este puñado de semillas que es todo nuestro tesoro... La víspera de abandonar mi tierra, mi buena Petrona me soñó

solo y triste, aislado desde mucho tiempo de todos aquellos que ya habrán empezado a olvidarme; me veía en uno de esos bungalows blancos inundados por la reverberación devoradora de aquella siesta, y es admirable cómo la pobre criada vieja pudo siquiera concebir aquello. ¿Será un vaticinio, pues? Chile, París, Constantinopla... Así habré pasado yo por todas partes.

Y la angustia del plazo que se vence, mezcla de reminiscencias y presentimientos, de la etapa que concluye, de lo desconocido en que uno va a penetrar, vuelve a sobreponérseme en esta hora de la vida, rumbo al porvenir...





La isla encantada

Colombo, Marzo de 1908.

I

...Ciertos parajes de la tierra aparecen envueltos en un tal prestigio de leyenda, que uno piensa jamás llegue a conocerlos... Como el cielo del Profeta, como sus huríes, como el mundo de Kama, con sus apsaras. Ceylan me parecía inabordable, con sus bayaderas y la maravillosa perfección de sus hombres. Y he aquí que un medio día cualquiera, en una lancha tripulada por ingleses, entre mucho sunhat y mucho velo verde, hacemos nuestra pequeña travesía hasta un muelle inglés con carteles del té Lypton y una aduana inglesa. El suelo de «la isla eternamente verde» ha caído ya bajo nuestra planta; estamos bien en esa Lanka donde se libran los combates del Ramayana, en el camino hacia la antigua Anuradhapura, la ciudad sepultada, y el mismo rebaño de turistas que han fotografiado las pirámides sobre el gran desierto y el Santo Sepulcro, hace registrar ahora sus Kodaks y marchará a paso de carga contra la naturaleza de este paraíso.

Yo no podría expresar cuánto llega a odiarse (sí, a odiarse) estos snobs, menos que dilettañti, premunidos de todos los pasaportes y con cupones Cook y billetes circulares, que ni siquiera sufren

el mareo y que por dóquiera profanan con su borceguí de foot-ball, el sagrado polvo de los siglos. Lo mismo delante de la Gioconda en París, que frente a su vieja hermana la Esfinge; igualmente en piños, toman sus cifras más atentos por cierto al dato estadístico que a la belleza misma. ¡Qué saben ellos, qué les importa el sublime misterio de la donna de Leonardo o de aquella otra diosa engendrada por la omnipotencia de los Faraones! Lo consignan todo, todo lo reducen a dimensiones, fechas y sobre todo a precio en sterling, y después pasan, en palanquín o en pousse-pousse; pasan a lomo de asno, de camello o de elefante, insolentemente triunfadores, sabiendo que cualquier desmán contra sus personas, provocaría una reclamación diplomática, y presumiendo también que hasta los caníbales desdeñarían sus huesos colorines, saturados de whisky, de mostaza y del más estúpido de los orgullos que haya medrado bajo el sol.

En Aden, por ejemplo, en la aridez de Arabia, nadie puede figurarse el efecto que produce en las santas vecindades de Medina y Jerusalén, aquella lamentable estatua de Victoria-Queen, sosteniendo en la mano vuelta hacia arriba, todo el peso del Empire. Y en el Cairo y en Oceanía y en cada uno de los principales reductos de la India, inclusive aquí. Sí, bien pesado el tal Imperio, bien simbolizado por una esfera y lástima que sea una sola!... Pierre Loti escribió un libro que se llama «La India sin los Ingleses», y menos ambicioso, yo querría escribir otro bajo el rubro: «El mundo sin los ingleses... ni las inglesas». Pero verdaderamente ¿sería posible llegar a prescindir de esa como sombra de todo cuadro? (1)

(1) El autor estaba lejos de suponer que encontrarían, seis años más tarde, la mejor manera de desaparecer como obsesión, y que ha consistido en fusionarse con el resto de la humanidad para defenderla en su pasado, su presente y su porvenir. Llevada a cabo ésta que podríamos llamar transfusión de sangres, mal podría dejarse lo transcrito sin la salvedad que el tiempo mismo le ha puesto, car a tout seigneur tout honneur.

II

Pero una djin-rick-sha nos ha tomado ágilmente y héteme ya muy lejos del nombre perseguidor de sir Thomas Lypton y de todo el comercio con que se empobrece y se envenena el Indostan; héteme atravesando en el cochecillo abierto, estas praderas de los alrededores (que desgraciadamente, yo había visto en las cajas de te) bajo los grandes árboles, los pandanus y los mangos; héte aquí las palmeras pobladas de monos y de colorras como en el Brasil, los caminos sombreados, por donde marchan a pequeños pasos los elefantes, los búfalos y esas diminutas vacas-cebús que son como animales de pesebre de Noche Buena. Mi conductor corre siempre con la agilidad de piernas que se admira ya en los palafreneros de Turquía, bajo el esplendor terrible de este sol, y miles de perfumes nunca sentidos hasta ahora, vienen a darnos la bienvenida.

También vienen a darnosla los muchachos casi desnudos, que tiran al interior del carrujito, sus sartas de jazmines sin tallo, enhebrados en collares, y nos persiguen un momento hasta que reciben su bakshiche. Desde la Turquía, desde Marruecos, hasta la India, resuenan en todo el oriente «bakshiche y Selam» las dos palabras que lo resumen todo: «Recompénsame»; «Allah sea contigo».

Ahora cruzamos innmah (el río) que recuerda el Nilo por no sé qué aspecto peculiar, invadidas sus riberas por los lavanderos cingaleses, emboscadas de bambús, y pobladas de todas las especies de tortugas. Nubes de cínifes han asaltado el pequeño coche en marcha y difícilmente nos defendemos de sus desesperantes zumbidos, cada uno de ellos también, un microscópico vehículo de la muerte. ¡Ah! No sé por qué con tal fijeza me habla todo esto de vigiliat, de fiebre y de pesadilla en algún lugar de destierro, en donde uno se sienta reventar lejos de todo! Son sus trompetillas que a los enfermos se les antojan pequeñas bocinas, como si viniesen los insectos directamente al ata-

que, cabalgando bicicletas liliputienses y con los farolillos encendidos. Realmente es esta una impresión de calentura que necesito alejar y me restrego los ojos y sacudo la cabeza.

Volviendo el rostro, sin dejar de correr, el djinrick me ha preguntado si quiero que me conduzca al museo de Ceylan. No, ¡voto al diablo! Basta de conservas en todas partes. En todas las ciudades de Italia (hasta en Fiésole, con mi habitantes), en Francia, en Grecia, en Stambul mismo, en el Cairo, museos y museos, que son como los cementerios de las razas, algo menos tal vez: como una especie de sala de historia natural, donde se nos mostrase envasada y en alcohol, rotulada y catalogada, la vida y la tradición. ¡No, con mil diablos! Prefiero la polilla a la naftalina, la naturaleza libre, el aire, el cielo, el sol, y la más insignificante charla de un guardián del Vaticano me hizo olvidar—lo digo sin vergüenaz—al Apolo Belvedere y al Laocoonte. ¿Qué es, en suma, lo que me han dejado, fuera de uno que otro recuerdo, los mil museos que he visto? Tal vez un poco más de desencanto, tal vez un poco más el amor a las más humildes cosas vivientes y el ansia de algo, de algo que no se ha hecho, que fuera la impresión misma confusa, la sensación más bien, de la vida.

Seguimos corriendo en medio a la naturaleza cada vez más edénica. Quisiera saber algo de la existencia, del alma, de estas piernas cobrizas que me arrastran siempre más lejos y que yo veo huir delante de mí, preguntándome si no serán de acero, alguna invención también de aquellos diabólicos yankees; quisiera saber qué idea tiene este hombre que corre, de lo que lo rodea y del mundo. qué piensa de su suerte y cómo me considera a mí, su carga, a mí, que me dejo llevar cómodamente y que me abanico mientras él suda... ¿Por qué estas ironías? Ante uno de estos hombres, o uno que me limpie las botas, o uno que sirva a mi mesa; ante una de estas mujeres para nuestro regalo, jamás dejaré de experimentar cierta vergüenza, como si le hubiese usurpado algo a

alguien, o como si yo mismo hubiese violado una ley y engañase al destino...

Y bien djin, déjame en esta soledad; volveré por mis pasos a la villa y toma tu recompensa y perdona. No tornaré a verte y sin embargo has trabajado para mí y un momento me has hecho pensar: Selam ¡que Dios te guarde!

III

Perezosamente me echo bajo un arekier perfumado y una vez más olvido si soy, yo mismo el que abarca este cielo con sus ojos; yo, aquel niño obscuro que soñaba cosas dolorosas en una lejana, lejana ciudad ignorada, hace apenas quince años! ¿Dónde están ahora todos los que me rodeaban? Han muerto, como si hubiera sido preciso para mi vida, y el porvenir ha ido llamándome y yo lo sigo sin saber a dónde, confiado en mi fatum y en la armonía de todo. Maktoub—; estaba escrito! El ideal es como este colibrí que acaba de hendir el aire con su destello de pedrería, y para alcanzarlo precisa romperle un ala. Para retener en nuestro gallinero la gallinita de los huevos de oro, hay que recortarle de cuando en cuando, las alas. Para conservar el árbol de las manzanas de oro, hay que podar las ramas que depasen nuestro cerco, antes que alguien las desgaje. No nos son permitidas, digamos, sino ilusiones domésticas y a esa gimnasia constante queda reducido todo el esfuerzo de filosofías y experiencias. Esterilizar las ambiciones para que no se conviertan en peligrosos virus; descargar nuestra alma para que no vaya a estallar dentro de nosotros mismos... Decepciones, nostalgias jamás realizadas: tal el precio a que he comprado la lámpara de Aladino que me transporta donde yo quiero; la varita mágica que hace florecer siempre una realidad en el tallo de mis ensueños... Pero ¡ay! después cada planta muere y así, poco a poco, se ha venido quedando agostado mi jardín.

¡Maktoub! Y un día, al tocar los cuarenta años, moriré. ¿De qué habrá servido, entonces, todo este

esfuerzo sobrehumano de una voluntad, y a qué se habrá arribado? A veces un supremo cansancio, como esta vez, me arroja por tierra; pero como a Anteo, su contacto me devuelve la fuerza y vuelvo a alzarme, sino con más fe, sino con más esperanza, con un poco más de amor. ¿No debe cada uno plantar su datilero a sabiendas de que no alcanzará a aprovechar sus frutos?

Ahora veo en torno mío, algunos niños que me observan. ¿Qué habrán pensado de este hombre abatido en tierra, que uno de ellos me aporta un poco de agua de la fuente distante? Salud, mi compasivo samaritano, a tu frescura y tu mañana; y no pienses, hijo mío, porque es también hacer una momia de la libre naturaleza; vive y respira y ama, dichoso cingalés y a lo sumo, a lo sumo, sueña!

El día decae, verde y oro, detrás de los ramilletes de cocoteros, más allá de las viviendas blancas con sus persianas, sus atrios blancos y sus columnas; un gran revuelo de cuervos y de esos descomunales murciélagos que aquí se llaman vampiros, se entrecruza en las alturas; los ruidos de la ciudad parecen más distantes, el perfume más imperioso, y por los prolongados caminos, suena, suena tristemente, como el toque de ánimas de la jornada, la esquila de los cebús: es la noche que llega.

La noche que llega casi súbita; la noche que llega. Un ensordecimiento de cigarras y de grillos, surge con las luciolas y los cocuyos, aturdidamente bajo el doble crepúsculo de la selva. Una mariposa nocturna me azota el rostro. En el cielo parece haberse hecho rápido despejo para dar paso, de un golpe, a todas las estrellas, y las primeras luces de las carretas rastrean el suelo violáceo. He ahí el canto de un carretero que va sentado en el pértigo y que con una caña enflorada, coronado él mismo de flores de mandara, hostiga su yunta. Y las notas alargadas, parecen naufragar en la sombra como si la tierra y nuestros pequeños afanes, desapareciese bruscamente bajo la gran marea.

IV

Por la noche, en Colombo, de vuelta de los alrededores, habiendo franqueado otra vez el inm-mah donde encendían fogatas los pescadores o paseaban antorchas para fascinar los pescados, y otra vez las nubes de mosquitos y de falenas a esta hora...

Otra vez, pues, la noche capitosa de las ciudades de oriente, hecha de seducción y de peligro; el firmamento palpitante como una tienda inflada y sacudida por el viento; un ambiente difícil para el alma, demasiado cargado de primavera; un despertarse de cosas indefinibles; un ansia extraña y al mismo tiempo, el deseo dulce de llorar tibiamente, plácidamente. Tal vez ese viejo que mendiga, no sienta «ya» afinadas las cuerdas de la sensibilidad como un arpa eólica! Pero yo veo en los ojos de todos los que «todavía» somos jóvenes, hombres, hasta niños y mujeres, que pasan a mi lado, el mismo brillo húmedo y la misma languidez.

Pocas mujeres, apenas una que otra eurasiática, retenidas por los principios religiosos que las confinan a la zenana, como al harem entre los musulmanes. De cuando en cuando cruza una, envuelta en muselinas y velos de oro, meciendo su cuerpo sobre sus piernas desnudas. ¡Con qué soltura marcha y con qué seguridad! Y seres vergonzantes aislados en la sombra, le susurran, al que pasa, el nombre del barrio moni, las treinta y dos cualidades de la belleza cantada por los richis cingaleses, y las sesenta y cuatro magias del deseo.

¡El barrio de las bayaderas!... Insensiblemente, como el marino incautado por las sirenas, uno es atraído por el canto de aquellas mujeres que danzan la danza del vientre. En otra parte, no sé si en Alejandría, yo ví aquel ensueño de armonía hecho silencio y de semi-inmovilidad, y comprendí hasta dónde se diviniza la carne entre estos pueblos que llevan en las venas su sol mortífero. Nuestras estrepitosas obscenidades de oxidente, aquellos can-can, aquellos cake-walk y aquellas mattchi-

che, no hacen sino agitar, mientras que este ritmo se desliza como un filtro ponzoñoso, con todo el hechizo de la voluptuosidad. La negra cabellera entrelazada de corales, los ojos sombreados y en forma de almendra, la frente ceñida, estrecha y mate, las orejas con pesados zarcillos, las alas dilatadas de la nariz, con adornos de oro, la boca de gruesos labios enrojecidos por el betel, y los dientes menudos como granos de granada, las manos con las uñas teñidas con henné y el espejo de acero que hacen fulgurar, los tatuajes esotéricos, la gargantilla hierática, los senos como tier-nas nueces de coco, cargados de amuletos, el hermético cinturón, las pulseras en el antebrazo y en las muñecas, las ajorcas en el tobillo y los anillos en los dedos del breve y firme pie, la frágil cadenilla que liga las piernas y que ha de romperse... todo eso, destellos de argentería damasquinada y cintileo de gemas sobre el bronce ambarino de las carnes, reviste a la hetaira de una fascinación nueva, como un sortilegio, como si fuese un ídolo o la sacerdotiza de un culto, en medio a la eterna juventud y a la vida que sin cesar se renueva.

...Salgamos otra vez. Las pagodas están abiertas, diez, doce, veinte, sobre la gran calle de Colombo, desiertas, con sus candelabros encendidos y sus cazoletas y sus pebeteros humeantes. Resuenan charangas y fanfarras no sé dónde. Ahora es una iglesia cismática donde vuelvo a oír el canto altargador de los niños, que en Mitylene, llamada antiguamente Lesbos, me ha retenido horas enteras delante de los íconos, entre el incienso de los popes y el continuo persignarse ortodoxo. Vamos más lejos y en cualquier plazoleta, a la luz del creciente, asistiremos a los concilios budistas donde uno predica casi cantando, con una incansable elocuencia, y los demás, sentados sobre las piernas, se balancean monótonamente, o todos a un tiempo, se inclinan en una reverencia o recitan una jaculatoria. Es al Tatagata al que comentan los sutiles argumentadores; y allí cerca sobre un lecho de púas, algún fakir fanático permanecerá como

un cadáver, perdido en el nirvana de una contemplación vacía.

Adelante, siempre adelante. No sé qué maldición, como al Ahasvérus de la leyenda, lo impulsa a uno a seguir siempre más allá de todo. Largos portales donde se ama o se duerme, viviendas mudas que parecen en mármol, figuras como fantasmas, arrastrando sus muselinas, un esplendor liliat azulado por la atmósfera de la noche, y el cielo oriental y Venus sobre este indolente paganismo engendrado por el clima, poligamia sin escrúpulos, en que aves, animales y hombres, no hacen sino abandonarse a la naturaleza.

...La última impresión que me deja Colombo, es la de un arrogante mancebo que pasa casi rozándome y que lleva enroscada al cuerpo desnudo, bruñido y satinado, una serpiente blanca y reluciente, más helada todavía bajo el resplandor de esta luna de plata...





Barco que pasa...

2 de Abril. 7 h., P. M.

Un sentimiento tan extraño que va cerrando el corazón, a medida que uno se aleja de todo lo conocido y amado; por las tardes, mirando a popa la estela de las hélices, una tal impresión de soledad y de destierro supremo.

Y las tardes caen turbadoras en este mar de fuego, con gruesas nubes que forman anfiteatro en el horizonte; una mar eternamente apacible, que hace aun más desoladora esta continua marcha, siempre, siempre; apenas la trepidación contenida que hace vibrar los herrajes y todo esto mismo adormecedor y monótono hasta el desencanto, hasta el hastío, hasta la angustia.

¡Tan extranjero, tan solo a pesar de los mirajes de la distancia, con una convicción tan profunda, de que aquí es para mí lo mismo que allá, porque no tengo nada en ninguna parte, ni aun en ese lejano Chite; sin el consuelo de retroceder siquiera a un pasado feliz que no he tenido, o de ilusionarme a la perspectiva de un porvenir en el que no creo.

Y los días pasan y las noches. Cada vez en la misma hora, las mismas cosas. Rostros extraños, alegrías ajenas, todo un mundo aparte. Uno se asombra de encontrar cada mañana fuerzas para reemprender la vida, librado a sí mismo completa

mente, y no piadoso, no creyente... viendo la muerte tan vacía como la vida.

¿Por qué es lo que puede ser un aliciente para que uno se sobrelleve? El corazón, lo solo que vale la pena, ha fracasado, y yo no iré a creer que mis ambiciones me retengan a nada. Ambiciones ¿de qué y por qué? Vacía la tarea y un remedo no más, de cosas intraducibles... ¿Y cómo, por ejemplo, podría yo decir ahora mi abandono sin límites y para siempre? A lo sumo se recae en las palabras quejumbrosas que dejan una especie de disgusto como una vergüenza; a lo sumo se limita uno a contemplar en silencio esta estela de barco, el horizonte que se desvanece; y la realidad pierde su consistencia y uno se habitúa a vivir en estado de pesadilla, a la espera de algo parecido a un despertar.

Esta tarde en el golfo de Bengala. Han llenado los ojos miles de visiones y, sin embargo, la misma ansia inaplacada. Tal vez fué cierta esa despedida en Valparaíso, esa despedida en París, esa despedida en Constantinopla?... El barco, el tren, el barco, y andenes y muelles, como otro barco que se llevase a los que nos dicen «adiós»... Pañuelos ondulantes, cabezas que se confunden y ya en el mismo momento entrando todo en el dominio de las cosas inciertas, no pudiendo evocarse bien las imágenes amadas, como evaporado en un instante el amor mismo... ¡Puede ser que haya ocurrido aquello!

Esta tarde, medio a medio del golfo de Bengala. (Las primeras horas de la mañana serán en Chile y en Turquía y en Francia casi el medio día). La eterna campana de las comidas, ha convocado al comedor, y como siempre, sólo yo permanezco en cubierta, a popa, viendo nuestro rastro sobre las aguas, y el sol desfalleciente. Inmenso este mar como si no tuviese límites, comunicando suavemente su cansancio, fastidiosa la misma última claridad del largo día ecuatorial.

Y es más bien como la sensación de una presencia la que me hace volverme lentamente; en medio al polvo luminoso del crepúsculo, ya con sus luces encendidas, otro barco va a cruzarnos

del lado de estribor, más pequeño que el nuestro y de tal modo próximo por un instante.

A pesar de la indecisión de todo, puedo abarcar hasta en sus detalles aquella cubierta desierta, y yo no sé qué pena de cosa malograda me sobrecoge. Yo solo lo he visto pasar y ellos no nos han visto siquiera!

No; aquello era imposible. Apoyada en uno de los rollos de cables, mira una mujer largamente hacia este «Nyanza»; entonces me ha distinguido y entonces—medio envueltos por la última claridad, del uno al otro barco errante,—nos saludamos solemnemente como a dos muertos, los únicos dos que velamos. Un momento se encuentran nuestros ojos y después aquello pasa, se distancian las luces, aquello ha terminado como si no hubiera existido.

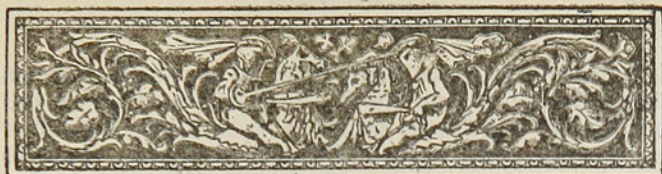
Mi vista se obstina en seguir esa forma cada vez más pequeña sobre el horizonte, humo débil, silueta casi incorpórea... En el surco de nuestro navío, cabrillean ahora, las primeras fosforescencias...

Cuando he levantado la cabeza, en el cielo obscurecido, hasta las lejanías borradas, todo el firmamento de estas latitudes, había despuntado de pronto como una primavera tropical.

Y otra vez más comienza el girar insensible de las constelaciones, la Cruz del Sur que se endereza y que cada noche vamos dejando un poco más atrás.

...Como si nos alejásemos hasta de los astros, más allá de todo, en esta carrera loca cuyo objetivo no se encuentra...





Ultimo día de navegación

Lunes, 6, en la embocadura del Hugi.

Como el niño cuya cuna se deja de mecer, así he despertado hoy, a la sensación de que el «Nyanza» acaba de detenerse. Sin embargo, esta noche distábamos todavía doscientas millas de Calcutta y no podría ser que llegáramos antes de la tarde. Un barco, ni más ni menos que un planeta o que el puntero de un reloj, no puede acortar las distancias.

Miro por la tronera de mi camarote. La mar había enturbiado súbitamente y en el fastidioso cielo de estas latitudes, una ligera bruma atenúa el azul. La trepidación de las hélices, que seguían funcionando, el balanceo de un barco que se ha detenido sin echar anclas, se dejaba sentir más de momento en momento. y un rumor de remos me hizo asomar la cabeza todavía esperanzado de un fracaso en esta navegación sin accidentes; así como así, permanecíamos sin duda en alta mar y debajo de nosotros hacía el abismo. Vi una chalupa que se deslizaba a barlovento, tripulada por algunos nativos, que entre la claridad insuficiente del amanecer, me parecieron los marineros de a bordo; entonces me lancé a cubierta.

El aire libre y el espacio, serenán, y quedaba

instruído con solo distinguir un vaporcito cerca de nosotros; la marina de H. B. M. nos había enviado sus prácticos, como a la entrada del mar del norte, como a la salida del golfo de Vizcaya, y quieras que no, era preciso izarlos. Ahora los remeros que los habían conducido se volvían al guarda-costas y otra vez nos pusimos en marcha.

Sucia esta parte, que yo no conocía, del golfo de Bengala, donde se mezclan ya sus aguas con las del río sagrado. Es el Ganges ya, lo que así consigue turbar la mar, con el Bhagiroti, su brazo más venerando, y en pocas horas más estaremos sobre la desembocadura, en el puerto; por eso también, las gaviotas nos escoltan.

Forzoso despedirse de las largas travesías. Medio año que me vengo abandonando a las olas, sazónándose en mis venas la sangre empobrecida de los antepasados marinos, y ahora esto toca a su fin. Es preciso sentir el amor de patria y hogar con que se apega uno al alta mar y a su barco, haber disfrutado la libertad, tan lejos del porvenir como del pasado, para llegar hasta envidiar a los que todavía seguirán más lejos, a las costas de la China y del Japón o a la maravillosa Oceanía. Y luego, los que no tenemos nuestro puerto en ninguna parte, ¿no haríamos mejor prodigándonos sobre el mar?

El mar, el mar. El bana en la Norselandia aquel pueblo de mi familia; él a todo lo largo ese Chile que, espaldeado por la Cordillera, no es en suma sino un prolongado litoral; pero allí y allá no me quedan sino mis muertos, sobre las altas cumbres, abarcando hasta perderse de vista el horizonte marino; todo lo vivo va conmigo: mi corazón y mis recuerdos.

Por eso, es por eso que esta inmensa cosa, la más grande bajo el cielo, me ha tomado por entero; yo siento que le pertenezco y tal vez sea el único de la nave y de las flotas que lo surcan, que se libra sin inquietud a sus caprichos, porque su mismo brazo aniquilante me sería grato, su lecho de corales, su pesada cubierta de esmeralda, sus vidas misteriosas, sus madréporas hambrientas como pulpos y los despojos que esconde, todo

me fascina hasta el punto que, muchas noches sobre todo, he debido aferrarme a la borda para no ceder a la atracción y dejar seguir su inútil camino al barco; ¡aligerarlo de mi carga y aligerarme, desertar, eso era demasiado bello para que hubiera podido realizarse!

El mar, la mar. Entiende las delicadezas y los arranques, este elemento que ha mecido el primer sueño de mi raza y el último, y reúne en sí, aquel Todo de los primeros andróginos, allá en los tiempos en que la naturaleza era todavía una e indivisible, cuando aun no se había separado el espíritu, de las aguas, rey de las dos zonas, en cuyos estados no se pone el sol, creador que se engendró, Padre y Madre, Padre e Hijo, Dios y Diosa, Diosa y Dios, he ahí su fuerza por sobre las cosas y los seres, su misterioso dominio, su insondable alma, su eternidad y su infinito; es la potencia Virgen y Fecunda, completa, armoniosa, vanamente soñada por nosotros, el Bien y el Mal, frutos de un mismo árbol, encerrados en un solo fruto. ¡Ah! Arranca nuestra debilidad del momento en que los dioses pretendieron hacer dos creaturas y que las creaturas se forjaron dos dioses, por eso somos mortales; nos hemos perdido a nosotros mismos y tal vez ya nunca nos encontraremos; pasamos la vida en buscarnos y mientras tanto la vida y la muerte se confunden.

Sí, hemos querido aislar los simples, descomponer lo que constituía un principio único, y hasta hoy solamente el mar no ha admitido nuestros sexos incompletos, ni nuestras imaginarias fronteras. Pacífico o Atlántico, llamado allá Negro, aquí Rojo y acullá Amarillo, sus aguas incoloras como el aire, se extienden de polo a polo y nos contriñen en la órbita mágica que describe Pyton al morderse la cola. Verdaderamente, cualquier punto de partida, será también de llegada; la tierra es redonda, y ensueños y dolores se resienten de aquella fatal circunferencia que los indios llaman Rueda de las Cosas, y sufrimos incurablemente como sufrieron los hombres del pasado, como sufrirán los hombres por venir, el fastidio de su círculo vicioso.

Pero exige esta Mar, el sobrehumano, el inhumano «Todo o Nada», y si todavía yo tenía relaciones con la tierra, lazos que me sujetasen a la vida, me devolvía a la playa como hace con los cadáveres. Ella no recluta la tripulación de su barco fantasma, sino entre los que han sido capaces de renunciar a todo: patria, hogar, ambiciones, y ya en mi familia, la abuela Juana hablaba con una melancolía supersticiosa, de aquello más fuerte que la muerte y más que el amor, que un día —y para siempre— había reconquistado al abuelo Juan.

Mantengo relaciones con la vida, lazos que me ligan a la tierra y nunca como hoy me había amedrentado este exilio, la existencia desconocida en que voy a penetrar. Naufragar lejos del océano: he ahí la verdadera épave; sentir el polvo, la in-noble marea, que sube en la estrechez de los horizontes; no poder respirar ni debatirse; no saber dónde refrescar, cómo purificar el cuerpo fatigado y envilecido; e irritante ante los ojos el espectáculo gris sin grandeza, todo el juego de tramoya de los hombres de tierras adentro, preocupados de escamotearse unos a otros.

Y sería preciso que un año, a lo menos uno, resistiese yo sin asfixiarme, otra vez vestido mi espíritu de rutinas y preocupaciones... ¡Con qué infinita, con qué inaplacable desolación, abarco por última vez esta libertad, único medio propio de las almas. Hasta jamás, tal vez, tal vez nunca más me suelte la tierra, porque más avara que el mar, ni los despojos devuelve de aquellos que se traga! ¿Qué maldición nos obliga a vivir donde no queremos y a separarnos de lo que amamos?... Y como nunca también, he sentido el desprecio por esta pequeñez mía, incapaz de sobreponerme como el abuelo Ivar. ¡A tierra el descastado; el mar lo arroja de sí; a la tierra devoradora del Asia, lejos de todo aquello que me ama y lejos, lejos de mí mismo!





Cantos orientales

Errar la noche, sin objeto y sin rumbo, por las ciudades todavía desconocidas; sorprender los pueblos a la hora en que se relaja su tensión del día y en que, bajo las estrellas de esta latitud, se libran al ensueño en las calles en donde duermen y viven; esto hace olvidar un tanto la obsesión del sol, y mañana se recordará como un sonambulismo las aventuras nocturnas, como se recordará más tarde toda nuestra vida en la India.

Toma esto un aspecto tan diverso, casi dulce, y ante todo inverosímil, como un sueño; parece realmente que se alejase la vida y que uno vagara en pena por un mundo igualmente fantástico; yo no sé expresar sino de esta suerte este sentimiento tan mío y puede ser que abuse de la misma imagen; pero sobre todo en Calcutta, a veces hasta me cuesta creer que soy yo mismo, que vivo aquí mi vida y que no me he quedado en otra parte. Durante el día por el resplandor triste, en la noche entre estos ruidos exóticos y esta vida, siempre es la impresión de cosa a punto de despertarse y que continúa durmiendo sin embargo.

Es preciso que hable de mi jornada antes de

discurrir con las almas que no conozco, por la ciudad sombría... La mañana abre uno los ojos a la conciencia y al recuerdo, viendo ya delante de sí la figura en blanco del criado indígena—¿creeréis que no puedo retener su nombre, el nombre de esta especie de sombra que me sigue a todas partes y que toma sobre sí la fatiga de las cosas?—ya está ahí, al pie del lecho, alto y silencioso, agitando monótonamente un abanico que, como el pankah, no da aire, no hace sino alejar los insectos; así comienza el día, que se sigue largo y con la misma sensación de pesadilla, en la clausura del cuarto rayado por la luz de las persianas; se pierde la noción del tiempo, zumba la sangre en el cerebro y se ve rojo, rojo, quemando el cuerpo, vinculándose todo este calor al alma, de un modo desesperante. En el patio plantado de palmeras del bungalow, donde graznan los cuervos, un árbol ha florecido en racimos rojos como de cohetes que hubieran prendido al resplandor de todo; todo arroja su refracción afuera durante la larga siesta, todo reverbera en el bochorno: la cal viva de los muros, los jardines, las partículas del aire, el cielo, y uno piensa en qué baño sumergirse donde se desprendiera este fardo sofocante, red de nervios, de músculos y de venas, entre la cual el pensamiento agoniza.

¡Oh, el enervamiento del día! Por eso al caer la tarde, uno escapa como un loco, vaga, divaga, seguido de su sombra blanca, por las calles desiertas, bajo la pesadez del firmamento. He ahí siempre ese tórrido cielo heliotropo, donde el rojo se ha fundido con el azul, pero sin desvanecerse; la luna dorada que aquí parece calentar ella misma, completamente suspendida en el vacío; el revolver inquieto de los cuervos; conserva la tierra, su rescoldo, como un horno sofocado para el día siguiente, y de las paredes y los techos se exhala una evaporación imperceptible. He ahí los hombres negros con la piel bruniada todavía por el sudor, su voluptuosa indolencia que no es sino una tregua en la fatiga y la aridez; las altas palmeras que frotan apenas sus hojas, como despertando de un letargo, pesadamente, embriagadora-

mente; el viento tibio cargado de languidez y de emanaciones fuertes.

Es también una sola emanación desvanecedora la que presta un alma a este todo, picante como el aroma del benjuí, del clavo de giroflé, del almizcle; el aroma natural de estos morenos desnudos que mascan el betel y se tiñen de rojo las encías y los labios, y no sé qué secreta afinidad hay entre sus afeites blancos y amarillos y rojos, sobre la frente lustrosa—el distintivo de qué se yo qué secta—y esas hojas encarrujadas del betel, conteniendo la cal viva y la nogada de arek.

Y mientras tanto no hay mujeres, sino en la imaginación excitada, jamás ninguna, ni de día, ni de noche, por la calle pública; es solamente el olor fuerte de estos airosos mocetones con ojos sombreados y color transparente de ámbar; de estos pechos firmes, de estas caderas herméticas como las de los adolescentes, largas piernas espigadas y perfiladas, largos cabellos que caen a la espalda fina o se levantan en trenzas sobre la pequeña cabeza, justa en las proporciones de la belleza clásica; un vago encanto femenino que hace sentir mejor la desolación del yermo sin hembras, a la hora del cielo y la naturaleza.

Extraños concursos a la luz de la luna. Cantan dos voces cogiéndose las palabras una a la otra; es como un juego malabar, siempre recommenzado y que no concluye nunca, y una vez más yo siento hasta qué punto estos cantos orientales son la expresión más íntima del oriente; hasta qué punto expresan el resplandor siniestro y la larga merced, los pensamientos monótonos, existencias y almas desenvolviéndose de la misma suerte a través las alternativas de la humanidad, todas iguales como esta música recommenzada y no concluída jamás. Sin querer recuerda uno el viejo cuento: «Este era un patito que tras de la pata andaba y que por ver lo que se hablaba se puso a oír un ratito; pero en esto llegó otro patito que tras de la pata andaba y que por ver lo que se hablaba se puso a oír un ratito; pero en esto llegó otro patito que tras de la pata andaba y que por...» Como cuando niño, uno se embelesa en el canto mecedor, vagamente

esperanzado cada vez, de que cambie o de que concluya, aunque se sabe de antemano que la voz de mujer atacará eternamente las notas bajas y que cuando empieza a desfallecer, un alta voz de muchacho la recibirá y le infundirá su fuerza nueva. Se languidece, se va a ceder y entonces surge siempre la renovación y la confianza. Apenas entiendo yo las palabras bengalíes; sin embargo, nada podrían expresar más verdadero que esto. Es la cadena de la existencia, del tiempo, de las esperanzas y los desencantos y las esperanzas, de la noche que sigue al día, de la vida que sigue a la muerte, de la rueda que rueda, que rueda, que rueda.

Son una mujer y un niño; encubierta ella por un manto, sosteniendo la pequeña escudilla de cobre donde las monedas relintinean al caer. Deben de ser la abuela y el nieto. El, en cambio, dorado como un dátíl, se yergue desnudo y soberbio, consciente de su belleza y de la belleza de su canto; su noble cabecita oscila indolentemente o se echa atrás en un movimiento altanero, todo el cuerpo arqueándose flexible, balanceado sobre la punta de los pies. También sobre sus labios frescos se proyecta la sonrisa desdeñosa de las viejas razas como una sabiduría ingénita. Y parece que ambos no cantaran sino por el placer de vivir, su pobre canción de parias; no demandan nada, saben que no son mendigos, dan y reciben, y por eso el canto no se interrumpe cuando caen las annas y las pequeñas pices y es con un ademán respetuoso que cada espectador deposita su ofrenda.

Surgen de la noche, del encanto de la ciudad, extraños donadores voluntariamente caritativos y que se pagan belleza aunque ellos mismos parezcan harlo menesterosos; cuerpos altos y flacos, esqueletos que marcan la piel, largos brazos huesudos terminados por una mano pesada; llevan anillos en los dedos de las manos y de los pies, llevan ajorcas y brazaletes y gargantillas, llevan ceñida a la frente la diadema de plata, o el cinturón a los riñones; y todos silenciosos, sumergidos en la luna, y en el canto, aparecen y desaparecen

como si él mismo los evocase, fantasmas de un pasado desconocido y de un misterioso porvenir.

Uno se arranca con dificultad a esta especie de fascinación. En este momento la voz baja ataca las primeras notas y cuando nos alejamos, ya se ha erguido la sonora voz del niño para sostenerla y prolongarla... Cantarán así durante horas, como galvanizados, delante de un auditorio siempre renovándose y eternamente el mismo; se destacarán sombras de la obscuridad y volverán a anegarse, caerán retiniendo las monedas en la escudilla de cobre; temblarán las estrellas; avanzará la noche...

Nosotros, yo y mi sombra servidora, seguimos por las calles de más en más estrechas, obstruidas por los soñadores, formas oscuras que se confunden con la tierra o blancos ropajes parecidos a sudarios, todos de espalda sobre el suelo, en el quicio de las puertas, en los portales y en las tiendas vacías; algunos con los ojos abiertos abarcan la inmensidad; otros balbucean palabras ininteligibles; otros se arrullan a sí mismos con alguna cantinela infantil; algunos departen en voz queda como subyugados por algún misterio, o bien fuman el opio en sus hukah, sus pipas de caña, o bien callan en corrillos, o canturrea alguno un viejo libro a la débil claridad de una lámpara de coco.

Candiles y pequeñas luces rastrean el suelo, sobre todo en el mercado, como los fuegos fatuos en un cementerio y se agitan a un mismo soplo imperceptible para los hombres. Ahí las frutas tropicales; las bananas, los mangos, las mandarinas, amontonados los nitchis con los kakis, y ahí el olor meloso de los dátiles y las piñas, el olor a magnolia de las chirimoyas, el perfume de los melones que tienen inscripciones del sanscrito... Volvamos a las calles, donde nuevamente el canto sujeta a los transeuntes.

Esta vez se acompaña una voz adolorida, con tam-tam y platillos plañideros. ¡Tam-tam! ¡Así otra vez, nuevamente! chocan los platillos como algo que se rompiese y vuelve a caer el tam-tam y a

decidir por un momento aquella cuestión inextricable.

Aquí se canta por cantar, por mecerse y marearse. Pasamos entre los que escuchan medio adormecidos y los que siguen el canto a medio hipnotizar y acompañan. Héte otra vez las pequeñas tiendas con los tablados llenos de confituras almizcladas y el vendedor majestuosamente achataado en medio, impulsando su mosquitero. Hay el barrio de los chinos, zapateros todos, con sus zaquizamis que huelen a suela como si fuera su olor; aparan encorvados sobre las máquinas, medio desnudos, como mujeres linfáticas, o con sus largas coletas, tomando el aire, abanicándose unos a otros, ridículamente afeitadas las cabezas, sus rostros casi sin facciones como vientres enfermos; todo triste y sucio, dando la idea de una humanidad de grimillón, un pulular de seres todos parecidos como una inmensa cría de cobayas... Interiores de fumaderos de opio, a medio alumbrar solamente por un fuego, formas entreadivinadas y singulares conciliábulos. Más allá las pagodas abiertas con todos sus candelabros encendidos; más allá siempre la misma incuria y lo mismo.

Y ya se camina como en sueños, escoltado por la forma blanca del boy. El sueña también y calla como todo, en el apaciguador silencio del oriente; una señal basta para que se aproxime, un ademán para que se detenga. Ahora no sé cómo me viene su nombre: Etbari y por su casta Shaikh; Shaikh-Etbari. Esbelto y suave, es misterioso como todas las almas; habla su lengua florida de imágenes y circunloquios; se desliza como una sombra luminosa sobre sus pies desnudos y el garbo con que apoya la planta, le comunica un donaire elástico como si la tierra le fuese devolviendo la fuerza que le toma a cada paso.

—Vamos, pues, Etbari; volvámonos ya.

Y he aquí el bungalow dormido; en el patio susurran las palmeras, los cuervos de cuando en cuando lanzan su grilo metálico; se ha envuelto el hibiscus rojo en el baño como de amanecer rosa de la luna y un perfume embriagador ronda como un alma. Allí delante de los atrios bajos, hay ex-

tendidas también figuras blancas. Y el conjunto de columnas, torrecillas, terrazas, y escaleras retorcidas, las balaustradas caprichosas, la luz de algunas ventanas, la obscuridad discreta o el estante brumoso que finge esta claridad lunar, todo una vez más parece solamente el reflejo de un mundo lejano en una edad remota.

—Buenas noches, Etbari.

Shaikh-Etbari aporta su petate y se tiende largo a largo delante de mi puerta. Podría yo errar todavía entre los macizos o tenderme también en las largas sillas de mimbre; pero a nadie confiaré jamás mi divagación de cada noche sobre las altas terrazas solitarias, en esta India subyugadora.

Seducción inefable la de sentirse libre y único que vela; trepar lentamente las gradas de piedra, oprimido como si no se fuese a salir nunca arriba, y bruscamente en la cúpula, abrir la pequeña puerta que da acceso al aljarafe, jardín suspendido de todas estas moradas. Desde ahí se dominará a estas altas horas, las demás azoteas desiertas bajo el infinito, y allá abajo, a los pies, la incomprendible capital india, las formas blancas que yacen, los que duermen y los que sueñan.





Domingo de Ramos en la India

Calcuta, Domingo, 12

Muy temprano he despertado bajo la impresión de cantos lejanos que parecían venir del fondo mismo de mi sueño. ¿Dónde estaba yo hace un momento? ¡La implacable luz de la mañana hiere mis ojos y mi espíritu, y es con indecible desconuelo que rehago mi composición de lugar: la India y su sol; perdido en medio del Asia y del equinoccio!

Tristes los cantos y suaves, con algo familiar, que me provoca reminiscencias vagas; entonces recuerdo cómo hoy es Domingo de Ramos, y realizo sumariamente mi tocado. Echémonos a la calle, vamos a la iglesia; días henchidos de nostalgia, de todo el pasado distante; días asociados a la niñez, a los seres queridos que ya se fueron, a uno mismo que ya no volverá...

La procesión va pasando por esta parte de la vía Dhurrumtollah y no tengo sino que llevarme la mano a la frente, ya que el turbante como el fez, no se quita jamás, ni ante Dios. Una infinita melancolía llueve con los rayos ardientes, porque todo esto es como un remedo tan triste de mis

recuerdos, estos niños hindues que están desfilando ahora, niños como yo era.

Es la procesión, la tradicional fiesta de las palmas que salen a recibir a Bou-Hamara, (el hombre de la mula) hasta la puerta de Bethphagé y yo os confirmo que hay palmeras aquí, en este litoral plantado de ellas, doscientas leguas a lo largo; por eso son enormes ramos los que se agitan en el aire inmóvil, con sus cimbras pesadas y ásperas: un verdadero palmar en marcha, verde y dorado bajo el cielo azul y oro. Y yo recuerdo el sentimiento piadoso de los años lejanos, la pequeña rama como una palma de martirio, estrechada contra el pecho, el fugido del órgano pasando por sobre las cabezas y aquel mismo susurro de floresta como un temblor de viento en las altas copas.

Pasan aquí, unos tras otros, los pocos catecúmenos, entre la multitud oriental habituada por naturaleza a mayores suntuosidades; rostros bronceados y piernas desnudas, magros y tristes, como consumidos por el sol y por su plegaria de renegados; parecen más bien sombras de algo, e involuntariamente yo los comparo a estos gatos de aquí que parecen también siluetas chinescas de gatos.

Pobre pueblo, este, a merced de Mitra-Sol y de Mai Gan-ga, la Madre Ganges, naciendo y muriendo prolificamente, como embrión de algo que jamás se determina a lo largo de tantas generaciones! Hoy padecemos la canícula, pero mañana serán las hambrunas hivernales, el cólera devastador y la peste. No están seguras por cierto, estas pobres crisálidas, de alcanzar el estío siguiente, y sino se quemase los cadáveres, no habría donde ponerlos, tanto sería toda la India un interminable osario. Aquí Brahma crea y Vichnú conserva, pero sobre todo, destruye Siva, el Exterminador, y yo no he oído nada más feroz que la frase con que una madre hambrienta, de Radjpoutana, trataba de confiarle a cualquiera su hijo:—«Tómalo, tómalo, porque sino tal vez me lo comería.»

La procesión camina lentamente por la calle indígena, bajo la reverberación del día; cantos de

allá con el tacento de aquí; tienen no se qué brillo triste los paramentos sagrados, como si estuviesen fuera de lugar a esta luz que muestra las piedras falsas y el hilo de oro desteñido, en esta patria de las piedras preciosas, en donde yo vengo de presenciar, en Puri, la féerica fiesta visnhu-sivaita del Carro de Plata. Y cuando en medio a la doble calle de palmeras, sobre los mantos indios, pasa enjaezada pintorescamente la mansa cabalgadura que lleva al oficiante y su viril, no experimento el escalofrío de siempre, tal vez por la curiosidad maliciosa con que nos observan tantos; se siente que nuestra soberbia madre la Iglesia Católica, fuera de la cual no hay salvación, cobija apenas una porción ínfima de las conciencias humanas, y aquí mismo, sin ir más lejos, frente a la basilica del patronato de las Indias, donde vamos a penetrar, una mezquita, un templo armenio y una pagoda, alzan sus adorables arquitecturas y al lado se confunde el Ave María con los salmos de los metodistas.

Entramos a la única gran nave, sin la unción de nuestras más humildes capillas, despojada de todo misterio. Imposible orar en este recinto abierto al jardín, como un verandah, de otra suerte que en las bancas numeradas de las sinagogas. Aquí también al fariseo rico se le da puesto de preferencia y sobre todo se relega al nativo, se le aísla, tal vez para que no llegue a soñar que toda la sangre del Dios blanco es capaz de vincularlo y hacerlo el igual a todos; aquí los misioneros entienden su obra de acuerdo con el siglo; y los refinadísimos prejuicios de este oriente, con sus distinciones de castas, y las bajezas que reserva nuestro occidente a los advenedizos, todos los Respetos Humanos, en una palabra, tienen su altar constantemente servido en la Casa del Señor.

Salgo sin haber podido recogerme un instante, ni aun para evocar el fantasma de mis creencias: bajo el sol de la India, la misma dulce religión del Nazareno parece haberse enervado y haber entrado con las otras en vergonzosas transacciones. Libertad de cultos quiere decir aquí mercado abierto; cada santuario y cada comunidad prospera o

no al lado de todos, como un barrio de cambistas o mercaderes, saludando de puerta a puerta su compadrazgo, mientras se reparten la clientela sin hacerse competencia, o cruzándose invectivas si se despiertan los celos del oficio, su oficio de «bondieusards». Cualquiera nota, a este propósito, que la lucha es más áspera entre los diversos cismas de un mismo credo, Ortodoxos y Romanos, por ejemplo, Shintoistas y Budhistas, Conformistas y Metodistas, que entre estos mismos y los de una fe opuesta, como si el peligro de la concurrencia fuese alejándose en razón de la diversidad del ramo.

Y se ve a los misioneros belgas o ingleses, con barbas que tratan de disimular su vientre, vestidos casi a la oriental, y tomados ya por el indiferentismo y la indolencia, cuando no por el bienestar sibarítico de su serrallo de almas. ¡Oh! Seguramente que el trabajo de ganarlas para el cielo, no los arrastrará ya hasta el martirio, a menos que se trate del voluptuoso cielo de esas religiones, que nunca reniegan sino a medias sus conversos. Y aun sería la ocasión de preguntarse a propósito, quién a convertido a quién: si los prosélitos del lejano oriente han recibido el agua lustral del Jordán, o bien si son sus catequizadores los que han recibido de esta traza, en la cual no se distinguen los sexos ni por la profusión de los cabellos, ni por la seducción de las formas, la pagana agua del Ganges, perfumada y envenenada con todas las flores y todos los vicios de aquí.

Se vive, pues, y se medra o se vegeta, y más que nunca los viejos bienaventurados Santa Clara de Asís, o ese Francisco Xavier que ahora sería tan útil para disciplinar a los propios hijos de su Orden, parecen no más que ídolos, un poco menos imponentes que los dioses de la Trimurti, más susceptibles de aplacarse con ofrendas, más venales o si se quiere más modernos.

Salgo y recuerdo aquellos otros finales de fiesta, entre la piedad española: las calles hinchándose como de un río negro conduciendo siempre pequeños ramos ingenuos—para todo el año la santificación del hogar, como un amuleto que, al que

marlo, ahuyentaría los espíritus malos que, a la cabecera de los moribundos les daría la Buena Muerte;—recuerdo sobre todo los fieles descendiendo desde las alturas de los Doce Apóstoles y confundose a un Valparaíso de día de fiesta y de comienzos de otoño.

La India británica se evangeliza o resta abierta a todos los fetichismos; las colonias francesas de la India se hacen laicas como su República; un solo reducto le queda al catolicismo en las Indias y es donde verdaderamente el buen San Francisco Xavier reina como patrono; la vieja herencia lusitana y española: Goa, Damao, Diú, suspenden su vida en estos días de la Semana Santa que comienza; se marcha a pie descalzo y a cabeza desnuda y el nombre de Cristo Redentor vuelve a ser pronunciado por labios ingenuos y por pechos fieles.

Cuando me alejo del porche, el monzón ha comenzado, arremolinando el polvo en las calles y las nubes en el cielo; se marcha a tientas casi, como combatido de un contrario invisible y uno siente una vez aun la hostilidad de esta naturaleza.

Mismo día, por la noche.

Triste Domingo de Ramos, que ha venido a cerrar uno de esos chaparrones de aquí. El aguacero cae del cielo turbado por descargas eléctricas, bruscamente desgarrado por el relámpago y el rayo; cae sonoramente como una catarata, convirtiendo la tierra en un pantano; pero el aire permanece ausente como si fuesen aguas termales las que vierte la noche negra y sofocante.

Y ha sido un sálvese quien pueda sobre los charcos, una de carruajes que huían y de figuras vestidas de blanco que parecían salir del baño. Entonces por sobre los turbantes se desplegaron los paraguas, ese artefacto tan amado del babú, que lo usa hasta en la noche bajo el resplandor de las estrellas, y todo apareció como una colonia de insectos que hubiesen enarbolado sus lustrosas caparazones negras o como un campo de hongos florecidos repentinamente.

¿Dónde ya la majestad oriental?... A lo lejos, entre la gasa de la lluvia, llorosas y perdidas, brillan en el Ganges las luces de las embarcaciones o esas otras más pequeñas que se sabe acompañan un cadáver abandonado a la corriente sobre un almadía, según la costumbre budhista... Las grandes plazas, la explanada interminable, los jardines y los parques, se quedan desiertos y apenas se siente un poco de ruido, la música de una balada escocesa o la gigue de un highlander borracho en el Temple-Bar o en otro refugio europeo.

Y del lado de Pettah (la ciudad negra), los barrios siniestros de las bayaderas, la monotonía y la incuria, toda esta asolación de aquí...





Pequeños pensamientos del destierro

¡Voc-Solil

I

Llevar en la cabeza una gorra de marino o un turbante ¿cambia, pues, tanto al hombre? Esta tarde, de vuelta de mi paseo y mientras mi criado prepara la cena, me he quedado un momento, como otras tardes, perdido en la divagación. De afuera llegan todos estos ruidos singulares de aquí: el graznido de los cuervos, que es el leit-motiv de toda la India, y el canto monótono de los indígenas. Golpean en una fragua; después suena una campanita que fúnebremente suena todos los días quién sabe con qué objeto; después, de la iglesia protestante llega el murmullo del armonium y el coro de los salmistas.

Frente a mí hay un espejo—esos espejos que a esta hora simulan puertas de escape, sobre lo desconocido—un espejo donde entreveo vagamente una figura blanca: me inclino un poco y me reconozco, más ojeroso bajo la venda blanca del turbante, más negro el bigote y los labios más rojos, teñidos ya por el betel. Y soy yo, sin embargo ¿no es eso? Aquei mismo que hace una primavera llevaba el fez rojo en los países de la media luna, y el casquete azul sobre el puente del navío. Maese Simbad ha mudado de disfraz y héteme ahora en otro rincón del orbe, haciéndome la ilusión que he cam-

biado de persona, dándome la pena para relacionar aquel pobre muchacho que lloró el año pasado su último desengaño en el Barrio Latino, con este severo personaje vestido de amplias ropas talaras, de ojos un tanto fatigados por la redondez de la tierra y que, cuando se mira las manos, piensa con incurable melancolía, en tantos lazos rotos y tantos esfuerzos inútiles.

¡Ea, es bien la India esto y bien el crepúsculo indiano!... ¡Boy, eh, Etbari! Dame mis sandalias y enciende la hukah que huele a benjui y a sudor negro; las diferencias son aparentes, hermano; se llamaba Zahir el otro pobre criado que me siguió por el Egipto y cuando tú dices:—«master», él decía:—«sidi», he ahí todo.

II

¡He ahí todo; he ahí todo; he ahí todo!... Aquí uno se acostumbra a repetir las palabras como si soñase. ¡Todo, todo!... Los hombres se mecen a sí mismos con sus berceuses; todos parecen llorar su obligación en sueños, y su palabra es como la somnitocuencia de un sonámbulo; terrible este oriente para los hombres blancos, penetrando hasta los tuétanos, mezclándose a la sangre como un licor de enervamiento mortal.

III

No es un pueril exotismo de jugar al mameluco, lo que me ha hecho insistir en mi tocado oriental, y si lo llevo es para conjurar no sé qué obscura suerte de la cual apenas si me atrevo a ocuparme.

Una noche, a bordo del «Nyanza»—ya habíamos entrado al Hugli, nombre que toma aquí el Ganges,—iba a recogerme a mi camarote, cuando me pareció que alguien delante de mi escribanía, escribía como yo suelo hacerlo. La ampolleta estaba encendida, pero aquel nocturno visitante me daba las espaldas y yo no veía sino su tocado blanco y el nacimiento de la nuca, apenas la extremidad de la mano que dejaba correr la pluma. Entonces, conteniendo la respiración, me alejé en

puntillas y fui a apostarme al crucero de los dos pasillos entre los cuales debía forzosamente escoger quien quiera que fuese, si quería volver al puente. Pasaba el tiempo; yo percibía distintamente el rasguído de la pluma en el papel y sin quitar los ojos del cortinaje que disimulaba mi puerta, lo veía inflarse y ondular como si el tragaluz que había adentro estuviese abierto. Súbito, las argollas se entrechocaron corriéndose con un ruido metálico sobre la varilla; una mano—yo conocía esa mano—había replegado la roja felpa y una alta figura traspuso el dintel lentamente. Vestía un alquicel como el que llevo ahora y bajo el turbante de lino, yo descubrí mi rostro demasiado conocido en cada uno de sus rasgos: mis facciones, mis ojos, todo ese algo que nos es propio y exclusivo; aquel incógnito era mi doble o una especie de contra-figura mía. Y lo dejé pasar como hubiera dejado pasar a un muerto, sobrecoigido de angustia, pero sin poderme creer por un momento alucinado y preguntándome si las sombras me habían puesto en presencia del hermano místico que los orientales llaman farouer, o de esa Milloraine que en las leyendas bretonas toma nuestra forma para anunciar nuestro fin.

IV

Gayah, Benares, en tiempos de Zakya-Muni, se llamaba Varanasi, y yo, bajo el ojo encendido de Surya, he marchado sobre el polvo que holló hace miles de años, su planta. En ese viejo santuario de Capala. ¿no fué ahí en donde, próximo a morir, se aferró todavía a la belleza de la vida? «¡Oh, Ananda, qué sitio tan ameno es Varanasi la Udyana y Santuario de Capala! El que ha pensado, el que ha perfeccionado, el que ha hecho esfuerzos y ha trabajado y se ha elevado hasta las alturas de la fuerza milagrosa y se ha hecho dueño de ella para aplicarla como medio de progreso espiritual y como base de elevación santa, ese ¡oh, Ananda! debería desear continuar la misma existencia durante una era o el resto de una era; esto lo ha pensado también el Tatagata... Y calló

Sidarta Gautama, el Solitario de los Sakias, calló Buhda, que quiere decir El Sabio, esperando que se uniese a la voz de su deseo la del discípulo predilecto y que le suplicase vivir aun sobre la tierra... En todo ese mudo combate llamado el Budhismo, contra «las limitaciones ilusorias que producen los deseos del sér separado», no hay tal vez otra huella tan humana como aquella debilidad mortal del Divino. Y al atravesar los bosquecillos de bambues, acercándome otra vez al Ganges, yo sentía una vez más el terrible apego a la vida, entre esta naturaleza deprimente y llena de emboscadas.

Un ansia por momentos de huir tan lejos, tan fuera de todo, puesto que el espacio entero sofocante, no parece sino un horno donde ardiese el sol; lejos de estos árboles viejos como el mundo, que despiertan en nosotros lo que nuestros antepasados denominaron «el terror de las selvas», fuera del alcance de su sombra fatal; más allá de este río que es un inmenso cinerario. ¡Oh! El que no se haya sentido envuelto en llamas por la atmósfera y el espíritu, no sabrá nunca de destierro no comprenderá jamás la ansiedad febril con que se piensa en el allá-lejos... en los países humanizados... Difícilmente el hombre sensible de allá, soporta la presencia todo fuego de esta comarca misteriosa, y aun bajo la noche, el peso de este firmamento. Este marasmo no es sino para los dormidos o los que no se han despertado. ¿Qué hay aquí que en ninguna otra parte? Yo no sé, pero toda mi vida, con un terror supersticioso, recordaré esta India a la que no quisiera tener que volver.

Y aproximándome al Ganges (el Purificador del Mundo) hacia donde no sé qué viento lleva a los gerifaltes y las águilas, pude presenciar el fin de un entierro, el de un joven babú que yo había conocido precisamente y que se ha llevado el cólera. Lo conducían con los pies hacia esas aguas que le bañarían por la ablución suprema. Lo pusieron sobre aquel lecho de leños que llaman Mani-Karnika los hindúes; allegó el fuego el más an-

ciano y sin esas lágrimas tan inútiles, entre nosotros, pero tan dulces, todos se apartaron para fumar en silencio. Entre el sueño milenario de los palacios y de los templos, apenas se sentía el chaschachas del agua contra los ghats, el grito gutural de los bateleros:—Ganga-Djai, (Viejo Ganges!) como el eco de la ciudad santa y el chisporroteo de la pira que cundía, que se cebaba... Uno se levanta y va a echar otro trozo de sándalo. Yo me aproximé también y una última vez pude ver a Prio-Babú, envuelto en su magnífico sudario todo purificador, yerto en medio de las llamas que se elevaban hasta el cielo como todos los días en todos los ámbitos de este país como desprendido, como desligado de la tierra, cerniéndose por encima de nuestros sufrimientos y nuestras tristezas, de nuestros deseos de «seres separados» y donde solo el alma debe contar por algo.

Y bajo el vuelo de los buitres, soñé, con la frente perlada de sudor, en la fresca sombra de los cementerios musulmanes, allá en las alturas de Eyoub o de Kassim-Pachá, y en la sombra que proyecta la Cruz sobre nuestros muertos de occidente, la paz de los campo-santos, la dulzura del recuerdo.

V

«Un cielo sin Dios personal, una inmortalidad sin alma precisa, una purificación sin plegaria.»

«El hombre nace solo, vive solo, muere solo; solo la justicia le sigue... ¿Quién, pues, escucharía su plegaria? ¿A quién podría dirigirla, puesto que vosotros sois Dios? Es preciso rezaros vosotros mismos, por vuestras obras.»

(Preceptos de Manu)

VI

Las relaciones entre mi bearer Etbari (de la casta Shaikh) y yo, son de lo más originales, por cuanto él no habla sino su hindostano, un pequeño idioma de los diez y seis de aquí, empleado apenas por ochenta millones de hombres, y yo, son ben-

galíes las pocas frases que conozco. Tenemos, pues, nuestras confusiones: Makorsa, significa para mí, las arañas enormes que día y noche permanecen suspendidas sobre nuestras cabezas y he aquí que él las barre con la escoba calificándolas simplemente de Makra. Pero, lo más horrible es que a mi gato me lo llama, en hindostano, «bhili», cuando tanto trabajo me había costado aprender a llamarlo «bhiral» en bengalí... ¡No será fácil entendernos!

Y esta tarde por primera vez, mientras desempeña sus humildes menesteres con la apostura de un maharajah (aquí hay lavaderos nativos que parecen profetas y altos funcionarios insulares a quienes se tomaría por sus propios lads), recuerdo cosas tontas y sin propósito, como ser aquel borracho Pascual que fué mi asistente en mi pueblo y que un amanecer sentí morir al otro lado de un muro, en medio de los espasmos del delirium-tremens. Era viejo, sucio y flojo y no obstante, no sé qué extraña alegría comunicaba a mi trabajo cuando, agitando la campanilla de la verja, se anunciaba solemnemente:—Es Pascual, señor; Pascual Lagos. Estaba orgulloso de su nombre y lo lanzaba como un «sésamo» irresistible, y esto hacía reír con risa buena, como si en el fondo de aquel perdido no hubiese sino un niño.

Ya antes, cuando yo era niño, cuando nos desterramos con mi familia a un puerto extranjero, no tuve sino un amigo que era otro viejo borracho. Aquel lo llamaba yo «Imperio Celeste» y con él iba a contemplar el mar... ¡Extraños recuerdos de cosas baladíes, en medio a mi vida tan exótica de ahora y en esta distancia!

Shaikh Etbari me defiende como un perro y está celoso del recuerdo que puede haberme dejado su antecesor egipcio. ¡Pobre montaña con quien no he podido todavía cambiar sino una que otra idea! Y debe de tener su pequeña alma en aquel cuerpo magnífico, este buen diablo que vivirá y no sé cómo, para ser después quemado. Todo un abismo media entre nosotros, de castas y principios; diríase que no estamos bajo la influencia

del mismo Dios... y después no sabré nunca más de él y eso será todo.

Todo, todo; eso será todo, todo.

VII

A la luz de la India, me mira también la imagen sacrosanta de la muerta. Ya he dicho cómo en todas partes he creído que iba a encontrarla, cómo he sufrido la esperanza.

Aquí, no; pero cada correo cuando me llega mi correspondencia, me extraña cada vez, no venga una cartita con su buena frase:—«Mi niño...» «Tu viejecita...»

Y figuráos si sucediese. ¡Qué demostración más simple de tantas cosas! Me extrañaría tan poco ahora que estoy solo y que siempre la creo a ella, rondándome, como un espíritu tutelar!

VIII

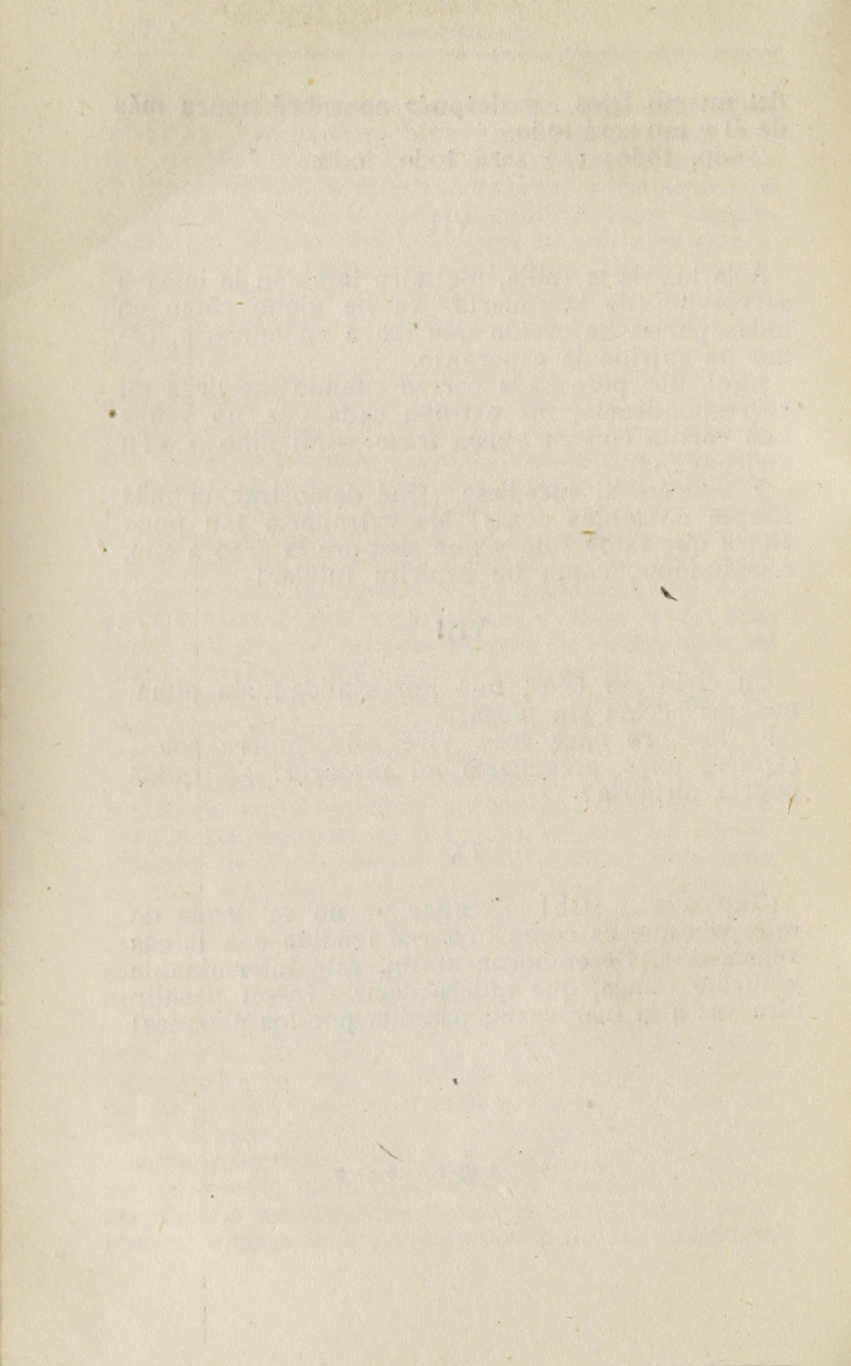
Un cielo sin Dios, una inmortalidad sin alma, una perfección sin plegaria.

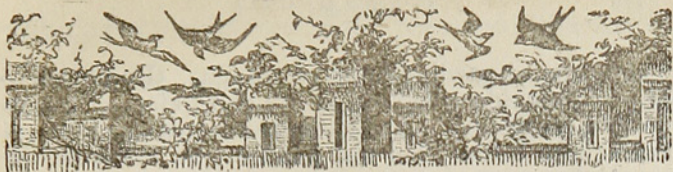
El hombre nace solo, vive solo, muere solo... ¿Quién, pues, escucharía mi plegaria? ¿A quién podría dirigirla?

IX

¡Tan solo!... ¡Oh! ¡Escapar yo no se dónde de este país que es como una red tendida con lianas venenosas! ¡Desembocar al fin, este interminable y turbio Ganga, que quiere decir «Ve-ve» y salir otra vez a la mar vasta, paseada por los alciones!







Una pariente... lejana

Una de las últimas visitas que he hecho en Calcutta y la única despedida verdadera, ha sido «chez» madame Chandipolopolonides, mi gran amiga de este tiempo... Ahorremos suposiciones, porque la pobre ya no es joven, y si mi abuelo Juan o mi abuela Juana viviesen, todavía tendrían veinte años menos que ella. Con todo, Madame Chandipolopolonides (un endiablado nombre de un marido griego, que yo simplificaba llamándola Madame Chandernagor, como la vecina colonia francesa) se conserva bastante jovial para entretener a un joven y como se juntaban, para acercarnos, otras circunstancias especiales, durante algunos meses hemos estremecido Durruntollah-street con chanzonetas de café-concert y largas tiradas de versos. Madame cantaba al piano, yo recitaba a secas (¡pobre Alfred de Musset!) o bien improvisábamos una melopea sobre las Estancias a la Malibran, y la lora Mirzapur con una voz muy parecida a la de Madame, se desgañitaba por todos.

¡Vaya con las soirées de Madame Chandernagor!... Casi desde mi llegada la conocí de nombre, porque Madame Jacques mi pupilera, no hacía otra cosa que ponderármela: «Ha sido actriz».

Tiene una «boarding-house también». «Es parisienne». «El marido griego se le fué con todo». «Pasa ya de los noventa». «Suda terriblemente». «Ama el arte como nada». Un día añadió que Madame demostraba gran interés por conocerme; otro día nos presentó el uno al otro. Y después de un prolijo exámen de mi fisonomía, mi país y mis antecedentes de familia, héteme invitado oficialmente a visitarla.

*
* *

No olvidaré la impresión de aquella primera visita en un saloncito tapizado de fotografías y de viejas coronas de pasados triunfos. Madame busca en un libro de retratos y me coteja con alguno; suspira, enjuga un vidrio de sus gafas y después me tiende el álbum abierto.

¿Pero qué es esto? ¿Yo sueño? Lado a lado de una hermosa señora con crinolina 1860, es a mi propio abuelo al que yo veo, aquel que dicen que se ha reencarnado en mí, que fué hombre de letras, músico y que después se perdió en el mar; ai venerado por la abuela Juana, nada menos que al abuelo Juan.

—¡Ah!—dice Madame Chandermagor—amigo de una amiga: de la Miola.

¿Eh? Al nombre de aquella pícara, levanto la vista y comparo su fotografía en crinolina (porque es ella) con el original que tengo delante. ¡Nada, nada! Apenas si un ligero fruncimiento del labio; los ojos están cubiertos por antiparras negras y el pelo negro es blanco bajo el casco de corcho. Aquella ruidosa mujer que revolucionó por doquiera a su pasada, hace medio siglo; que cantaba: «en voulez-vous?... tant pis pour vous!» que ya en las postrimerías casi deshizo el hogar de mi familia, hétela aquí, en la India, delante del nieto, más conmovida de lo que podría creerse.

—D'Halmar, lui, il etait tout feu,—dice como excusa, bajando la voz.

—Et vous, Madame?

—Moi? J'étais la poudre.

Guardaba, pues, mucha ceniza aquel viejo álbum, entre sus manecillas de plata... Así pasó nuestra primera entrevista con «la Miola».

*
* *

Después, ella se habituó a llamarme su hijo y yo a oírla pronunciar ese d'Halmar que cada vez se me figuraba debía referirse a mí. ¡Pobre abuelo Juan! Llegamos a conversar intimidades de familia y casi, casi le estaba agradecido de que no hubiese olvidado, después de cuarenta años, a aquel muerto que yo no había conocido, ¡y tan muerto!

—Sí, era demasiado fogoso (il était par trop emporté) ¡y qué pasadas jugaba! (quels tours, mon empereur!). Una noche me hizo silbar, en Doña Juanita (ya entonces yo había pasado de la ópera italiana a la opereta francesa) y fué preciso que fueran a explicarse él y sus amigos, ante el oficial de paz.

—¿Y sabes? Te le pareces en todo. Cuando quedas abstraído se me figura verlo, porque entonces hay también un poquito de extravismo en tu vista. Tenía unos cabellos envidiables.

Y sin transición:

—¿Y la señora d'Halmar, tu madre, quiero decir, tu abuela? ¡Oh! ¡Qué preciosa, qué gran dama! Yo siempre se lo decía a él.

¡Cínica, más que cínica! Pero luego, todo este pasado me conmueve, todos estos muertos que ella evoca y que ya no viven sino por ella.

*
* *

En aquel saloncito inundado por el sol de la India y tan lleno de recuerdos. Allí las huellas de Déjázet, de la Pasta, la Grissi, de Mario, de esa misma dulce Malibran salvada del tiempo por Musset. Los demás, los viejos de ahora, no habían nacido entonces a la gloria. Era la época en que para el cartel convenían los nombres exóticos y

Mam'Zelle Miaud, que en español habría sido «señorita Miau», fué la Miolan o simplemente Miola, como se la llamaba, lo mismo que a Déjázet! Tuvo amor y amor; creó en 1865, en el Lírico Imperial de París, la Pamina de la «Flauta Encantada» de Mozart, al lado de Cristina Nilson «el ruiseñor de Suecia»; tuvo reyes amigos, tuvo flores, entusiasmos de damas que le arrojaban sus joyas y de pueblos que arrastraron su coche; ¿qué quedaba de todo eso? Erguida todavía, apoyándose en su bastón, con sus anteojos oscuros y su sombrero a la inglesa, de pie delante de los laureles llenos del polvo asiático, de la lora Mirzapur y de los retratos de los muertos...

L'oubli, la nuit et le silence!

Et de tant de beauté, de gloire et d'espérance,
De tant d'accords si doux d'un instrument divin
Pas un faible soupir, pas un écho lointain!



—Tant que tu es lo, c'est bien; mais toi parti, bonsoir!—me dijo la Miola al despedirnos,—alors oui, comme si je mourrais.

Y buscando qué darme, encontró una guedeja del abuelo.

—Déjame cortar una de las tuyas y llévate esta, llévatela... He vivido tanto y sin embargo el corazón es tan... (aquí «potache», un término in-traductible) que ya no sé distinguir si es de él de quien me despido ahora. Ea, mon fils, abracémonos y cuando vuelvas a ver a tu abuela... aunque espera: ya me has dicho que hace poco ha muerto y desde mañana yo no debo pensar sino en rezar por todos... La pobre Mirza te hace también sus adioses. Quand même, mon Dieu, c'est une bien petite chose que la vie!





Etbari

—Ek, do, tenía dos niños—dice Shaikh Etbari, contando con los dedos—uno se llamaba Tonio (él pronunciaba Tónio) y el otro Abel.

Después, dulcemente vuelve a sumirse en su silencio oriental. A la semi-oscuridad de esta noche sin luna, esta especie como de crepúsculo de que ha quedado impregnada la atmósfera, sus grandes ojos se diluyen un poco más en la sombra vaporosa de las ojeras. Cuando habla tiene una voz lejana como hecha para los recuerdos; cuando calla como ahora, toda su figura se envuelve en el ensueño.

—¿Y tú los amabas, Etbari?

—¡Oh Master, el menor sobre todo! Era suave y triste y se llamaba Abel.

Calla otra vez y en la arena del jardín en donde está sentado, mira deslizarse su sombra. Detrás de él, sobre el muro blanco, su sombra se proyecta también, desmesurada, y una torrecilla, la azotea del bungalow, completan el cuadro a mis ojos.

—Era suave y triste. Me decía:—«Etbari, ven-

te con nosotros a la tierra de Chile», y yo le decía:—«Sí, master, donde tú quieras».

¡Las tierras de Chile! Fué mi antecesor, el otro cónsul chileno, el que me legó este bearer, y ahora yo, a mi vez, voy a licenciarlo porque mañana dejaré la India y para nunca más; es mi último coloquio con este honrado nativo que ha sido mi compañero durante este tiempo de destierro; mañana él también saldrá de Calcutta y regresará a sus montañas, cerca de su madre.

—Una viejecita, tan vieja—dice Etbari.—Nuestra casa es triste, sin niños; somos pobres y a veces en el invierno, hemos sufrido el hambre. Ella es una viejecita muy vieja que ek, do, dus, (uno, dos, diez) tiene muchos dioses.

—¿Y tú, Etbari?

Etbari, de la secta sháikh, levanta la cabeza hacia el firmamento como si pudiera espiarnos, después baja la voz hasta un tono medroso:

—La vida es así, sahib. ¿Qué pensar? Se pone un momento el corazón en una cosa y después para siempre no vuelve a verse lo que se ama... ¿Dónde está Dios? Master Abel hablaba de Cristo... Es así la vida, sahib.

A mi vez, yo me ensimismo. ¡La vida es así!... Lo dice con tanta resignación pero con tanta melancolía este pobre desheredado! ¡Así la vida! Se pasa y para siempre; todo pasa y los adioses son una cita vaga en un plazo incierto: A Dios: ¿Dónde está El?—como dice mi criado. La misma incertidumbre nos liga en este momento al hombre bruno y al hombre blanco, en la región de las almas y los dos permanecemos abatidos bajo el peso del firmamento.

—De ti también me acordaré, Master; tú 'has sido bueno conmigo.

¿Y yo lo recordaré? Pobre Etbari: yo no puedo proponerme otro tanto, porque los hombres que pensamos y sufrimos, los pobres hombres, ni siquiera somos dueños de nuestra fidelidad. Muchas veces, en tantas partes, he sentido la tristeza irremediable de las separaciones, he sentido el dolor de la muerte, he llegado a comprender que los creyentes consideren el cielo como un pun-

to de reunión eterna, he concebido para mi uso un infierno dantesco, que suscitaría indefinidamente amistades y rupturas; y sin embargo, he olvidado, he olvidado; hombres y mujeres, todos se me confunden en una misma impresión de sueño y a veces necesito examinar mucho tiempo un retrato para evocar vagamente un sentimiento.

—Díme, Etbari: ¿realmente querrías irte a Chile?

Pregunta inútil, porque sé cuán peligroso es trasplantar a los hombres. No he dejado en el cementerio de Montparnasse a ese fiel Zahir, mi criado y mi amigo egipcio, y aquí no he agonizado yo mismo?

Shaikh Etbari ha sonreído como a una esperanza; después mueve su hermosa cabeza y vuelve a inclinarse. Yo veo detrás de él todos los movimientos que le remeda su silueta: ha pensado seguramente en «la vieja viejecita» y ahora piensa en el joven master, en el niño Abel.

—¿Tú los verás, master?

Pero nosotros, como los marinos, no estamos seguros de encontrarnos. Tal vez mi colega haya sido destinado quién sabe a qué país del mundo... Sin embargo, algún día... y es esto lo único que puedo prometer a Etbari.

—Bien, Master, algún día cuando tú los veas, ek, ek-san, ek-hazar, aunque hayan pasado muchos días, dile, dile al pequeño master, que yo no tardaré en quedar solo; entonces, si él quiere, porque ya será un hombre, puede averiguar la suerte de su bearer y si estoy vivo, yo iré, si me llama, donde él me llame.

Las estrellas brillan tan magníficamente sobre este campamento tendido al aire libre. ¡La India! ¡La India! Nunca más volveré a sentir yo el desolado depaisamiento de sus noches.

Y a mis pies, Etbari, (de la secta shaikh) vuelve a repetir su convicción infantil:

—Yo me acordaré de ti, sahib; tera, ekeiss, sataces, yo no te olvidaré.





Billamangal

«Aquello que se busca, aquello se encuentra.»

LOS VEDAS

Un ancianito tan parecido a cualquier otro. Yo le había conocido en un Durbar del gobierno de Calcutta, entre los príncipes indios, y hasta le había hecho los honores de mi Bungalow. Pero... ¡id a distinguir nunca al verdadero hombre de entre los hombres! Girish-Chandra-Gosh me pareció muy propio en su traje hindú, muy hindú con su quitasol blanco y un pequeño tatuaje en la diestra, como la cabeza de una sierpre que llevase encendida en la manga, pero nada más.

Y he aquí que esta noche pasada, he salido del teatro donde se ha representado una de sus piezas, de las innumerables piezas sociales y filosóficas de ese artista; y de golpe, ya no podría yo volver a sentarme en su presencia, ni a cubrirme.

Chandra Gosh, el más popular de los dramaturgos del Asia, ignorado completamente por los occidentales, coincide en las alturas del pensamiento y del sentimiento, con nuestros más grandes genios, tanto el espíritu humano es uno solo. En esta cadena de montañas de la humanidad, él es alto entre los más altos como la cumbre del Himalaya.

Y es en el momento de la mañana en que mi barco larga sus amarras y me separa para siempre de la India; en el momento en que sobre la playa se agitan cientos de pañuelos, pero ninguno por mí, que voy a ensayar de exprimir la esencia de «Billmangal», nombre del drama y del protagonista.

Despojado del encanto que le comunicaban esos actores bengalíes con sus gentiles figuras y la reminiscencia del sanscrito; lejos del ámbito donde, en un recogimiento piadoso, escuchaba la raza su propio corazón...

Porque ese largo misterio silencioso que se llama la India, que no nos ha interesado hasta ahora sino por las triquiñuelas de sus juglares, al fin ha encontrado una voz en el autor de «Billmangal» y de «Buda».

* * *

De esto hará doscientos o trescientos años en una pequeña villa del norte del Indostán. El joven Billmangal, rico y si no precisamente de la casta sagrada de los Brahmanes, de la segunda casta, de los Doctores, ama a Chintamonie, hermosa bayadera que ya ha doblado la primera juventud; pero su amor, como todo bajo este sol, tiene la fuerza inconstable de la primavera; él se ha entregado con todos sus sentidos, con sus dones y también con su alma; él vive en ella, por ella y para ella.

Se comprende bien que un tal abandono tiene que engendrar desvío; el extremo entusiasmo provoca la indiferencia, y el egoísmo, la abnegación sin tasa. Chintamonie no sabe estimar lo que así se prodiga, y se lo significa a su amante de mil maneras, hasta que éste, sublevado al fin en su dignidad, jura no volver a verla. Un viejo limosnero canta una canción de amor cuando el joven sale de la casa para nunca más, y él la escucha y sobre la arena del camino escribe aquellas palabras que se lleva el viento.

Es en la ribera. Chintamonie, más seductora

que nunca, ha ido a bañarse y de paso, como encuentra a su amante, trata de reconquistarlo con esa peculiaridad de las mujeres que no se deciden a desprenderse ni aún de aquello que las fastidia, siempre que envuelva un homenaje a su belleza. Chintamonie lo invita para la noche, y él, temeroso de ceder una vez más, se aferra a la circunstancia de que esa tarde, en la otra ribera, donde habita la antigua casa paterna, debe celebrarse el aniversario de la muerte de su padre, lo que se llama aquí Sradh. Billamangal no vendrá, «no puede» venir.

La fiesta del Sradh, el banquete fúnebre y los brindis, tradicionales canciones en memoria del muerto, y como una gran sombra proyectándose sobre la vida. (Esto permanece igual todavía como en la época del drama) Billamangal debe atender y entretener a sus huéspedes; pero su pensamiento está todo en la otra ribera, y cuando llega la noche, él no puede contener ya su corazón y deja la casa y abandona a los amigos para acudir a la cita.

Noche y tempestad en el tercer acto. El cielo no arrastra sino nubes, y súbitamente engrosado, el río es como un mar inabordable donde no aparece una barca. Billamangal erra a todo lo largo buscando un medio para franquear aquel obstáculo que ha puesto la naturaleza entre él y su pasión. Parece una fiera en celo y ni la lluvia, ni el golpe del trueno, son capaces de arredrarlo. El enamorado se ha convertido en un insensato, y la vida y la muerte son secundarias para él, al lado de su idea fija. Así es como llega a Mani-Karnika, el lugar donde se quema a los muertos—siempre junto al río—y donde deben de divagar sus espíritus y los espíritus maléficos. Billamangal entrevé una figura al resplandor de un relámpago. El la cree un aparecido, tal vez un demonio! pero en el estado de excitación en que se encuentra, la idea misma de un pacto le parece salvadora. No está dispuesto a rendir la vida por vadear la corriente? Venderá su alma inmortal y tanto da con tal que pueda transportarse al otro lado. Mientras tanto, aquella figura no es un espec-

tro, no un aborto de las tinieblas, sino una loca, tal vez una vidente que resuelve con sus palabras sin sentido las cuestiones más árduas de acá abajo. El soplo invisible ha prendido en esa lámpara rota y ella no alumbra como un fuego fatuo, sino como verdadero faro, en medio a la indecisión y a la incertidumbre. Billamangal hará bien preguntándole lo que debe hacer.

Pero, he aquí una pequeña confusión: el nombre de «Chintamonie» es también el del Pensamiento Universal y cuando el joven la pregunta cómo hará para reunirse a Chintamonie, la loca no comprende sino que aquel caminante inquiere lo que ella durante tantos años: Dios, en una palabra. Y Dios está en ella, y ella no lo sabe, y por montañas y bosques y desiertos ha perseguido sus huellas, sin sospechar que El la seguía como la sombra al cuerpo, como nos sigue a todos.

—Djorghí—dice la loca—para lograr lo que tú quisieras, es necesario seguramente empezar por ofrecerle la existencia.

Billamangal ha comprendido y se arroja al río. La corriente lo envuelve y lo arrastra, y es en ese momento que pone también a su alcance un leño del cual puede asirse. Billamangal alcanza la deseada arena, asienta la planta y corre, por en medio a las callejuelas estrechas, como corren las nubes en el cielo, arrastrado también por un huracán.

Hételo frente a la pequeña casa de placer, cerrada como todo. En su turbación él no acierta a interrumpir aquel reposo, y busca cómo salvar esa otra valla de un muro y una puerta cerrada. Tienta en la obscuridad y cae bajo su mano una larga cuerda de la cual se aferra para izarse. Hétele al otro lado, tendido casi sin fuerza delante del umbral amado. Chintamonie se ha dado cuenta del ruido en medio de su sueño, y él la ve aparecer tal como la deseaba: Chintamonie, asombrada de tenerle allí y a esa hora que le pregunta cómo ha venido y por dónde ha penetrado. El le responde simplemente:

—En fin, ya estoy aquí.

Aquel hombre abatido y jadeante tiene las ropas húmedas y exhala un insoportable hedor. La

joven intenta llamar a su servidumbre para que lo transporten hasta el lecho, pero él le pide su mano, nada más que su mano, y a su contacto recobrará toda su fuerza y desaparecerá todo cansancio.

—¿Cómo has venido?—vuelve a interrogar ella.

BILLAMANGAL.—He cruzado a nado el río. Cuando ya iba a perecer, un leño me ayudó a llegar a la orilla.

—¿Y por dónde has llegado a mi casa?

—Encontré una cuerda sujeta al muro.

CHINTAMONIE.—¡Oh! ¡Eso no! Tú no me harás creer que tengo otros amantes que cuelgan escalas para escalar mi jardín. Muéstrame la cuerda.

La claridad de la mañana ha comenzado a alumbrar. Sobre el muro blanco no se ve sino una larga serpiente que tenía metida la cabeza en un hueco. Billamangal se ha suspendido por ella y es sabido que entonces se hincha la cabeza del reptil hasta hacer imposible que la saque. La culebra ha exhalado su vida en aquel esfuerzo, pero Billamangal se ha valido de aquella providencia.

El joven la mira sin pensar sino en su belleza. «Una pequeña persona que tal vez no es del todo perfecta, pero que para mí representa la luz». Así se ha expresado él cuando hablaba de ella con el cancionero mendigo. Y ahora vuelve a preguntarse si aquella mujer irresistible como una maga, es una diosa o una diablesa... No; seguramente no es una diosa, porque si no, habría comprendido hace largo tiempo su ansia y habría acogido su ofrenda.

Lentamente marchan hacia la playa en tanto que surge el día, y los cantos de algunos Sagas de la Yorgha, invitan a los mortales a poner su ideal en las cosas eternas. «Seres hechos de polvo, que se desharán en polvo, buscad lo que anima al polvo, es decir el espíritu divino (Bhagavad-Ghita). Invocad a Dios en la mañana de la vida y recibiréis su respuesta aun antes que caiga la tarde.»

Como todos los amaneceres en todo el curso del Ganges, es la hora que la población desciende

hasta el padre río para llevarle su ofrenda, y hombres y mujeres entran vestidos en el agua sagrada, le abandonan sus collares de flores de mandara y sus coronitas y emergen después con las formas ceñidas y transparentadas por los lienzos húmedos... Sobre la ribera donde ha abordado Billamanagal no ha sino un muerto a medio pudrir: el leño era eso; él se ha salvado sobre uno de los tantos cadáveres que arrastra la corriente; de ahí la carroña de que estaba impregnado y el hedor.

—¿Y ahora—grita la cortesana—no reconocerás a Dios en esos testimonios? Cuando yo era una pequeña todavía en brazos de mi madre, oí un día, en la pagoda, que el hombre encuentra siempre aquello que busca. Tú me has buscado con todas las fuerzas de que el propio Dios te ha hecho don, a mi, mujer de pecado y de condenación, y si hubieses puesto la quinta parte de esa voluntad en buscarle a Él, tú serías salvo ahora. Ve, pues, esos dos milagros: el cadáver y la serpiente. Es Dios que se ha dignado hablarte, pobre sordo; soy yo quien te lo digo, pobre muda.

Y Billamanagal queda solo frente a su conciencia, deslumbrado por la gran claridad que acaba de hacerse en torno de él.

* *

Cuarto acto: la dulce estación del Si-Sir, de las vaporosas brumas de Noviembre. Sobre las hojas de oro, Billamanagal persigue a Dios como la loca. Es preciso que el hombre encuentre lo que busca, y él busca a Dios. Pero su alma no ha cortado todavía los lazos que lo sujetaban a las cosas tererestres y le atrae todavía y sobre todo la hermosura femenina. Junto a la fuente donde llenan sus cántaros las mujeres, bajo un castaño de otoño, él ha visto la más hermosa y la ha seguido hasta la puerta de su casa. Es ahora el marido quien lo interroga:

—Responde peregrino: ¿es que deseas algo?

—Me he llegado hasta tu casa.

—Entra.

—No; un pensamiento vil me ha conducido hasta aquí; yo venía a pedir algo que tú no querrás darme.

—¿Qué puede ser lo que yo no daría a quien me lo demandase con verdadera necesidad? Dí, peregrino.

—Tu mujer... Por esta noche, yo quería ser su marido... Y ahora, mátame.

—Espera, peregrino.

Billamangal se sienta sobre las gradas de la puerta y el esposo entra a hablar con la esposa. Es un diálogo completamente oriental, yo no sé si por debajo o por encima de nuestra concepción de la moral y de nuestros convencionalismos.

EL.—Cuando bautizamos esta casa, amada, prometimos que sería de los necesitados; jamás negaríamos «nada» a nadie.

ELLA.—Jamás nada a nadie.

EL.—Pues bien: ahora es el instante de la prueba; Dios mismo nos la presenta y el tesoro de mi vida, todo lo que encierra el mundo para mí, va a pasar a manos de un extraño.

ELLA.—¿Nuestra riqueza, nuestra casa? Dalo todo, amado mío, y seremos más ricos.

EL.—No; es a ti misma que te pide un forastero.

ELLA.—¡Cómo! ¿Pero eres tú quien me lo propone? En otro tiempo tú mismo me enseñaste que la mujer no tiene sino una virginidad, que se llama su honestidad, permanecer fiel al elegido de su corazón.

EL.—Nosotros hemos hecho nuestra promesa de generosidad cuando no había nadie presente, y quedamos dueños de no cumplirla, sin que nadie tenga que dirigirnos un reproche; pero Dios fué nuestro testigo y El es testigo ahora.

ELLA (lentamente, después de un largo silencio).—Haz, pues, pasar al forastero.

EL (saliendo a la puerta).—Sube, hermano; mi esposa es tuya y mi casa... Yo no volveré a entrar hasta tanto que tú salgas.

Y es la escena que sigue, la que viene a completar esta filosofía de la caridad, inusitada para

nosotros que tenemos, sin embargo, a San Pablo. Billamangal se ha encontrado frente a la mujer que deseaba y en vez de dirigirle la palabra, es a sí mismo, a sus ojos de pecador que se dirige:

—¿Sois, pues los que me habéis esclavizado a mis pasiones? Cuando yo abandoné el funeral, cuando vagabundé por el río hasta Mani-Karnika, cuando nadé en medio de las tinieblas, cuando me así a un cadáver, cuando después encontré la serpiente para alcanzar hasta mi deseo, cuando la ví a ella, erais siempre vosotros los que me llevabais; y ahora otra vez sois vosotros los que me habéis hecho profanar este hogar y abusar de la hospitalidad... Y bien, madre-cita: déjame besar la tierra a tus pies; yo no quiero valer sino como siervo tuyo, piadosa mujer; dame solamente los dos alfileres que prenden tus cabellos.

La generosa se desprende entonces de los largos alfileres que sujetan su tocado y espera, presintiendo que un prodigio va a cumplirse. Billamangal los toma y los hunde en sus propias pupilas... Lentamente el ojo se vacía, se vierte el cristalino como un supremo llanto, y después, tanteando, abriéndose paso con los brazos extendidos, aquel héroe sale a la luz del sol que él no volverá a ver.

Pero, en este mundo extraordinario, uno encuentra siempre aquello que busca con todo su corazón; es fuerza que lo encuentre y en un recodo del gran derrotero, es Dios mismo, bajo la apariencia de Chrishna que se presenta al ciego. Tal vez ahora que Billamangal no tiene vista, tal vez ahora distinga las cosas invisibles, y el telón cae dejándolo postrado ante la aparición. Y una vez aún, el oráculo de las alturas se cierne sobre esta tierra «donde cada cual encuentra aquello que buscaba».

* * *

‘Aquello que busca... «Buscad y encontraréis», ¿no son también las palabras de nuestro Cristo? Buscad, pues, lo mejor, nos dice el poeta budista

con todo su profundo drama; buscad lo mejor, hombres cuyas pasiones conozco y me explico; y la mujer, aún la hembra de tentación y de licencia, será siempre la que nos señale la verdadera ruta, porque a pesar de todo, su corazón inconsciente ha permanecido más cerca de la verdad.

Y mientras nuestro barco se desliza entre estas dos riberas que franqueó Billamangal y mucho antes que él, Gauthama; mientras la copa de las palmeras, los techos de las chozas de paja y las cúpulas de las pagodas se dejan ver todavía a lo largo del Ganges, yo pienso con religioso respeto en lo que encierra esta comarca, todavía desconocida para nosotros, cuyo clima me aterra y cuyo destierro he odiado. Pensadores occidentales, vosotros pioneers audaces de todas las alturas, es fuerza que hagamos la ascensión del Everest para dominar desde allí «todas las pequeñeces de la tierra».





En la India francesa

I.—DESDE A BORDO

Domingo, 3. Al ancla en Pondichéry.

Una de esas colonias con edificios que recuerdan confusamente, no se sabe en qué, las construcciones de Londres o de París, y una cúpula que, en pequeño, imita casi siempre la de San Pablo. Esta vez entre las santas dagabas de las pagodas, se divisan dos torres que quisieran parecer de estilo gótico y entonces yo me he acordado de Notre-Dame.

Pues bien, la colonia extendida a todo lo largo de la costa, emboscada frente a este océano Indico, tan pronto de un verde pálido como intensamente zafiro, es de la India francesa y sin el gallo que domina el campanario, todavía estaría allí para decirnoslo la banderola tricolor («Libertad Igualdad, Fraternidad») que los domingos flota, como en todo Francia, sobre el techo de la Mairie.

Desde que fondeamos—un momento después que

vinieron a bordo las autoridades, con esa misma efusión expansiva y jactanciosa que he llegado a amar—las figalas de los indígenas nos han rodeado; grandes aimadias como zampanes chinos, con un mástil, en cuya popa se alza siempre la figura de tanagra de un muchacho desnudo que aguanta el timón; es el que lleva el alto en el canto, mientras al ritmo onduloso de las pagayas, los jóvenes remeros atrapan, por así decir, su voz en un estribillo incansablemente monótono. Y todo esto hierve bajo el sol de aquí, en una escena alocada que uno no se explica bien.

La primera diferencia entre las colonias de la Corona que he dejado y el pequeño Pondichéry, acaba de asaltarme a la vista de estas magníficas desnudeces, apenas ceñidas a los riñones por los pliegues del sari, y bruñidas como los bronceos de Herculano. En la India Británica, yo había solamente entrevisto la perfección de estas figuras (un semi-traje casi siempre ridículo, que llevaba el sello de la administración o de esas «Protection Society for the unclotted», para proveer de pantalones a nativos y nativas y darles un aspecto «convenable») y realmente se respira por fin, viéndolos en toda su libertad y conforme a la sabia ley védica que dice, al revés de la musulmana:—«Brahma te ha hecho y tú no debes sentir vergüenza de verte y de mostrarte tal como eres de la cabeza a los pies.

Pero es preciso contentar a las missés (¿verdaderamente?) y el viejo pueblo edénico se ha disfrazado allá abajo, atacado del pudor insular que entre nosotros se llama hipocresía; yo reconozco por doquiera el carácter de esa Albión que mantiene secuestrada la Leda de Miguel Ángel.

Sin embargo, no me doy prisa en ir a tierra. ¿Es que desapareció en mí la curiosidad del viajero, el placer de errar por sitios desconocidos? Una gran fatiga de ver repetirse las mismas cosas con distintas variaciones, me hace bostezar tendiendo los brazos hacia Pondichéry. Y como si quisieran esclarecérmele en medio de la noche que ya ha cerrado, unos tras otros, los relámpagos entre-

abren aquel cielo sobre el cual se destacan las viviendas.

¿Qué hay allí sumido en la sombra y en el descanso? ¿Podría yo meterme en una de estas embarcaciones que todavía nos circundan y volvería a gustar el placer prohibido de los sueños orientales; pero por esta vez prefiero divisar aquellos fuegos, las antorchas que pasean fotóforos casi invisibles, esas débiles siluetas negras, y pensar con voluptuosidad que partiré tal vez sin haber desembarcado y que nunca jamás volveré aquí. En este rincón del mundo qué podría haber para mí y mi corazón?

¿Qué? ¡Cuando se recuerda la espera afanosa en que pasé mis primeros años pensando que, al volver una calle o al estrechar una mano «aquello» que uno no precisa, podía presentarse! Y de todos los desencantos de la vida, el supremo es persuadirse que nada, sino la vida, se cumple. Inútilmente mantendremos presta la lámpara, porque el Señor no ha venido, no viene, ni vendrá.

Oíré hablar de Pondichéry, tan fuera de las rutas de los turistas, me preguntarán sobre esto y tendré que decir, con un poco de estéril nostalgia, que en la rada, a pocos metros de la playa, permanecí durante veinticuatro horas a la vista del puerto?

II.—EN TIERRA

Lunes, 4.

...Un día y una noche. Ha pasado esta y cuando me asomo al ventanillo del camarote, me deslumbró la visión del alba, volviendo a la vida el panorama de la ciudad. Vagamente recuerdo mi entrada a Constantinopla y aquel primer rayo de sol que se descomponía en el Bósforo y en los vidrios de la Punta del Serrallo, hasta hacer pensar en un incendio de oro. Aquí el mar, que nunca ha participado en la vida de las Indias, permanece ajeno a la fiesta, y otra vez siento cómo arriba el canto de los efebos desnudos que pagayan, desplegando las velas de esparto al viento.

Los hombres han conservado su bella desnudez y la ciudad su carácter indígena. Desde que cruzo el muelle, los esbeltos monolitos, como husos labrados en piedra, constituyen una especie de atrio. ¡Es el viejo suelo el que vuelve a recibir tu planta, viajero; las generaciones han pasado por aquí unas tras otras y cada una ha dejado algo; el aire que respiras está como cargado de almas!

Y comienza a desarrollarse lentamente, bajo el mismo sol de todo este litoral, la gran nave de palmeras que, a derecha y a izquierda, se bifurca en otras más estrechas, como un dédalo: a todo lo largo, las pequeñas viviendas blancas con sus techos de paja y su solana, parecidas en un todo a las antiguas casas de Chile; a cada lado de la puerta los columbarios bizantinos o triangulares, indican la casta y la secta del morador y protegen por la noche, las veladoras encendidas para conjurar los malos espíritus; y este paseo a la hora de la siesta, hace toda la impresión de una visita a una ciudad abandonada.

Sin embargo, poco a poco, el grupo de mi intérprete y del equipo de mi barca, ha ido enrollando los vagabundos y los pordioseros y un tropel de muchachos maliciosos que parafrasean el argot boulevardier y silban la Tonkinoise, de cojos y de atacados por afrentosas plagas; cabezas rasuradas, largos cabellos, trenzas sostenidas en alto por peinetas de carey, atraviesan conmigo la población; dos, cuatro, ocho *pousse-pousse* se han reunido, como en Colombo, esperando que yo monte alguno; inútilmente mi guía les grita en el dialecto *tamul* y todos se agitan como monos; y aquellos pocos ancianos que, unos juntos a otros, silenciosos y contritos, venerablemente pintarrajeados, afrontan este sol de Mayo hasta ver fundirse en sudor sus signos de Vishnú y de Siva, nos miran pasar con un indulgente gesto de pesadumbre, como sometidos a los excesos de los extranjeros, en su país insondable.

Entonces, ya dentro del barrio nativo, las monumentales y sin embargo como rechonchas *pagodas*, con sus *gopuras* que hacen el efecto de bo-

cas de caverna, talladas de alto a bajo por un fanatismo visionario, con sus farolillos encendidos en pleno día, nos detienen en el umbral, al gesto petrificado, a la contorsión histérica de aquellos dragones en almocela y aquellas quimeras que producen la ilusión del movimiento; un arte bárbaro parece irrumpir, parece bullir, desprendese en catarata, desde la dagaba y rodar a lo largo de esos muros «fuera de aplomo», hasta introducirse en tierra y sepultarse; y como un escalofrío sagrado corre por aquel simiesco engarzamiento de monstruos y de hombres, sin que nada fuera de aquí, pueda dar idea de tan extraordinaria imaginación panteísta, disolvente como una pesadilla.

De dioses pensativos que llenan los pilares
de los cimientos mismos a las redondas cúpulas
surgiendo por millares

Yndra, el dios de los dioses y Brahma el Señor de los tres millares de miles de mundos, y Vishnú, que recorre el espacio en tres pasos, y el Príncipe de las Transformaciones del Morir y del Nacer, Siva, y Kali su consorte, la terrible Durga, con cuerpo de feto y enmantada de púrpura (Matriz de donde ha salido el Universo, y que lo absorberá algún día, a cuyo solo culto se sacrifica seres vivientes en esta India vegetóvora desde siempre), cada uno tiene su santuario compartido por los dioses avatares, Ganesa con trompa de paquidermo y largas defensas de marfil; Parvati, con ojos de pescado; Srisi (la mujer del marido de Sris, es decir Sri) Dhyana, el Espíritu de la Meditación; Mahmaya, la diosa fascinadora y versátil de las Ilusiones, disimulándonos tras de sus espejismos, la eternamente inaccesible verdad. Y las piedras de estos santuarios aparecen gastadas por el roce de tantas frentes adoloridas, de tantas manos calenturientas y tantas bocas apasionadas, como se han pegado en ellas.

Pero, lo que es curioso de advertir, es el estupor con que me miran estos hombres mientras yo admiro sus templos, una mezcla de curio-

alidad, y de cólera, que sobre los rasgos envejecidos de mi intérprete, bajo el tridente blanco y rojo de Vishnú que le parte de las cejas para perderse en la raíz del cabello, degenera en sonrisa mefistofélica. Ellos «saben»—parecen decirme, y sus labios obstinadamente plegados parecen decirme que «ellos callan».

Esta vez tomamos uno de los carruajes a mano, sin que por eso dejen de escoltarnos los demás; parece que gustarán de pasearse entre este calor horrible, y medio divertido, medio fastidiado, yo les dejo hacer y sonrío a mi turno.

Vamos hacia los bazares. Durante el camino trato de cambiar ideas con este gran anciano que va a mi lado y que se inclina cortesmente, cualquiera creería que para oírme, pero en realidad para examinar los gris-gris de mi cadena. Le hablo de Krishna que tal vez sea el mismo Cristo nuestro, cuyo posible paso por la India no ha sido desmentido todavía. Las religiones, en el fondo, vienen a ser una sola. Los preceptos de Zakya-Muni están presentes en el Evangelio, como el Evangelio en el Corán. Brahma, Gehovah, Alah ¿no son diferentes denominaciones de una misma aspiración humana?... Y pienso para mí que aun esa hoz de muerte que mi intérprete lleva tatuada sobre la frente, estigma que nos obsedia, la llevamos todos los hombres, invisible, en nuestro pensamiento más secreto. Mi intérprete sonrío, no más, y yo veo bien que me trata como a un niño y sobre todo como a un cliente, al que se precisa contentar; por poco me haría la prudente intimación de las dueñas de casa:—«Pas de religion, s'ii vous plait». Sus ojos ribeteados de negro, ya no por coquetería, sino para esquivar el-amiya o jetta que echan las viudas sin hijos, rebrillan de malicia, mientras su voz, un tanto aduladora, prorrumpen en pequeñas exclamaciones de una sorpresa perfectamente indiferente.

Vamos hacia los bazares; pero mi guía quiere mostrarme algo y me hace descender. Atravesamos uno de esos mercados de flores casi emponzoñadoras, donde mimosas y tuberosas, las gardenias, las orquídeas y las flores de mandara, por

montones sin tallos las rosas de Bengala. Y es la gran fuente, alberca y piscina del pueblo, que reemplaza aquí a esos pozos de Venecia, a esas cisternas o aljibes de la Arabia, lo que me proporciona otra vez el espectáculo de las portadoras de agua, gracia exquisita, evocadora de Agar y la Samaritana. Grandes Ganesas con cola de pájaro, cuerpo de cocodrilo y testa de elefante, vomitan el raudal por sus trompas, y bajo el sol asiático cobran a la vista, los surtidores y la amplia pila donde también hay pétalos perfumados, la onda que se distiende y el líquido que borbotea, una inefable frescura, como una bendición del cielo.

He aquí ya, del otro lado de esta especie de plazoleta, al comerciante de dioses, un bello oficio que en verdad es casi el sacerdocio. Cerca está la «Antesala del Destino» y un consultorio para «El-Amiya» o Mal de Ojo. El aire permanece inmóvil; la vida en sopor. Reclinado sobre tapices, como en el oriente musulmán, al cuello, como una sarta de aljófar, la guirnalda de jazmines que me ha echado por primera providencia, el negociante, verá desplegarse una vez más ante mi vista, las suntuosidades exóticas, bordados indianos, armas y piedras preciosas, lingams y yonis en plata, en oro, en ágata de fuego o cornalina, en ónix o ágata girasol, en ágata noble o calcedonia, en marfil, en jade, en jaspe, en ébano, en lapizlázuli, el doble emblema de la procreación y la muerte; cazoletas, lámparas con largo cuchar para el óleo, festoneadas de lotus, o donde la serpiente pentacéfala se retuerce en volutas y espirales; unos tras otros los pequeños ídolos, los animales, las serpientes y los monos de Vishnú, el toro y las vacas de Siva, toda una creación en bronce, parecida en el gesto y en el ademán a esa otra de piedra que, como el Juicio Final de Miguel Angel, se descuelga por los frontispicios de las pagodas.

Ahora, al cementerio musulmán. Cruzaremos el puente del arroyo exausto; las últimas chozas nos mostrarán sus puertas igualmente cerradas, y se saldrá a la campaña, como un páramo primero,

erizada de cactus, para convertirse gradualmente en el bosque de matorrales y parásitos. Este paraíso poblado de serpientes, que es la jungle india, nos abanicará con las hojas de sus palmeras; nos esquivarán las gacelas; con sus grandes ojos cándidos nos verán pasar los cebús, y a lo lejos, ya sobre el camino a Madras, se destacarán tristemente las caravanas de los camellos en marcha.

El sol abrasa, levanta la piel como una cantárida, uno siente la transpiración como la picadura pegajosa de innumerables agujones y ya casi desnudo en el pequeño carruaje, se desea volver cuanto antes al mar, enervado y excitado. ¿Cómo estos hombres que me transportan pueden correr así, sin más que un ligero alto a la vera de un vendedor de cocos? El propio vendedor me aporta una escudilla de alfar, llena con el agua lechosa del fruto y después que he bebido, rompe en mi presencia el recipiente. ¡Vamos! Ya en el fondo se divisan los arekiers del cementerio.

Los cinco cementerios, todavía separados uno al lado del otro, el mezarlek con sus turbés vueltas del punto de la Mecca; el recinto Malabar, enigmático con sus inscripciones; el cementerio protestante y después el de los eurasiáticos (o mestizos) y el campo-santo francés. Decididamente, en medio a esta vegetación lujuriosa, el árbol de la cruz, parece demasiado escueto, sin sombra de follaje, como un bosque de mástiles anclados definitivamente. Una melancolía sin límites se abate sobre esta última colonia de los desterrados, que todavía recuerda la patria, pero tan lejana, tan inaccesible por la vida y por la muerte.

Nuevamente desde el camino vuelve a abarcarse la rada, las pequeñas pigalas con velas de esparto y el barco que me espera. Al pie de todas mis alegrías o tristezas, ¿por qué ese barco listo para llevarme más lejos, siempre más allá de todo? Y todo pasa como en un álbum que se hojeara, sin que sepa dónde, por fin, encontraré mi verdadera vida. ¡Oh, qué me parece elocuente, leída a la revuelta del sendero, bajo el frondoso amparo de un cinamomo, la vieja sentencia tamul:

—«Tente; yo te brindo un momento el olvido de tu carga y no te preguntaré nada!»

¿Por qué no? Aquí como en ninguna parte, nuestro espíritu cristiano se siente enternecido por nuestra doctrina, y la exigua iglesia parecida, a Nuestra-Señora, tiene sus mamparas abiertas de par en par en medio a toda esta clausura. Pero está desierta la pobre catedral de una colonia donde repercuten y se plagian todas las politiquerías de la Francia laica. La atravieso, me llevo hasta el prosbiterio, miro en torno mío, y como un día ya lejano en la Mary-le-Bon de Londres, mi cabeza se dobla, todavía más desconcertado. El ámbito desierto tal vez esté vacío también. ¡Nadie me ha visto entrar; nadie me verá salir!

Afuera una enorme aglomeración de gente me da la última nota: la pobre cadena de zyots, de aldeanos, verdaderos proletarios, estos sí, peligrosos nada más que porque tienen hambre, y al paso del contado turista se llevan la mano, no ya a la frente y al pecho, para la zalema tradicional, sino a la boca y al vientre, con una muda elocuencia: ¡Maharajh! (monseñor, monseñor) y una zarabanda macabra me estrecha en su ronda arremolinada por algo demente que muestra por todas partes garras crispadas y rapaces y ojos moribundos, buscando los míos, tratando de conmoverme de alma a alma y de excusarse, los pobres ojos. Esos viejos tan envejecidos, esos niños increíblemente pequeños, que ya andan sin embargo, esas mujeres, todos los esqueletos que sufrirían menos bajo tierra, irán así dócilmente, apenas conducidos por un capataz, a aumentar los deportados de Cayena, («Liberté, Egalité, Fraternité») a través del mar y del exilio.

También a ellos les espera, pues, allá abajo el barco... Y al embarcarme, al echar todavía una mirada a Pindichéry, la estatua de su conquistador, de ese Dupleix tan Luis XV, no se en qué me contrasta con la recua famélica que ulula a sus pies, también como una ola que muere y que otra y, otra vendrán a reemplazar interminablemente.





Ellos

A bordo del «Dupleix».

I.

...Con los cuales soñamos vagamente a cierta hora de la tarde, como si su lápida se levantara cada crepúsculo y viniera a mezclarse al desvanecimiento de la luz, el perfume de las primaveras idas y algo del pensamiento de los que respiraron antes que nosotros este aire de melancolía y vieron despuntar, unas tras otras, las estrellas inaccesibles...

¿Dónde, ahora? Unas veces es el eco de otro paso que nos sigue, una puerta que se abre, cuando vamos a tocarla, un silbido que cruje cuando ya no hay nadie que lo ocupe. A menudo me vuelvo de improviso en mi asiento, como si alguien estuviese apoyado en el respaldo; pero siempre las cosas alcanzan a recobrar su aspecto impasible, aunque yo sepa que vivían a mis espaldas toda una vida misteriosa. Lo siento sobre todo a esta hora, y cada espejo cargado de imágenes invisibles, verdadero anaquel de almas, me fascina como un abismo.

Ellos, los que desembarcaron en un puerto antes, que corrieron los mismos albuces sobre este viejo barco que los astrónomos han llamado Tierra; de noche, cuando la siento trepidar entre la flota del firmamento, pienso si Ellos no navegarán ahora en otra estrella. Cuando volviendo algunas hojas encuentro sus rastros en la

Bitácora, las alturas que tomaron y los sondeos, todo este paralaje por el cual nos guiamos, pienso con ternura que posiblemente nuestros desvelos aprovecharán mañana a «los Otros». Y también sueño con aquellos «Otros» que se embarcarán en el puerto siguiente y que no alcanzaremos a conocer.

II

Con los niños, y mejor mientras más pequeños, se puede contar casi como con los muertos, porque son los mismos en todas partes, pura su mirada como el cielo en la aurora, fresca su voz como el agua en el manantial. Olvidan como todos, pero inconscientemente y si ya no me recordarán los que han sido únicos compañeros de mis diversas soledades, tampoco yo los reconocería si volviese a verlos, como si no fuesen ya los mismos, exactamente como si hubiesen muerto; que para hacernos sentir lo irrecobrable del pasado, no hay nadie como los niños, nada como volverles a ver, para comprobar la huída sin detención ni remisión, del tiempo.

Con una sonrisa indefinible, recuerdo a aquel que, en una plaza de Montevideo, se me acercó para examinar mi cadena; después me tuteó con el gentil acento de allá y a la sombra de los plátanos, yo el viajero, rendí mi última prueba de geografía; después cesé de interesarle y me dejó alejarme, absorbido por sus juegos, y después nada más, porque ni siquiera sé su nombre.

Recuerdo en Lisboa a aquel Armelin, mi cicerone de toda una tarde. Vimos juntos la estatua de Eça de Queiroz y juntos merendamos pastas de Cintra en la esquina de una rua donde había unas chambras rojas tendidas a secar. Se llegó hasta la Baixa como un hermano menor—ese que no he tenido—y por la primera vez, alguien me envió su adiós al alejarme de alguna parte. ¡Tanto tiempo como lo seguí con la vista a aquel gentil lusitano, vestido con su largo mandil de aprendiz, agitando bizarramente su barretina!

Un ragazzo que me indicó en Boloña la casa

de Rossini; uno como un Romeo en Verona, al pie del balcón de Julieta Capuletto; otro en Venecia, que encantaba las palomas de San Marcos, parecido al Narciso de Pompeya:

«Svelte et nu en un bronze aux reflets de saphir.»

Una diminuta Gina, en no sé qué travesía; un hebreíto en Gálata, que me llamaba d'Halmar-effendi, en la lengua turca y después lo iba proclamando por toda la casa:—Sidi-d'Halmar! d'Halmar-effendim!

Este es Aaron. Ni los confundo, ni los sustituyo en mi ternura; cada uno para mí solo, no cobra vida sino en mí.

III

Ahora que soy un extranjero en cualquier parte, al lado de cada ciudad afanada, buscan mis ojos el campo-santo que reposa.

Y he visto tantos (tantos como ciudades) a lo largo de los caminos de hierro o de las grandes rutas, desde la ventanilla de un tren que devoraba las distancias, o apoyado en la borda del barco errante.

Los recuerdo, a lo lejos, perdidos entre las brumas del Norte, cubiertos de nieve como de una lápida anónima; poéticos en el Mediodía; aplastados como las chozas árabes a todo lo largo del Nilo; siniestro el de los sultanes mamelucos, en el umbral de las regiones yacías; vueltos hacia el Koublé, de la parte de la Mecca, en la región del Islam. ¿Qué secreto callaron? ¿Qué revelación podrían hacernos? Todavía más inabordables en las islas, en medio al océano, por encima de nuestro olvido y de nuestros recuerdos.

IV

Y ¡cuántas veces, en tantas partes, he visto cruzar entierros desconocidos, hacia ignorados cementerios!... Por un momento, al paso del féretro, como que se esperaba la vida, y yo sentía un escalofrío cada vez que uno de los atareados transeuntes o que un carruaje cedía el paso; ¡ah, no

había temor de que ahora lo disputase nadie! y yo mismo levantaba mi sombrero, seguro de no tener que volver a hacerlo.

En Nápoles una tarde al anochecer, ya con antorchas encendidas. El crepúsculo se esfumaba en el aire lívido y aquel blasón conducido en andas, los fotóforos, los penitentes encapuchados y los caballos con gualdrapas de oro, todo se sumergía en las sórdidas callejuelas, en la miseria y en la ignominia del «basso-porto», alejándose la fanfarría, como algo infinitamente sufriente. Los pífanos exhalaban su grito hambriento, lerdo caía el tambor, como paladas de tierra sobre un ataúd; y el vicio enfermo y la inmundicia, veían alejarse entre dos luces, con una mirada de atonía, aquella mascarada de la muerte, sin piedad y sin pena.

También en Venecia, en el propio embarcadero de Santo Stefano, entre el temblor azorado de los cirios. El día se desperezaba, la corriente invitaba a deslizarse hacia las aguas cautivas de Mazorbo y de Torcello, hacia aquel islote que, entre las islas muertas, es el de los muertos; y a él las góndolas enderezaban su rumbo, severamente colgadas de terciopelo, con el capellán de pie en la proa y con los gondoleros en túnica púrpura. «A portas inferi»... «Sed libera nos a malo»... Llegaba de la playa la despedida como el rumor de las olas, sonaban las campanas con tanta parsimonia... «Amen, amen»... Y en el Gran Canal, encajonado entre palacios, el vapor húmedo de la mañana se mezclaba a las ondulaciones del incienso, y a su olor, el olor de la marisma.

En el Pireo, el entierro griego, con el cadáver descubierto sobre parihuelas, delante del olvidado mar jónico.

En el Cairo, el entierro árabe, para entretener a los turistas del Shephard SHotel; precedido por la vanguardia de maceros, por los que llevan en largas pértigas abanicos de plumas multicolores el ataúd con su fez hacia el oriente, escoltado por los doce carros de lloronas. En carroza abierta, recibían los dolientes el abrazo de todos, del fellah o del pachá: ¡Selam, Selam!... Y aquello era len-

to, interminablemente lento, bajo la roja siesta africana.

Cuántas veces también, en tantos sitios, he formado parte de séquitos abigarrados, hacia los lejanos cementerios. En Turquía sobre todo, en donde cada uno que pasa, descendiendo de su carruaje o abandonando su mercancía, pone un momento su hombro a aquel que no volverá...

Recuerdo de la tierra chilena los entierros de noche por las calles de Valparaíso—de noche porque no roban tiempo a nadie,—los barrios bajos con la alegría angustiosa de su chusma, la retreta de los paseos.

Y del indómito Arauco, las carretas chillonas de los indios, destacándose en negro sobre el crepúsculo austral, en la extensa desolación de «La Frontera».

V

...Una mañana muy fría, en un pueblo que he olvidado, el paso de un cajón vacío, por entre una multitud que apenas se distingue. Reina todavía la noche, y se sabe que detrás de los muros de la cárcel va a ajusticiarse a un hombre.

...Un mediodía en el Océano Atlántico, la ceremonia, a popa, del emigrante que se llevó la fiebre. Ya no es solo la tierra extraña, sino el mar sin vestigios. Muy trastornada ve la anciana deslizarse aquel sombrío fardo; y yo la cojo del brazo porque ha hecho un movimiento como para echarse también. (En el océano Atlántico a los 04° de Lat. N., 15.29 Long. O.)

VI

Ahora que no tengo a nadie, mi única obligación es para con los muertos; en cada parte les dedico mi hora intensa y después de haberme tendido entre estos campamentos soñadores, como si yo también hubiese depuesto mi fardo, salgo reconfortado porque, bajo todos los cielos, desaparecidas las divisiones de casta, espíritu y suerte, los hombres desconocidos que callan con un mis-

mo silencio bajo el sello de la tierra mater, nos dan la lección sin réplica.

En Smyrna, desde las alturas que dominan la población y la bahía, casi me creí transportado al único rincón de la tierra que es mío, a donde pasé mi noche la víspera de expatriarme y donde me he reservado un lecho junto a ella, para que vuelva a velar mi sueño como cuando yo era niño... Inútilmente el barco me esperaba abajo, presto a arrancarme de allí como de todas partes; se hacía en torno mío la inmovilidad de la contemplación y estábamos anclados en el supremo puerto, donde se arrean, al fin, los pabellones desgarrados a todos los vientos.

Acá las dos de la tarde. Sobre el campo-santo donde ella está, palidecerán ya las últimas estrellas entre el escalofrío del amanecer; las brumas como fantasmas se desenredarán de aquellos matorrales que erizan las quebradas de los alrededores donde en otro tiempo se libró una batalla... Ya comienzo a distinguir su nombre escrito sobre una cruz y pienso en la dulzura de seguir durmiendo cuando el nuevo día haya adelantado...

Entonces solamente, los fez de piedra y los turbantes, me recordaron que estaba tan distanciado, merodeador forastero en el mezarlek musulmán —¡A vivir!—me dije, poniéndome en pie.—¡A vivir cobarde, para ganarse la muerte!

VII

En Colombo, viendo ponerse detrás de las palmeras, el rojo sol de Extremo Oriente; cuando he atinado a mirar a mi alrededor, me he encontrado rodeado de niños cingaleses que me examinaban como a un herido. ¿Por qué puede un hombre, dejarse caer sobre el polvo del camino y cómo puede mirar sin ver, más allá de todo?... Sus cuerpecitos desnudos y bronceados, adoptaban actitudes compasivas y uno de ellos me acarició un poco de agua de la fuente distante.





A bordo

I.—BABEL

Precisa encontrarse en el entropuerto del correo de la China, con trasbordos de la Australia y de las Indias, para comprenderlo, una tarde de agua y monzón en la rada de Colombo, sobre la cubierta de este paquebot «au-delá de Suez».

Porque entonces, yo no sé si la lluvia tibia que vela este paisaje del trópico, tan extrañamente como las lágrimas de un niño, yo no sé si la hora, la tarde que cae invisible tras la cortina temblorosa, el sol corrosivo del ecuador, que uno presiente bajo las nubes, envuelvan el espectáculo en una atmósfera irreal. Y uno ve a los pasajeros empapados, que se aferran, con la cabeza gacha, al pasamanos resbaladizo de la escala, bajo el terrible diluvio; ve los mozos de cuerda, los embarcadores de carbón y los descargadores de mercancías; ve el gran mercado exótico que sobre cada barco que ancla, despliegan los mercaderes ceylaneses; ve la confusión de trajes de los viajeros, nipones, persas, árabes, egipcios, otomanos, de Siam, de Anam y de todas las naciones occidentales, como una madeja que todavía no se desenredara; y no puede dar un sentido a nada, como si esta agitación que afluye aquí desde las cuatro extremidades del mundo, esos barcos agrupados en este rincón del Gran Camino, como las

hojas que los cuatro vientos dispersarán, no tuviese ningún objeto, hecha de la ilusión y del sueño de todos.

La tarde cae invisible y en medio al paraíso de Ceylan, a las palmeras y los hombres desnudos, ya no salpicados por el sudor, sino por el aguacero, temblorosos ahora al soplo de quién sabe qué grieta del globo, uno experimenta una tristeza desconocida entre las brumas del Norte, donde la tristeza está en su medio ambiente; una nostalgia a morir, de no sé qué ternura, de no sé qué abandono que no se ha llenado, ni se llenará nunca.

Muestrario de la humanidad: el misionero con su larga barba vuelve de predicar la fe cristiana aun en los dominios de Confucio; el comerciante acabado por las fiebres, se ha enriquecido a costa de su juventud y de su vida; el pobre europeo lleva avergonzado en los brazos un chino que, sin embargo, es su hijo; la mujer del nabab, con sus velos indios y sus joyas; el mandarín de borla de cristal, instalándose con su corte de más de treinta personas; sus mujeres y sus cocineros; el criollo degenerado; el marchante de piedras preciosas, descubriendo su tesoro de ópalos y perlas, a los ojos de aquellos desconocidos que se remudan incesantemente y que él no volverá a ver; la compañía de cómicos lamentables, con su tren abigarrado de olopeles, en medio a este océano que vamos a afrontar; los grumetes de a bordo, jugando como niños con los niños, vestidos como niños y librados ya a la presencia de la naturaleza y del peligro. Son todos ejemplares de la humanidad estos seres y entre ellos, yo mismo que he olvidado ya de donde vengo y que no sé todavía a dónde iré.

Y mientras el día acaba también de desvanecerse como un sueño, yo permanezco solo, apoyado en la borda, cuando los ha convocado a todos la campana de la comida y los buhoneros han cerrado sus cajas y los marineros han barrido el puente; solo con mi estupor, en el momento que el enorme navío repleto y vacilante, leva el ancla y se desliza como un fantasma entre esta flota de sombras, bajo el viento y la lluvia, al lejano

lloroso parpadeo de las luces de una tierra que nunca más volveré a pisar...

II.—BIBELOTS

Por el círculo de la portilla de mi camarote, yo he visto esta tarde el cielo, las grandes nubes, y tocando el horizonte del mar, el sol cada vez más redondo. Y siempre se me figura que, desde aquel otro círculo ardiente, alguien, enormemente solo, debe mirar también hacia la tierra. Un momento y se habrá ocultado; un momento y todo recaerá en la sombra. Entonces yo vuelvo a extenderme como un muerto sobre mi litera, amando esa penumbra que realmente me proporciona la sensación de haber cumplido la vida y haberme ganado la muerte.

Una fina lluvia cae esta tarde y confunde sus hilos con las burbujas del agua. Todo parece fundirse como un vapor, alejarse como un sueño, y uno se siente perdido como la Pulgarcita de Andersen en su cascarón de nuez. Ruidos confusos llegan hasta mí desde los camarotes vecinos o resuenan sobre mi cabeza, en el entrepuente, y de pronto, todo calla como en un barco fantasma, hasta dar la sensación de que nunca más volverá la vida.

Mi cabeza está fatigada, un poco fuera de lo real, en esta atmósfera indecisa, y para reposarme, fijo la atención en todas esas bagatelas que van conmigo por todas partes y que cada vez aumentan. En las paredes o sobre la ménsula del tocador hay fotografías, objetos diminutos traídos y llevados hasta el cansancio, y me divierte la asociación imprevista en que se entremezclan la Gran Esfinge (reducida al tamaño de mi muñeca de Siam) y el Narciso del museo de Nápoles; un bosquejo de Dinah, coronada de zequíes su gentil cabeza sobre el fondo de Stambul; un cacharro traído de allá; el inevitable escarabajo y los ídolos del Asia extrema. Sin contar a Ibsen, han llegado a reunirse hasta tres Budhas, todos distintos, y Horus y la diosa Kali, se miran de reojo con el perturbador San Juan de Leonardo.

De pronto, siento una voz cascada que se eleva de la consola de mármol y que habla chillantemente el sanscrito; pero lo curioso es que yo lo entienda y me resulta una cosa deliciosa asistir al coloquio que acaba de provocar mi Budha hindú. Fundido en provecto cobre, con sus párpados caídos y las manos juntas con todos los dedos iguales, siempre me había parecido un tanto palurdo, y verdaderamente contrasta ahora su aspecto con la sonrisa páfida del Budha en marfil traído del Imperio Levante, y con el circunspecto ensimismamiento del Budha en ébano, suerte de Koung-fou-Tseu, importado desde el Celeste Imperio.

—¿Querría usted decirme—pregunta—¿a dónde vamos en tan cosmopolita compañía? Hasta he visto una moni (bayadera) y en cuanto a los demás señores, no conozco a ninguno.

El japonés ha hecho un pequeño movimiento con el lotus que le sirve de parasol y sin duda esperaba con toda cortesía que su compañero tomase la palabra y diese la respuesta; pero ese soberbio monigote negro, se ha perdido hasta tal punto en la contemplación de su ombligo, que ni siquiera debe de haber oído.

—A Europa, venerable Tatagata.

—¡Oh! Y es para esto que yo he sido arrancado del santo sueño de Varanasi (Benares), de la villa sagrada donde afluyen los viejos y los enfermos y donde todos los moribundos de la India desearían cerrar los ojos? ¿Es posible, mi amigo, que tales cosas ocurran?

El nipón, con un tchintchin, acentúa su sonrisa (yo lo vi sonreír) y esta vez, a guisa de abanico, se da aire con la escudilla sacramental de sam-tchú. Está muy moderno ese amarillo budha, como todos los amarillos después de la guerra ruso-japonesa, y su sonrisa ha sido perfectamente simiesca.

Mi budha en cobre, permanece con las manos plegadas como un verdadero asceta; su mitra puntiaguda sobrepasa la altura de la Esfinge y mi amigo San Juan, hunde sus ojos complejos de andrógino, en aquella faz consumida como la suya. Pero mientras una aparece descarnada y macerada por la vigilia interna y la abstinencia, la otra

está demacrada y devastada por el insomnio febril y el fuego de las pasiones.

—Diga usted, compadre—prosigue el anacoreta del Ganges, haciéndose de más en más familiar—¿por casualidad conoce usted a esa peri o apsara, que no asoma sino la cabeza adornada de monedas? ¿En qué parte se ha empantanado y qué son aquellas medias lunas?

—Yo lo sé bien;—interrumpe el cacharro bizantino, dirigiendo una mirada de simpatía (esta vez pude darme cuenta que los cacharros miran con la panza) a mi hebreita de Constantinopla—ese panorama es mi tierra: el Bósforo y Validé-djami.

La noche ha ido haciéndose cada vez más en el exiguo cubículo, donde apenas distingo mis bibelots, y una agua-fuerte de Daudet, se desvanece en la bruma en que lo ha envuelto Carrière y en que lo envuelve la hora.

—Casa de muñecas...—murmura Ibsen, refiriéndose no sé si a mi camarote o a la chinita de Siam.

El chino abstraído ha exhalado un pequeño suspiro sospechoso, y mi buena servidora la bayadera, parece levantar hasta cubrirse el rostro, la bandejita de oro en que depongo cada noche mi anillo maravilloso. Dinah mira obstinadamente a su compatriota del Jordán; el Bautista, al Narciso de Pompeya; y el escarabajo verde de los faraones, acaba de entablar amistad con una araña que todos los días, a esta hora, se descuelga por su escala de seda, desde el techo.

Y yo no duermo, no duermo, y si como todos los que hacen hablar a las cosas, quisiera terminar diciendo que he despertado, falsearía la verdad. No; yo no me he dormido... o no he despertado aún...

Afuera, la noche y la tempestad han cerrado sobre el mar, esta trinidad terrible. Una luz ilumina un segundo mi sofocante recinto; y perezoso de incorporarme, me quedo en la duda de si será un faro, un barco o un relámpago. ¡Ah! ¡Es un tifón el que se nos prepara, pequeños fetiches míos, y esta noche danzaremos, mi bayadera!

III.—NIÑOS

A bordo del «Armand-Bihic», a lo largo de las islas Sokotra.

No menos de veinte, tal vez hasta treinta niños, en el spardeck, una tarde que desde el cielo del trópico lentamente descende el sol sobre el océano Índico.

Recostado en esas largas sillas que todavía huelen «a negro», cerrando los ojos de cuando en cuando, fatigado por este último derroche de reflejos sobre la soledad de nácar del mar, vuelvo a ver cada vez el sol más bajo, rasando ya el horizonte, y como un postrer canto de pájaros, oigo sobre la inmensidad perdida, el enjambre de las voces cristalinas que gritan en todos los idiomas y rien con una risa única.

Porque, en esta jardín que una sola primavera embellece, acariciadas por el monzón que azotará más tarde nuestro barco, las cabecitas frescas como flores, son pálidas, rubias, trigueñas y bronceadas también. Aquel pequeño turba-fiestas, que echa a perder los juegos mejor organizados; aquel silencio que se aísla: este otro que ha venido cerca de mí, son los frutos del oriente: flor de thé, chrisanthème y lotus y hay ¡Dios mío! ojos azules como los myosotis, que hacen pensar en el país de Mignon, ojos soñadores como los lagos de Escocia, ojos verdes del país de Las Mui y una Noche, y negros ojos profundos y sombríos como los de las mujeres de mi país. Todos juntos ahora ¡cuán lejos estarán mañana—destino, porvenir—en las latitudes más diversas!

Todos reunidos, muchachos y muchachas, desde el bebé que gatea, hasta Yves el grumete de a bordo, hasta el marinero barbudo de mirada límpida convertido en niñera, hasta el encanecido contra-maestre que mira y sonríe, niños también, con sus amplios cuellos y sus gorras encintadas, y cándidos en medio del mar, soñadores bajo las estrellas.

El sol comienza a hundirse en las aguas y casi admira no sentirlo chirriar como un metal en-

rojecido. Esta mañana lo vi surgir por ese oriente de donde nos alejan algunos grados cada día y ya es un sol menos entre los pocos que forman nuestra vida, uno menos y una noche más...

Ríen los niños, única cosa viviente su risa en medio al silencio y a las sombras que nos han envuelto. Las olas se inflan, hínchase el viento como otro mar invisible y a lo lejos suena una campanita, destinados sus pobres sonidos, a morir sobre este desierto de agua, con ese cansancio de las aves que siguen a los barcos y que después no encuentran en donde reposarse.

Entonces, poco a poco, los ruidos se apagan, unas tras otras las voces; los niños dejan el spardek, se alejan, se dispersan, se pierden como si no hubieran existido nunca.. .

IV.—EL GRUMETE YVON

Me encantaba verle, sobre todo a la hora de la comida, cuando «ellos» bajaban al comedor y se quedaba a solas con el niño. El se creía solo—muchas veces yo leía o fingía observar las puestas de sol—y entonces todo lo que había de infantil en él, se mostraba sin temor. Corría por el puente, persiguiéndose con su pequeño amo; inventaba o recordaba juegos; y las risas del uno y del otro, me alegraban el corazón.

Era un grumete, no más, encargado como otros marineros, en esta larga navegación, de cuidar de una de las setenta y cinco criaturas de todas las razas, que suelen reunirse en el spardeck, y que por la noche se siente llorar de todos lados sobre el mar infinito. La suya, un hijo de franceses, parecía débil y triste, como tantas que vienen de la Indo-China o aun de más lejos; pero solamente yo sabía que a ciertas horas, tenía también sus arranques de alegría, al contacto de aquel robusto camarada.

Y es que se amaban. El especialmente la amaba, pensando tal vez en algún hermano menor que no había tenido; en todos sus tiernos años vividos entre el trabajo y el peligro, amaba en la cria-

tura, lo que él mismo no había sido, ni ya podía ser: un niño y nada más que un niño.

Y yo lo comprendía tan bien, pensando en mi propia vida, en la incurable nostalgia que oculto, no de cosas que podrán cumplirse, sino de cosas que «ya» no se han cumplido: la nostalgia de guardar, como casi todos, un manojito de recuerdos frescos para los malos días, algo en donde refugiarme, aunque sea en pensamiento. Como al grumete de a bordo, menos quizás que a él, la infancia no me había dejado nada; y a estos que no hemos disfrutado del pasado, todo el porvenir no podría compensarnos. Se nos distingue, en que somos más sombríos, puede ser que más malos para con los hombres, pero en que siempre un niño, nos ilumina con la más tierna de las envidias.

Para mí, el uno y el otro, el mousse lleno de salud y el pequeño Señor enfermo, eran solamente dos niños... Y el mar nos mecía a todos, grandes y chicos, para hacernos sentir tal vez que aún estos semejantes de quienes yo desconfío, aun yo mismo, que les inspiro confianza, en el fondo no somos también otra cosa: ¡los pobres diablos de hombres!

Poco a poco el grumete y el viajero se familiarizaron con mi presencia y fui un tercero en sus juegos, a la hora en que nadie nos veía. Ninguno de ellos me juzgaba; a ninguno se le había ocurrido, para admitirme, pesar el pro y el contra de mi carácter, y por eso yo me mostraba tal como soy, y tal como somos todos en el alma. Ese algo escondido que llevamos y que se mantiene inocente en medio a nuestras perversiones, salía un momento a la superficie y era lo que se recreaba con los dos niños, sobre el puente del navío en marcha, rodeados por la inmensidad.

Así fui sabiendo del grumete, esos insignificantes detalles que constituyen una existencia: su nombre y su patria bretona, el padre que había muerto en el mar heroicamente como buen bretón, y la madre que no lo tenía sino a él. Tres años ya que navegaba ese niño de quince, por todas las

aguas, bajo los cielos tórridos y australes que él había soñado cuando, apenas consciente, hacía la pesca con los suyos entre las neblinas del norte. Y ahora era el recuerdo de esa bruma gris y monótona, lo que le nublaban los ojos, atontado el pobre Yvón Evén por estos soles corrosivos; por eso dejaría ya las grandes travesías y volvería a los barquichuelos de Islandia y de Terranova.

—En pleno Océano—me decía—uno no vé más allá que en el mar de Bretaña, no es cierto? ¿ni en el desierto más que en las landas?... era preciso convencerse.

¡Sus ahorros, sus regalos para la madre! Sobre el puente solitario, mientras el rubillo jugaba solo o venía a nosotros para mirar, me mostró un día, su hucha, su caja de marinero, con una imagen piadosa pegada a la tapa, guardando un viejo «Faro de Brest» que hablaba del heroísmo de su padre, las cartas de allá-abajo y las cosas exóticas de allá-lejos: ese rosario bendito para la viejecita, esa blonda negra para su chal de viuda; un abanico de Tokio, para la nena del vecino Gontran; para la prima Lalie, ese jarroncito chino que se pondría con algunas flores sobre la chimenea del hogar... Y en un rincón, muy anudadas en un viejo pañuelo, estaban las monedas economizadas una a una, las medias pagas casi intactas del sueldo que ella cobraba por mitad: rupias de la India o piastras del Egipto, mezcladas a las buenas pemplirs como dicen en Bretaña, modestas piezas de cobre inglesas o francesas, con la Reina o el Emperador; calderilla manoseada por Dios sabe cuántos infelices. Yvon se mostraba casi avaro recontando todo aquello, que les llevaría un poco de bienestar: una cortina nueva para las camas, algunas golosinas para sus meriendas vis a vis. Y eso iba a cumplirse ya, en unos cuantos días, apenas cruzáramos el canal de Suez con los arenales de Siria y de Libya—el Asia y el Africa—como riberas, y doblásemos la Córcega. Después Marsella, después su licencia absoluta, y el tren dejando atrás el Mediodía e internándose en el corazón de la pluviosa tierra. Ya allá lo esperaban y ella, la madre, habría realizado tam-

bién por su parte, sus hazañas con su pequeño comercio de zuecos y con el poco dinero que recibía de la pensión por el marido y de la asignación por el hijo, y alguna sorpresa se le deparaba al marinerito.

Esta mañana el día se anunciaba tan espléndido; en el espejo inmóvil de las aguas, como otra aurora interna, como si el sol fuese a venir de debajo, del insondable fondo submarino donde florecen los jardines de coral. Sobre el mismo puente lo encuentro a Yvón, con la cabeza y los pies desnudos, tomando parte en la toilette del barco, y antes de irse a despertar al pequeño, nos quedamos, ya solos otra vez, conversando de la fiesta que habrá esta noche a beneficio de las viudas y huérfanos de los marineros muertos en el servicio. Afirmados en la borda, vemos emerger el sol, ya esta vez por el lado de babor. Largo rato lo miramos remontarse, hasta que se hace abrasador y ofuscante, y mi compañero sonríe, con los ojos medio cerrados, con los labios entreabiertos, acaparando toda esta libertad, toda esta frescura y esta vida, contento sin duda de sentirse vivir y de saber que nos aproximamos cada vez más del fin del viaje.

—Entraremos en el mar Rojo y no hay para una semana.

Pero como me extrañó ver esta tarde al pequeño en brazos de otro marinero, supe que Yvón Evén ha cogido una insolación y se halla en la enfermería. Mi primera idea es que se quedará sin esta fiesta, de que tanto se venía preocupando desde que yo le obsequié mis billetes para la lotería.

Día 20

Y la lotería se ha tirado anoche con el concurso de muchas señoritas que gargarizaron y la quejumbre de los violines, que yo no sé a dónde se llevaba el viento. También el muy demonio se había propuesto tomar parte en el concierto, y os aseguro que se ha hecho oír más que nadie. Una vez hasta amenazó volar con las tiendas; otra,

nos echó de soslayo, una bocarada de salmuera, arremolinando a las damas en gran escote. Hubo confusión y gritos sin música y los marineros de la galería reían con su alegre risa de niños grandes, sintiéndose espaldeados por ese mismo misterio negro que intimidaba a los pasajeros.

Yo los veía a aquellos valientes, tan ajenos al peligro, mientras se cantaba los números de esa tómbola fúnebre, que me hacía figurarme cerniéndose por sobre sus cabezas, el grupo de las viudas y los huérfanos, y más atrás todavía, en medio a la noche y a la mar, otro aún, de los espectadores invisibles...

Entonces pensé más que nunca en mi amiguito y abandonando sin ruido el spardeck, donde continuaba la fiesta, fuí a dar la vuelta por el entrepuente, para contarle que uno de nuestros billetes había sacado una musiquita de cilindro.

—Bon quart devant!—gritaban los centinelas en lo alto.—Bon quart derrière!—...El hospital de los marineros está a popa, cerca del equipaje y en el punto en donde más se sacude el barco. No tenía sino que bajar la escalerilla de pasamanos grasiento, para encontrarme a su puerta.

No había nadie excepto él; ni otros enfermos, ni enfermeros. Hasta allí llegaban confusamente los ruidos del spardeck e incesantemente, el zumbido del viento y del mar. Una lámpara arde suspendida al techo y por las dos troneras, se ve la noche cerrada con grandes nubes que atraviesan de cuando en cuando.

Y la sombra de aquellas nubes parece pasar también sobre el rostro cambiante del enfermo. Está dormido o aletargado, con la cabeza en alto sobre la vejiga de hielo; respira agitadamente, entreabriendo los labios como esta mañana, mostrando sus dientes sanos; y palabras desconocidas, tal vez en el lenguaje armoricano, se le escapan y resuenan en aquel antro hasta infundirme miedo; a continuación su mano se agita fuera del cobertor, como queriendo atraparlas; a continuación aquello se reanuda, cada vez lo mismo como el eco del viento y del mar.

Una distracción inusitada se ha proporcionado a bordo, con la muerte del mousse Yvón Evén y una oportunidad para los ingleses curiosos de ver un sepelio en alta mar. Esta tarde, en presencia de casi trescientos pasajeros, ha sido echado, a los 15.25 grados de Lat. N. 40 Long. Oeste.

Yo describo esto con amargura y con rabia, porque he aquí para mí mismo, «un tema»... ¡Mi pobre Yvy!... ¡y su madre que le aguarda!

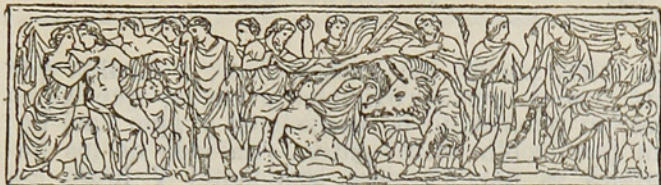
A las dos, todo el mundo estaba reunido a popa. Se detuvieron las hélices... Después vimos avanzar la cuadrilla que lo cargaba y delante, el misionero de Malacca, que había revestido su roquete... Idea tonta: yo pensaba en la musiquita de manubrio...

Y he ahí todo... Alguna lágrima de alguna persona nerviosa; un poco de agua bendita y toda el agua del mar.

Después ha sonado la campanilla para el lunch. En torno a la mesa, decorada de pastas y de frutas, conversamos, esta vez animadamente. No; es una bonita mentira que se haga el silencio después de estas cosas. Cada uno ha retenido un detalle y no quisiera perderlo; cada uno hace una observación. ¡Oh! Si no estuviésemos tan próximos a arribar, creo que hasta se organizaría otra lotería, porque ¡diablo! las madres que pierden su hijo único, no habían sido incluídas en el programa.

Yo miro al pequeñuelo rubio, que sus parientes se han traído al comedor y que toma su leche metiendo los dedos en la taza, y siento crujir en el bolsillo aquel viejo «Faro de Brest» que me prestó Yvón para que leyese cómo mueren los bretones.





País negro

Djibuti. Sábado...

Yo trataba de hacerme la ilusión, al ver rodear a nuestro barco todos aquellos fez rojos, que habíamos anclado en alguno de esos puertecillos del Asia Menor, donde uno encontrará después las callejuelas tortuosas y el silencioso café junto a la fuente. Allá a lo lejos se divisaba el minarete blanco de una mezquita y más arriba, mirando con el antejo, las piedras de un cementerio musulmán.

Pero aquel estrépito ensordecedor, aquellos muchachos que pedían se les echase una moneda y se sumergían para reaparecer con ella entre los dientes, cegados todavía por la salmuera y chorreando espuma, recordaban más bien esas lejanas islas de Cabo Verde, donde puede decirse que comienza el África.

El cielo estaba celeste con livianas nubecillas blancas, verde el abra transparente, y un Alisio no menos cálido pero más seco, que olía ya a la primavera de Europa, rizaba ligeramente la superficie del agua, como si el mar fuese una pradera. Y las reminiscencias de todas partes que me asaltan

en todas partes, me hacían creer, a medida que una canoa me aproximaba a tierra, que aquél era un pueblecillo de pescadores y ¿por qué no? un pueblecillo de mi patria. ¡La vida de los humildes es por doquiera semejante! Y luego esa alma de los paisajes, que se llama el olor, me hablaba, viniendo yo no sé de dónde.

Un pequeño bagtché árabe, como nuestros huer-
tos, y flores rojas como nuestros copihues, que se
desbordaban hasta la calle. Ya no era, no, la ve-
getación capitosa del extremo oriente, la lujuria
y el veneno; sino esos matices delicados de per-
fume, que nos han sido familiares siempre y que
parecían vagar extraviados por aquí. Yo hubiese
escalado la cerca si no hubiese encontrado en-
trada; porque como husmean las bestias en el
yermo, la huella de sus semejantes, yo percibía
algo de mi pasado, indefinible e inexplicable. En-
tonces, cuando me incliné sobre la hierba, com-
prendí aquello: eran la nané y el fesliyen, nues-
tras yerba-buena y albahaca de los días de Pas-
cua, que entremezcladas a la eterna mimosa de
las desolaciones africanas, prosperaban un poco
menos verdes, evocándome toda mi niñez y toda
mi vida. Por un momento yo salía de mí mismo y
entonces ¡tan lejos que discurría mi espíritu!

No necesitaba cerrar los ojos... Se extendía el
camino de mis recuerdos entre dos filas de jue-
tes, de dulces y de frutas; los vendedores grita-
ban estas albahacas, el aire tibio de la noche olía
a yerba-buena, las campanas llamaban a la misá
del gallo y una anciana me llevaba por la mano...

Quando reanudé mi camino, aquello persistía en es-
te pueblo de pescadores. Los niños ofrecían espon-
jas, corales, conchas y botones hechos con caracoles
del mar, y abrían sus cestas repletas de mariscos.
Por primera vez después de tanto tiempo, yo que
navego siempre en alta mar o que he sentido la
estagnación en esa India de largos ríos fangosos,
recibía en pleno rostro una brisa salobre y pi-

cante que no se distingue sino en la costa, y en ciertas costas, como si estuviera en Bretaña y fuera a tomar mi baño de todos los días. Después aquella población elevándose insensiblemente y dejando ver el mar por todos lados, como si fuese una isla, se parecía a Montevideo... Yo me perdía en inútiles añoranzas, olvidado casi de lo que me rodeaba...

La plaza con sus construcciones blancas, airosas arcadas ojivales y el ramillete de palmas, me trajo a la realidad. Una brasserie se extendía sobre la acera y me detuve para refrescar, entre el asedio incesante de los pequeños mercaderes, como un enjambre de moscas que el gendarme árabe mantenía a distancia por un momento, sacudiendo su fuele. Y bebíamos los hombres venidos de todas partes, bajo la custodia de aquellas lanzas berberiscas, de los que desplegaban desde lejos sus telas, esperando un ademán para precipitarse, de los que ofrecían plumas de avestruz o maderas olorosas o moneda de Etiopía con la efigie del Negus-Negusti, o lanzas sobre todo, de esas largas lanzas como ástiles sin bandera, de esas azagayas cortas que desgarran y que los guerreros malgaches, envenenan y disparan a distancia como dardos.

Yo que no traigo de mis viajes tarjetas iluminadas, ni llevo conmigo Kodak inseparable a los turistas, ¡poder fijar por medio de las palabras esta escena tan efímera, que se irá debilitando en mi memoria y que mañana ya no encontraré en ninguna parte; poder conservármela para mí mismo con toda la vibración que le prestaba el ambiente africano y la proximidad inquietante del mar de fuego y del gran desierto! Estos dankalis medio desnudos, con amplias frentes marmóreas y cabellos descoloridos por la cal y el salitre; los camellos que pasan llevando los odres de agua; las mulas tundidas caprichosamente, formando dibujos sobre la piel como si estuviesen tatuadas; el vocerío en la lengua gutural; las divagaciones del viajero; y por encima de todo, envolviéndolo todo, el olor peculiar del país y de las gentes ne-

gras, eso que no puede expresarse y que la lengua malgache define con la sola palabra «Bougniol»!

Un grupo de niños con una simple correa a los riñones y el gri-gri sujeto al brazo o al cuello, se aproxima, de mayor a menor, como una teoría, con su gracia lánguida y salvaje de gatos monteces. Cantan primero una canción lejana, mostrando sus dientes como perlas; danzan después, y es la matichiche del Brasil, que yo he visto a los negros de allá abajo: las mismas entonaciones trasladadas a este idioma sonoro y a la atmósfera del Africa.

*
* *

Desde a bordo se divisaban las lápidas del campo-santo, y yo comienzo a orientarme por las callejuelas—donde, en vez de perros, se ven por todas partes los cabros kabyilas—entre el caserío de tierra y paja, donde la mezquita es como un horno de yeso. Tristemente vuelve a resonar en mis oídos la invocación del muezín:—«¡Alah-akbar! ¡Alah-akbar!» y columbro postrados en el suelo, los creyentes que oran, vueltos hacia el Mihrab.

Son hogares, pues, es la familia lo que yo veo en cada puerta; las mujeres que tejen ayudándose con los pies, y las criaturas que gatean; una familia cada una, llena de pequeñas ternuras y de pesares... Toda esta enorme madeja se desembrolla en pequeños hilos urdidos por aquellas otras tres hilanderas invisibles: la que mueve la devanadera, la que hace deslizarse la hebra y la que la cortará bruscamente...

Y un desamparo casi físico va invadiéndome poco a poco y quitándome las fuerzas para ir más lejos: he aquí los barrios malos... Más lejos no hay nada tampoco, sino esa extensión abrasadora y vacía que se señala en las cartas como la Meseta de las Gacelas; nada sino el Sudán negro, los desiertos, todo lo que se conoce en arábigo por Bled-ei-Ateuch, El País de la Sed, el impenetrable continente, más profundo y desconocido. Sin pasión

y sin deseo ¿por qué no robar un poco de dulzura a esas bellas somalis que no recatan su rostro? ¡Hace tantos cientos de años, que un Justo, que sintió también la aridez del camino, pidió un sorbo de agua a la Samaritana!

...Y cuando la tarde declina, cuando llega la hora en que yo sé que zarpará mi barco, permanezco tendido todavía en el interior decorado de pieles de pantera y de lanzas, con la conciencia abismada en ese misterio de carne y alma que somos todos. A mis pies hay una niña ¡tan niña! que acompañándose con el punteo del drombo, o golpeando sobre un tamboril, como una gran pandereta llena de rodajas y laminillas de metal, canta de cuando en cuando, la canción de los djins, o bien agita suavemente su gran abanico de plumas blancas, para alejar los pensamientos negros. Me ha dado una tregua de olvido y ha colgado a mi pecho un amuleto, a fin de que no puedan pedirme cuenta de su virtud los zombis, aparecidos tutelares de este país negro; sabe que los extranjeros que pasamos no volvemos... En voz baja canta su larga canción incomprensible, y aunque fuese para toda mi vida, yo quisiera detener esto tan fugitivo.

—Sin embargo, es preciso partir—me dice a mí mismo, no sé qué parte de mí mismo... La indiferencia de todo, el deseo supremo de no zanzandarme, que me ha penetrado tan a menudo en los cementerios y que debe de poseer al naufrago, de serenidad por fin, aunque sea en el anonadamiento, es como ese perfume envolvente de cuando fumamos opio... Y el canto berberisco, pereoso como las plumas del abanico y como las manos que lo mueven, indiferente y distante, no nos esclarece nada, con esa elocuencia blanca de la música.

Se llamaba Emma, la pobre somali, como en mi tierra, mi primer amor. Lo mismo que estaba grabado en un árbol de la India:—«Tente; te brindando un momento el olvido de tu carga y no te pregunto nada», hubiera podido grabarse sobre su puerta. Desde el punto donde comienza la ciudad

de piedra, yo domino a mis pies, el campamento de las mil y una miserias.



Y desde a bordo lo abarco todavía el caserío aplanado sobre un horizonte inmenso, en los dinteles del continente negro, delante del desierto sin límites, irguiéndose solamente su minarete, el mezaristán que no he visitado y que me hace su reproche. Nuestro navío abandona Djibuti; todo pasa como en sueños. Verde, violácea, y anaranjada. tres rocas se doran bajo el sol que traspone las montañas del Asia. Allá Aden, la Moka, que esta ruta distinta me ha hecho no volver a ver. Y sobre el agua tranquila como una balsa de aceite, a pesar de las proximidades del cabo Guardafui, sobre el agua que es una sola lámina de oro, un chebec con su negro velámen desplegando sus arabescos, parece transmitirnos la despedida del Somal.

Mientras tanto, he aquí la luna que viene surgiendo...





Alta mar

Mi niño, el rocío no le hace bien sino a las flores. mi niño...

Esta vez me tiendo al pie del mástil de mesana, al ras de las planchas de cubierta y tengo suspendido sobre mi cabeza todo el maravilloso cielo oriental. El mar se extiende abajo hasta lo infinito y nuestro barco, durmamos o no, marchará siempre como nuestro planeta y como nuestro destino. Nos despertamos, creemos reconocer el mismo sitio de la víspera y sin embargo hemos hecho el camino con todos, estamos lejos y así hasta llegar al puerto.

—Mi niño...

Pero no es el sirocco lo que canta, sino el eco de un recuerdo olvidado, una voz cuyo timbre se borró de mis oídos y que ya no distingo sino en mi corazón: la de una santa anciana, que cuando me dormía también al aire libre, en el huerto de nuestra casa, se acercaba a mi hamaca para cubrirme la cabeza.

—El rocío no le hace bien sino a las flores...

En medio al perfume fresco de esas noches de la primavera de mi tierra, al cálido aroma del verano o al olor marchito de los comienzos de otoño, no sé qué relación se establecía entre la noche envolvente y las constelaciones y mi viejecita blanca con su perpetuo luto... Cerraba los oídos para que no se me escapase ese último ru-

mor amoroso, cerraba los ojos para guardarme una estrella... Algunas veces, a las altas horas, me sucedía despertarme y entonces respiraba el silencio del hogar querido, escuchaba aquella palpitación de todos los astros y se me figuraba que pendían del mismo eucaliptus que me cobijaba; poco a poco se hacían mis ideas más confusas; el amigo eucaliptus parecía extender sus ramas hasta invadir la creación y entonces todo el firmamento no venía a ser sino un solo árbol florido a cuya sombra dormían vivos y muertos...

Era el tiempo en que me preparaba para una vida de aventuras y campañas, que no podía menos de deparármeme... La India..., el Oriente... ¡Oh! Todo eso aparecía como una música olvidada que yo volvería a oír...

—...sino a las flores.

Y he aquí mis campañas; en la vida estoy completamente solo: he ahí las aventuras. La India pasa a ser un recuerdo y abovédase sobre mi pensamiento el profundo cielo oriental.

Quando los marineros comienzan a lavar el puente, levántase uno como un fantasma e interroga la noche, que todavía no se despierta, Durante algunas horas uno se había perdido de sí mismo y vuelve uno a encontrarse. ¡Desagradable encuentro! El mar respira en realidad como el pecho de un durmiente; un misterioso soplo hace oscilar las estrellas como para extinguirlas. y en ese cielo cerrado, abre el plenilunio, un boquete de plata.

Y un tono tan medroso que adquieren los que conversan apoyados en la borda, la voz del marino que habla del mar, de un tifón en Hong-Kong, de media hora que se tragó mil barcos, la nata de cadáveres en la playa, el radioso día que hizo después. Y yo creo ver temblar la barba del misionero de Malacca, que es su interlocutor... Después hablan de otros viajes: Tonkín, Birmania,

Cambodge... y una vez más uno sueña al eco de aquellos simples nombres de la tierra.

Demasiado salobre nuestra sangre de la vieja raza de marinos, y es por eso que nos arrastra al mar, más allá de todo, cuando es en nuestra alma en donde sería preciso buscarlo aquel más allá infinito, en la pequeña alma que nos amaba... ¡Desencantador ese horizonte que cubrimos con el velo de nuestra fantasía y que a la postre, no es sino una línea imaginaria retrocediendo siempre hacia el vacío.

En rededor nuestro, sigue el baldeo y el 'chapotear de los pies desnudos sobre el maderamen. Ya no ríe entre esos marineros el grumete Yvón Evén, y conforme se acerca el barco a su patria, lo va dejando más atrás, en el fondo de ese océano, tan inmenso para el pobre niño, y del olvido de todos.

—El Sinai—dice no sé por qué la voz del misionero y su brazo esboza un gesto en la obscuridad, como si evocase más bien a la montaña sagrada, de la cual estamos aún tan alejados.

Más y más se debilitan las estrellas a pesar de que no despunta el alba; los astros muy bajos riendo sobre el mar; casi derecha la Cruz del Sur, ya sobre el poniente; la luna ha perdido su baño de plata y deviene amarilla como el cobre; llora una criatura, no sé en qué parte del buque y el estremecimiento frígido que corre por las aguas a la caída de la tarde, es tibio ahora y lleno de savia.

Y no separo mis ojos de esa Cruz del Sur, que es la constelación por excelencia de mi patria austral, porque sé bien que mañana, cuando hayamos traspuesto el trópico de cáncer, vanamente la buscaría entre las demás constelaciones.

Y pasará el tiempo para mí, y Dios sabe si la vida, sin que su luz vuelva a bendecirme, como cuando yo era un niño.





Intermezzo

I.—EL ESCLAVO

¿Os recordáis del Esclavo de Miguel Angel? Fué para mí un amigo en el París inmenso, y con frecuencia, cruzando la galería donde están las bellas estatuas yacentes, donde el caballero armado de todas armas es conducido en una parihuela por la cuadrilla de penitentes encapuchados y donde duerme la castellana sobre su frío tálamo, yo iba a hacerle visita. A través de ese dédalo, yo habría podido guiarme hasta él con los ojos vendados. Y como nadie turba el silencio de ese alto piso del palacio de los Valois, solía quedarme durante horas junto al ventanal que él domina de todo el grandor de su cuerpo sufriente. Su brazo doblado detrás de la cabeza y que la sostiene, con los párpados medio cerrados bajo la frente estrecha, con los labios entreabiertos, como por la queja de un sueño, su poderoso tórax torcido en un esfuerzo completamente interior, la mano delicada que se dirige al pecho para arrancarse las ligaduras o cobijar el corazón, todo eso me oprimía como una visión mía. Y enmarcada entre las duras caderas, yo veía la aureola sombría del sexo, sobre el vientre redondeado y sobre el sostén de-

masiado débil de las piernas inconclusas, como mal gastacadas de la roca viva y la arcilla...

A veces también, cuando yo no tenía tiempo de subir, me contentaba con levantar los ojos hacia esa gran ventana tras de la cual yo lo adivinaba. Y bajo la lluvia o la nieve de la calle hormigueante, me era de un extraño encanto el pensar en mi amigo inmóvil y tan solitario.

Pero una tarde yo había trepado como a un llamado, de prisa porque se acercaba la hora de cerrar. El sol descendía oblicuo a través de los cristales, y súbito, he aquí que sus últimos rayos tocan la estatua con un golpe de varilla mágica y la sacan de su letargo y redimen al esclavo de sus cadenas. Realmente parecía desperezarse y desatarse. Era como si el calor se infundiera en el bloque y conforme iba ganándole, lo vivificara, circulando por las vetas del marmol hasta colorearle. Yo asistía al milagro de un despertar secular y tendí casi los brazos hacia ese ocaso que era una aurora.

Poco a poco como había venido, la vida fué retirándose con la luz. La sala se sumía en la sombra y la estatua entraba en el cautiverio de su encantamiento. Entonces comprendí que ellas, las maravillosas lámparas de belleza, se encienden todavía para algunos elegidos; y que hay que escalar muchas veces ese Tabor que se llama el éxtasis, encontrarse siempre al pie, para llegar a sorprender una sola vez en toda una vida, el instante fugitivo y eterno de la transfiguración.

II.—LAS DOS

Su mirada que viene de muy hondo, va tan lejos.

Su mirada que viene de muy lejos, va tan hondo.

Sombra de cosas que yo he admirado en viajes lejanos y que ahora amo simplemente en reminiscencia y en imagen, sobre mi mesa de trabajo, una

al lado de la otra, las efigies de la Gioconda que hoy reina en el Louvre y de aquella Esfinge que desde hace miles de años, señala a las caravanas la orilla del Mar sin agua. Bestia recogida sobre si misma como el Africa negra, echada en el dintel de las cosas desconocidas, los beduinos de otro tiempo levantaban sus tiendas al abrigo de su grupa, para hacer el último alto antes de entrar en la santa Masr-el-Kahira y le encendían también como un voto, sus lamparillas de coco, la víspera de emprender la travesía desolada. Puerto para los que anclaban y para los que zarpaban, todos han naufragado ya.

Pero ella, la musa dulce del Leonardo, ella que es joven y bella, ¿por qué sonríe aquí ahora, a la luz de mi lámpara, junto a la calavera de nariz carcomida que le han dado los soles y los simounes a su hermana del Sahara? Su sonrisa vaga, no se ha estereotipado todavía en una mueca desdentada y el misterio de sus ojos no tiene tampoco la profundidad de aquellas cuencas vacías.

Y sin embargo, diosa y mujer, garra que se hunde en los arenales de Libya o mano suave que se recata entre las sedas florentinas, las dos me han parecido gemelas a través de las distancias y de los tiempos, tan fascinadoras una como la otra y tan enigmáticas, como si ambas no fuesen sino una misma felina en el acecho único, depositarias del eterno secreto, el labio sellado a nuestras interrogaciones y tendida la oreja para reunir los vientos que se dispersan en el vacío y perdida la mirada para fijar las nubes que se desvanecen en la nada.

III.—TANAGRA

Rachel plorans, quia non sunt.

Sujetas contra tu corazón el ánfora que a medias proteges con un paño, y cubierta tú misma, por el manto tanagrino, pareces otra ánfora más

harmoniosa, llena de un agua más pura y más viva.

¡Oh, llorosa de Tanagra! ¿Son tus lágrimas las que alimentaron el vaso? Deslizándote así, velada y con los pies desnudos por el árido sendero, eres la primera y la última en la doliente teoría de las orfandades a lo largo de los siglos: la madre del Nazareño, la novia del infiel, la viuda del marino, todas las que cruzaron para siempre su destino, sosteniendo sobre el seno sellado, esa urna jamás colmada, del dolor de mujer, ¡las inefables portadoras de piedades!

Arrodillémonos sobre la senda. ¡Cuántos dolores habrá sembrado la vida, cuántas dolorosas la habrán recorrido, para que así el páramo vaya transformándose en vergel! Arrodillémonos sobre la senda, besemos la huella de su paso... Las flores más sagradas han brotado en este surco humano, vivificadas por el milagroso rocío del llanto.

IV.—LA FUENTE MEDICIS

Quel sentiment étrange arrête ainsi mon bras
 J'ai beau vouloir... je sens que je ne pourrai pas.
 Tant d'amour devant moi!... Dérision vivante!
 Je ne peux pas tuer!... Leur bonheur m'épouvante!
 Albert Samain «POLYPHEME»

El París que yo amo, se me representa siempre como un viejo rincón de parque, con una fuente visitada por los pajarillos... Es la fontana Médicis en el fondo de ese Luxemburgo que el Barrio Latino enclaustra con sus altas viviendas de artista y sus universidades. Mirad y veréis al frente la cúpula del Observatorio, a la izquierda el domo enorme del Pantheon o la feudal Torre de Clovis o el atalaya de la Sorbona; a la derecha, las torres de San Sulpicio y su seminario, y ahí detrás de nosotros está el Odeón, con sus peristilos de templo griego, obstruidos por las librerías; está el museo que guarda a Carrière y a Rodin,

y a un paso, Cluny, con las thermas romanas de Juliano Apóstata.

París se desquita de sus tardes del Bosque, de sus noches de los boulevares, viviendo una mañana provinciana entre los árboles del verget de las reinas. Repasan los estudiantes a monsieur Leroy-Beaulieu en el beau lieu des rois, paseándose solitariamente por las avenidas de las donde Daudet y Loti se encontraron por primera vez; apoyados sobre el pedestal de Clementicia Ysaura o de Margarita de Provenza, los viejos toman el sol desde la terraza, y los enamorados se dan cita con los pajarillos junto a la fuente de ese rudo Polifemo... porque aquella simbólica estatua que mantiene suspendida una roca sobre el idilio de Arcadia, no les intimida, y con el pan para los pinzones, desmigajan mañana a mañana, su amor y sus esperanzas.



Yo sé que no todos recuerdan como yo, solo por cierto aspecto, los países que han recorrido, como les pasa a los niños... Venecia se me sintetiza en una noche densa sobre el Ponte della Pietá, en que la sombra de los siglos y el silencio de las aguas muertas, trazaban como un círculo mágico en torno mío. Un gato velaba sobre el pretiu y como sus ojos encandilados como una llama de azufre, me intimaran a no avanzar, persignándome maquinalmente, yo hice un largo rodeo por el Rialto...

Antes de conocer esa isla de los Doges, Amsterdam me la «recordaba», y cuando quiero acordarme del Amtelodamum de Benedictus Spinoza, pienso en las sombrías viviendas de Bretaña y en las cofias blancas de las bretonas...

Constantinopla no es para mí, sino un pequeño café abierto sobre la plaza de Sultán-Ahmed, y el ruido monótono de los fumadores y los jugadores de tric-trac; el viejo que me sirve envuelve lentamente su almaizar alrededor del fez para formarse un turbante: van a cerrar el café... Cal-

cutta es un mercado; Ceylan un bazar de templos; el Cairo, Masr-el-Kahira, yok, nada...; Atenas es una naranja mondada bajo un cielo azul, el escozor perfumado del alpechín saltando a los ojos, y un fraile sofocado que repecha conmigo la Acrópolis; Pompeya es una ánfora de greda hecha pedazos; Alejandría, una reunión al aire libre y una almea que danza la danza del vientre al son de sus crótalos... Pero casi siempre estas escenas se me representan nocturnas, como si solamente por la noche se me hubiese entregado el alma exótica de los lugares y los hombres; y por eso tal vez, el Nápoles radioso y su radiante mar Tirreno, yo no consigo evocarlos sino a la hora que merodea la «Camorra» y que por una lira se ofrece una ragazza o un fanciullo a los trasnochadores del basso-porto. París mismo, (cuando no quiero pensar en mi plácido retiro del cuartel de las escuelas, sino en la capital de todos), brilla como un reguero de oro, de placer y de vida, a lo largo de los grandes boulevares «tout en montant a droite, depuis la Porte Saint Martin, jusque la Madeleine» y su música no es para mí ni la de los cafés-concerts, ni de los cancioneros...

...A veces cuando estoy lejos de este París que ha comprado mi alma en un pacto de media noche, trato de ensayar voces rufianescas y gritos destemplados, y son tres palabras, vociferadas en cierto tono, las que me dan toda la sensación de su vida afiebrada y resplandeciente:

—L'Intransigeant, la Liberté, la Presse!... Deuxième edition la Presse!...

Y de los cuatro baluartes sagrados, Benares, el más viejo, se me aparece como una imagen de Victoria-Queen que ví en una hornacina junto al Templo-de-Oro; la Caaba se refleja en una pequeña taza de Moka y una copa cristalina de agua, servidas por un efebo berberisco; Jerusalem me trae a la memoria el afrentoso tinglado del ferrocarril «Jeppo-Valle de Hennom», y la Ciudad Eterna, cabalga y os sale al paso, como toda Italia-Una, sobre el corcel de ese Garibaldi, con manta gaucha, cuya estatua en la Roma Urbi et Or-

bi de los papas, domina desde el Gianicolo, las basílicas y los alcázares.

He aquí, reducidos a la capacidad de mis ojos, «todos los esplendores de la tierra».

No recuerdo de Chile más que San Bernardo y del pequeño pueblo, solamente el molino viejo... De las personas amadas, un gesto o un rasgo, y de mi vida entera, pequeños lampos, que no fueron nada en el momento de vivirlos y que ahora lo son todo...

Un cigarrillo, una flor, una ráfaga de música, suelen resucitarnos los recuerdos olvidados; vivo y entero, en un segundo, todo un trozo de vida ya vivido. Ciertas cosas pretéritas nos parecen del porvenir y ciertos momentos del presente, parece que pertenecían ya al pasado y que no hicieramos sino repetir una obscura comedia que tuvo otro teatro y tal vez otros espectadores.

—Djevab istemen—como dicen los orientales.—
Nada de razonamientos.

*
* *

Y la fontana Médicis vuelve a aparecérseme como cuando era niño, porque tal vez sería preciso advertir que yo la había visto en las estampas de un antiguo libro que me traducía la abuela. Junto a la cascada le dió cita María de Médicis a Concini, en medio a un baile de máscaras, y cerrando los ojos, yo me lo figuraba el jardín féerico y la Fuente y como un hada misteriosa, la Regente de Francia, cubierta por su antifaz.

Y tal vez—puesto que desgraciadamente no poseemos la sabiduría musulmana y que nos obsesiona la lógica—«esto» tal vez explica «aquello».

*
* *

El discreto murmurio del agua que encubre las voces amorosas... El aire frío y cortante, no impide bañarse a las avecitas y después que han sacudido sus alas, revuelan en torno de la fuente

que París llama de los enamorados y que debería llamar también de los pajarillos.

Y hace tantos años que el agua lleva, como flores deshojadas, los insaciables ensueños, y después en el otoño, las hojas mustias. ¡Cuántas sombras desvanecidas parecen erguirse en aquel sitio, para recontar, con la cantilena del surtidor que se eleva y vuelve a caer, la eterna mentira que llena la vida; pequeñas pasiones obscuras o gloriosas, destellando iguales un momento en el mismo prisma ilusorio; mañanas y primaveras idas. El aire, como en los templos, está saturado de alma como de rocío, y el vasto parque entero no es sino la nave que conduce a este altar donde reina Polifemo.

...Polifemo que mantiene en suspenso su catapulta... Pero no la deja caer... Pero Galatea y Acis no levantan la vista hasta él... No ven los enamorados, más allá de ellos, de su amor y de la efímera juventud...





En la tierra del mar

Domingo, 6 de Septiembre.

Había pasado estos últimos días de Europa en el Finisterre, donde dejaba mi único pariente. Había visto sus bellos y sencillos modelos que yo conocía por sus cuadros (todos de asuntos de mar) ora de aquí, ora de Holanda, como si tampoco él pudiera sacudirse el hechizo, y amara por atavismo, los países vagos como el de nuestra raza. Me había empapado en la rudeza mística del país de piedra, sus calvarios como faros juntos a la Mar-Brumosa, sus acantilados y sus landas, el vuelo de las cofias monacales y el lenguaje de los marinos, que hablan todavía la lengua de gwers y de sons, de leyendas y baladas, e-tre ar mor hag ar Koabrou, entre el mar y las nubes...

Y esta mañana de Domingo, mientras llamaban a la misa del alba y se abrían las puertas de la ciudadela y comenzaba la feria y el mercado, debí dejar Concarneau a primera hora, si quería llegar hasta las «Costas del Norte» y cumplir mi pequeño deseo, antes de volver sobre mis pasos y

embarcarme pasado mañana en San Nazario rumbo a un nuevo desconocido.

A PLOUBAZLANEC POR PAIMPOL

Día de llovizna y de tardo sol que aumenta la monotonía del viaje a través del paisaje antiguo. Pasado medio día, hemos entrado a Paimpol con el pequeño tren que ha reemplazado, no hace mucho, las diligencias, y antes de emprender la marcha a pie hasta el objeto de mi viaje, me detengo en el albergue Floury para tomar un bocado y saludar esa amiga paimpolesa, hija y nieta, tal vez prometida, de marinos con la cual durante mi pasada excursión, hemos conversado de los Islandeses, de Gaud y Yann y de ese Pierre Loti que suele venir a las distribuciones de socorros a viudas y huérfanos de pescadores, y que tiene su muelle, un muelle nuevecito adornado con su nombre, allí frente a nosotros, al otro lado del estuario.

Mamezel Nola Floury, seria y dulce bajo su cofia, sirve todavía las mesas diseminadas en la terraza. Ha recibido mis tarjetas del Indostan, con otras muchas que de América o de Polinesia le envían primos o amigos en expedición, y cuando le pido noticias de la Viuda Even de Ploubazlanec, me dice que efectivamente hace ya dos o tres meses que la Mére Even lleva el luto de Yvon-bian (el pequeño Yves) muerto a bordo de un vapor de las Mensajerías.

YVON-BIAN

Porque ¡y bien, sí! no es sino por eso mi precipitado viaje a las Costas del Norte, antes de partir para el Perú. A veces nos avengonzamos de nuestros enternecimientos; y luego, uno mismo juzga tan inútiles todas estas manifestaciones.

¿Verdaderamente necesitaría mi pobre Yves, que esta lápida traída de París, en la cual yo he hecho grabar su nombre, fuera a tapizar un pedazo más del muro del cementerio de su parroquia, donde tienen los muertos en el mar, el supremo y único recuerdo posible para ellos? Y hay momentos en que quisiera volverme atrás, no sintiéndome con derecho a mezclar mi ofrenda extranjera, al dolor severo y tan íntimo que debe de sufrir esa madre.

Pero he aquí, pasadas las alamedas de hayas y encinas, las praderas de retamas y aulagas que sienten ya el mar, dejada lejos a derecha la torre de Kerroc'h, el estanque de Salles y los douez donde las lavanderas baten riendo y cantando, héme ya en país de Goello, habiendo hecho el mismo camino de los personajes de Loti, entre las viviendas con techos de paja florecido de líquenes, al pie de la cruz de esa casi isla de Ploubazlanec.

Es la oración y está cerrado el campo-santo. Por lo demás, el interés de conocer a la vieja fabricante de zuecos, de quien me hablaba con tanta ternura su hijo, sobre los mares equinocciales, a ella que lo esperaba y que no ha sabido tal vez ni siquiera cómo se pasó su muerte, me convence de que necesito absolutamente su venia, para hacer colocar mi ex-voto en el muro de los ausentes...

No sé si habéis leído en mi diario de navegación la muerte de Yves Evén, nuestro grumete de a bordo; se trata de él a quien sepultamos en el Mar Rojo bajo la mirada abrasadora de Baal.

KENITERV LALI

Si ve usted un gran diablo rezongón, por cierto que es Keniterv Lali (prima Lalie) me había dicho Yves explicándome su hogar. Ella es buena pero mandona y nosotros la hemos mirado siempre como una c'hoar braz (una hermana mayor).

Se expresaba mi amiguito muerto en una bizarra jerga, y las palabras bretonas que entremezclaba,

me venían a la memoria ahora, en el momento de detenerme frente al taller de zuecos, cerrado y silencioso por ese día de fiesta, y de ver la silueta vestida de negro de una joven que había dejado su haz de sarmientos sobre la escalinata y conversaba con una vecina. Me aproximé tímidamente.

—¿La casa de la viuda Evén?—dije.

Las dos interlocutoras me miraron y se miraron una a otra sorprendidas. La zagala era alta y grave, con ese aire singular de las mujeres consagradas, como dicen también en Bretaña, «a vestir a Santa Catalina». Podía tener veinte años, sin embargo, y a falta de otro hechizo, brillaban en sus labios y en sus dientes, la salud y la fuerza.

—Keniterv Lali, ¿no es eso?—le pregunté.

Pero ante su pasmo, me ví apremiado de explicarle que yo venía por Ives; nos habíamos conocido al regresar de la Indo-China a bordo del «Béhic» donde él hacía viaje como mousse y yo como pasajero, y yo creía que podía interesarle a la madre Evén, ver a alguien que le hablara de su hijo.

—¡Pobre bian!—había exclamado ella desde mis primeras palabras, y recogiendo su chamizo, me precedió por las estrechas gradas de piedra.

—Eh, mamm-Ker! eunn autrou, un señor que ha visto a Bian hasta lo último.





MAMM-KER

Mismo día, por la noche

Y yo le encontré a la madre Evén, la «cara madre» como también la llamaba Yves, los mismos ojos grises de él y la frente fina, franca y resuelta, sombreada por los cabellos cenicientos y por la toca lisa de los grandes duelos; envuelta hasta los pies en ese chal de viuda, para el cual destinaba el hijo una blonda traída de no sé dónde. En un minuto de extraña impresión, me pareció un sueño esto que se llama la vida y que nos empuja a mezclarnos un poco a otras existencias desconocidas y oscuras. Yo, un pasajero en un viaje trivial; él nuestro grumete de a bordo; y a un golpe de la varilla del destino, toda una mutación: quedaba el pobre Yves a miles de millas de distancia, a mil brazas de profundidad, y en un alardecer de la gleba celta, yo traspasaba su «ti» como él había soñado hacerlo y veía erigirse delante de mí, esa figura austera y resignada de mamm-ker.

—Bueno—explicaba Lalie—ahora nadie me quitará. mamm-Ker, que cuando nos hablaba de un amigo en su última carta, bien se refería al señor.

Me habían rodeado y yo relataba esas minuciosidades que todos quieren saber de sus muertos queridos, porque tienen derecho a ello: el bebé convaleciente, al cual Yves servía de ayo a bordo; nuestras conversaciones; su vida; la lotería del último; su muerte en el camaranchón sofocante de la enfermería, «el moridero» como la llaman los marinos; todo resonaba en ese recinto que ya habría escuchado otras relaciones parecidas; que con su techo bajo, tendido de redes, su ventanillo como una portañola y el gwelé a dos entrepauos, como las camillas de a bordo, tenía también el aire de un barco; con la simplicidad de sus arcones empotrados como para siempre y su vajilla incrustada a los vasares, con su virgen de porcelana y todo ese maderamen pulido y barnizado por el tiempo; un viejo barco cuyas amarras sacudía ese mismo viento que recorre la Mancha como un escalofrío.

Keniterv Lali cuestionaba. Se había encendido la chimenea, nada más que la chimenea, y su mirada cándida y leal se absorbía en las llamas. Mamm Evén prefería seguir nuestra conversación, porque ella, verdadera bret como dicen aquí, no podía expresarse sino en bretón y le era necesario dirigirse a su sobrina cuando quería dirigírseme:

—Bréma va mere'h distagat ar guenzé d'eunn auro. (Entre tanto, mi hija, desembrolla este lenguaje al señor). Y sus manos infatigables reemprendían el tejido con los largos palillos.

—Vea usted, señor—me dijo Lalie—ella había comenzado unas medias de lana para bian y ahora quiere ver si alcanza a concluir las para usted.

HUCHA DE MARINERO

Se habían servido los tartez de ocasión, las manzanas se asaban en el rescoldo exhalando su olor punzante, a la vera del fuego se había puesto la cidra para el grog. Y acogido tan simplemente en ese hogar, yo hallaba natural de pasar allí la noche, para que al día siguiente oyéramos la misa

a la intención de Yves y colocáramos en familia la placa. Tal el deseo que había expresado la anciana.

Pero sobre la chimenea, junto a la rueca y entre el muestrario de almadreñas, yo acababa también de reconocer ese jarroncito chinesco que una mañana, a la luz tropical, me había sido mostrado por un grumete; y volvió a acosarme la curiosidad de esa carta en que parecía haberles hablado de mí a sus parientes y que había sido el santo y seña para que yo fuese admitido en esa difícil intimidad de los bretones y de todos los humildes. La madre dormía y Lalie fué a traer el cofre, el mismo con Santa Ana de Auray en la tapa, que yo había visto sobre el puente del navío en marcha.

—Habían citado a mamm-Ker a la matrícula de Paimpol, precisamente cuando lo disponíamos todo para su vuelta; y ahí nos lo entregó el señor Comisario. ¡El pobre bian! Yo recordaré siempre que no quería seguir tan lejos, que quería volver a la pesca con los nuestros.

En el fondo medio vacío de esa pobre hucha de marinero, volví a ver un jokey que yo mismo le había obsequiado y que él sustituía alegremente a su bonete de marinero, y aquel abanico de Tokio que no había llegado a destinación.

—¿Para la nena del vecino Gotran, no es eso? Yo había sospechado ya que le venía destinado: Perrina era su pequeña novia, una aturdida que por cierto no lo ha sentido... Y sin embargo debemos dárselo, ¿no es verdad, señor? debemos dárselo en recuerdo suyo.

Con la vista absorta en las llamas, Keniterv-Dali sonreía melancólicamente.

RECUERDOS DE UNA INFANCIA

Conversábamos en voz baja, mientras contando: unan, daou, tri, los puntos de su labor, se ador-
mecía la anciana; del pequeño siempre, cuya memoria parece reclamar por una vez todo nuestro

culto, antes de recaer en el olvido eterno. Cada objeto que nos rodea, cada herramienta, ha tenido su aventura con él: aquellos innumerables clavos que a dos palmos de altura guarnecen los muros de tan extraña manera, los clavaba en la época en que sus manitas apenas podían con un martillo; esa estrella de mar, reseca y contraída, la extrajo un día, del reino en donde él mismo yacería para siempre; esa virgencita de loza, se la dieron como premio en la escuela; aun ese nombre de Lali, no es sino una contracción de Anna María, que él había creado cuando comenzaba a hablar y que se había impuesto desde entonces.

—Ei era el bueno de todos, señor, y usted hizo bien en quererle. Nuestros operarios también lo recordaban siempre y usted verá como Goulven, ei que le fabricó su primer parcito de zuecos, con una goleta islandesa esculpida en relieve sobre la madera, mañana dejará el obrador por la misa. A mí, que no soy sino una huérfana recogida por mamm-Ker, él me honraba sobre todos sus hermanos. Y es que no le valían, no le vale ninguno.

Yves, que me había hablado de tantas cosas de su corta vida, de cuando pequeñito lijaba zuecos entre esos mismos buenos obreros, y su madre le pagaba un centavo por semana (a condición de que lo economizase); cuando más tarde hizo la pesca del bacalao y calado de agua o dormido de pie, llegaba hasta ganar cuarenta y cinco francos por campaña, jamás me había hablado de sus hermanos. Y la voz de Prima Lali se vela todavía para contarme como Oll, el jefe de la familia, casó con una perdida y fué muerto de una cuchillada, sin que quisiera decir quién se la dió como Fantec (Francisca) está rica en París; como Gili había intentado encerrar a su madre en un manicomio, un tiempo que estaba enferma y que él codiciaba su comercio; Yvón era ei iaou-her (el menor) y ese día, a pesar de no tener más que siete años, se había amparado de un viejo mosquetón del padre y lo había descargado sobre su hermano y sobre los gendar-

mes que venían a llevársela. —Te zo eunn falla den (Tú eres un mal hombre)—había dicho mamm-Ke a su hijo grande. Y a su hijo pequeño:—Hag te zo eunn tamm mad a baotr (Y tú un muchacho de corazón)... Toda la vida salvaje de la Baja-Bretaña, la desunión de las familias y la rapacidad campesina, pasan en este relato hecho en voz baja, casi musitante, mientras una noche tejida de fuertes brezos y agrios muérdagos, se entrelaza sobre la cabaña negruzca de granito, sobre el hogar y la madre dormida, en este último promontorio de la tierra bretona. Lalie sacude la cabeza.

—Vat, señor; nos habíamos olvidado de la carta de bian.

VELADA EN EL HOGAR

Sólo que la carta no estaba allí y fué preciso que la madre Evén se levantase ella misma a buscarla. Ya desvelada regresó al cabo de algunos momentos, con un arrugado papel, que seguramente no comprende, todo lo que poseía de los últimos años de su bian. Yo pienso, no sé por qué, que acababa de retirarlo de la almohada.

Mientras lee Lalie, a la luz de una candela de resina, cosas pueriles y cosas de la vida, por segunda vez vuelvo yo a sentir esa sensación de soñar despierto que al llegar me había poseído hasta tal punto. Me doy cuenta por esa carta escrita desde Berbera, que yo había ocupado más sitio de lo que creí nunca, en la memoria y tal vez en el corazón de ese niño, y me pregunto cuándo podrá uno adivinar nada en este mundo tan simple y tan caprichoso; oportunamente, nada de lo que nos concierne.

A mi vez, yo he traído conmigo «El Faro de Brest» que Yves me prestó para que leyese la muerte heroica del padre, y lentamente se habla de todos esos desaparecidos. La anciana evoca en la lengua del pasado, historias que como un estribillo, comienzan siempre por una misma palabra y ter-

minan con otra:—Marô eô ,marô eô. (¡Muerto, muerto!). Y volviendo las manzanas, para que se doren, Lalie espera su turno de interpretar aquellos recuerdos olvidados.

—Brema va merc'h, distagat ar guèn-zé d'eunn autrou...—Calla la voz senil para reanudar el unan, daou, tri, del tejido, y la voz fresca comienza en su lenguaje como el de Yves. Delante de mí, revive el alma misma del país del mar.—Lannou, iedan, lannou-pell—dice ella con un ademán amplio, cuando no encuentra el vocablo.—«Las vastas landas profundas». Y al conjuro de esas palabras ancestrales, en esa extremidad del mundo bretón, parece encerrarnos más de cerca el círculo pálido de las aguas, la trama de esa noche opresora como la velada de un muerto.

Así, en una guiavguir del barrio bajo de Gálata (donde también yo tuve mi sitio junto al fuego) una vieja, vieja nené, había evocado delante de mí sus recuerdos en la sonora lengua del Islam.

—Mamm-Ker le desea a usted buenas noches—dijo al fin Lalie, al mismo tiempo que las dos mujeres con su toca monástica, se levantaban para pasar a la otra estancia.—Desea mamm-Ker que usted duerma bien en el lecho de Yvy.

El lecho de Yvy y de muchas generaciones de Yves, era en ese gran armario a derecha, con dos literas superpuestas como los camarotes, cerradas por calados corredizos. A la cabecera de la más baja, junto a la pila y a la palma bendita, había un pequeño suroit encerado, de esos que usan los islandeses en sus campañas a los fjords boreales.

TIPOS DE VIEJOS Y DE VIEJAS

Veuve Le-Goff, tiene como otras muchas viudas (y ya las hay en esta comarca cuyos hombres son de nacimiento inscritos navales) el estaminet más acreditado de Ploubazlanec y también ¡Dios se lo tome en cuenta! el comercio de pompas funera-

rias. Por eso, en una anécdota, un viudo inconsolable y borracho impenitente, después de haber invertido en «reconfortarse» lo que había destinado a un In-Memoria para su finada, concluyó por llevarle una botella vacía, que el debía considerar como una ofrenda doblemente póstuma... Mientras escogéis vuestras siempre-vivas, podéis beber una bolée y no veréis en torno vuestro sino esas figuras de bretonas y bretones, rosados y arrugados como las manzanas de que hacen su sidra. Bajo los anchos chapeos de terciopelo o las boinas, ellos han llegado a parecerse a ellas, con sus cándidos ojos azules, y me ha hecho reír esta mañana, mientras nos encaminábamos a la iglesia, el cómico idilio de una abuela que se disputaba la pipa con el tad-Kos, y de un abuelo que, plácidamente, se dejaba afeitar por su grek-Kos, como por el más parlanchín de los barberos.

EL «PREZEC» POR YVY

El cura había revestido una casulla negra con cruz blanca, y a nuestras espaldas, en torno al sencillo túmulo donde estaban expuestas la lápida, la cruz de cera y el coronario de perlas negras y blancas, se habían reunido, con Goulven, el tallador de almadreñas, y Gontran, el padre de Perrina, algunos vecinos que vieron crecer a Yves.

Porque, es por su pequeña alma que se celebra este «prezec» y en sufragio suyo, estos latines y estos Doue, hor Doue (Dios mío, nuestro Dios), que gimotean las comadres. Todas, como la viuda Evén y como Ana María, llevan la cogulla de duelo, y sería inútil tratar de verles el rostro entre esos pliegues pesados y rígidos.

El corazón un tanto soliviantado por un rayo de luz que entra por los altos ventanales y el canto de un pájaro, que debe de haberse posado sobre los cipreses del campo-santo, yo sigo el oficio bordándolo con mi distracciones.

—Yves Evén—me repito yo para mí mismo—no amaba a los eclesiásticos, como casi todos los mu-

chachos; la palabra belek que los califica en bretón, era para él despectiva, y el aprendizaje del catecismo, indispensable a toda primera comunión había causado casi su derrota.

Una vez había sido enrolado mi Yves, por falta de otro mejor, en esta misma iglesia, y olvidando la santidad del lugar y la sotana roja y el sobrepelliz de que se le tenía revestido, cometió la debilidad de amenazar con el puño a un compañero que se le reía en las barbas, mientras en este mismo altar, el celebrante esperaba que cambiase el misal para el Evangelio; y como un discreto pellizco lo volviera a la realidad, tuvo todavía la soberbia de darse por ofendido y la misa concluyó sin monaguillo.

Después, yo me acordaba que en aquel bretoncito había un meridional; que a veces yo le sorprendía en fantasías, y aquello desataba su hilaridad, tanto mentía por mentir. Una vez le pregunté cómo podía decirse en bretón «descarado mentiroso» y él muy serio, porque como todos los suyos estaba desprovisto de malicia, me respondió: —Gaoniad divez, stra ker-divez.—Y bien Yves, te zo eunn gaoniad divez—le grité yo entonces.

Después, yo me acordaba bastante inoportunamente, que cuando niño, Yves, como casi todos en su edad, cuando no son miedosos, no había atesiguado un culto demasiado respetuoso a los muertos, y las descripciones de sus partidas de bolos con las calaveras de ese mismo campo-santo, me habían dejado una macabra impresión de inconsciencia infantil.

Y yo veía, cerrando los ojos, la fulguración esmaltina de sus dientes, cuando me narraba estas cosas sobre los mares remotos, y pensaba, sin querer, ahora, en la silenciosa risa de esas mismas calaveras.

ANTE EL «MUR DES ABSENTS»

Requiem æternam dona eis Domine!... Acompañado de los niños de coro, de la cruz con muceta

y de la calderilla, el oficiante se ha llegado hasta el centro de la iglesia y allí salmodia el verdadero «prezéc», el responso de difuntos; impone su estola al trozo de marmol para bendecirle y lo aspergia con agua bendita.

Salimos afuera. Todavía la neblina lo anegaba todo, y a lo lejos el mar se sumía más que nunca en su encantamiento. Las luces de los ciriales proyectaban al aire libre un ligero halo, y húmedos y llorosos los pinos del cementerio, parecían envueltos en finas telarañas.

Y entre el perfume de rosas y margaritas silvestres, marchamos en procesión hacia ese muro septentrional, del cual nadie ha hablado bastante, acribillado de inscripciones que no corresponden a nada, sino a un recuerdo piadoso. Allí tenía el suyo cada uno de los bravos hombres de mar que había dado la parroquia, que habían recibido de manos de ese cura ahora viejo, la sal y el óleo, y después, quién sabe en la tempestad de qué noche, el bautismo de las olas, de toda su agua acerba y su espuma. Y cuando se recorría aquel martirologio de bretones sacrificados en todas las latitudes, uno se figuraba ver sus cadáveres, tan lejos de esas tumbas simuladas, en el fondo de los jardines submarinos, tendidos todavía y con los ojos abiertos, bajo la esmeralda gigantesca del piélago.

Durante un breve instante, el cortejo de mujeres disfrazadas con su triste dominó, entre las cuales Perrina en traje largo, gola y cofia, como una muñequilla, parecía dudar; las llamitas mismas de los cirios, oscilaban; el capellán tembloroso parecía no acordarse tampoco: ¿a derecha? ¿a izquierda? Millares de nombres y de fechas, de nombres de barcos y de países, de esos Caous, de donde el autor de «Pescadores de Islandia» ha tomado el apellido de sus Gaos, de esos Floury, cuya última descendiente yo acababa de ver en el albergue de Paimpol, de viejos pilotos y grumetes, se ofrecían a la vista, desde antigua o desde fresca data; y la revista a media voz que hacía el mismo párroco de siempre, de ellos, feligreses de Ploubazlanec,

era como una última lista que se les pasara y a la cual ninguno estaba presente.

Bajo mis ojos caía, sin embargo, el que buscábamos y yo me estremecí creyendo que se trataba de mi mismo Yves: «Evén (Yves María) esposo de Fanti Nedelek, patrón a bordo del Petrel, muerto abnegadamente en los alrededores de Terra-Nova, el 15 de abril de 1899. R. I. P.»

¡Requiescat in pace! La campanita de la iglesia doblaba, la misma que dieciseis años antes había repicado para el nacimiento de Yves, y con cuatro clavos y un martillo, quedó ajustada su lápida, un poco abajo de la del padre. Parecía hasta bonita con sus dorados filetes nuevos, en la luz turbia de la mañana, y vanamente yo traté de recular en pensamiento tres meses atrás, a ese tórrido mar de sangre y fuego, donde un día habíamos visto deslizarse, los viajeros, con una bala a los pies, por sobre los filaretos de un barco que seguía su ruta hacia la Francia, el pobre paquete gris.

EPITAFIO

¡Amen!... Entonces las mujeres, que han sacudido cada una el hisopo de agua bendita, deponen sus flores y se alejan y con ellas, la nena de ojos azules que Lalie llamaba la pequeña novia de bian; se retira el hombre de Dios con sus acólitos, y como yo me había despedido de mis dos acompañantes, ellas también se van, envueltas en sus amplios manteos, cubiertas por sus cogullas.—Biquenn—había dicho la madre al separarnos; no había pronunciado sino esa palabra; pero significaba el jamás que lo resume todo en todos los dialectos. Y para ella, para el muerto y para mí, que no debíamos de volver a asociarnos ni un momento, verdaderamente, era el único adiós posible.

Pensé que debía apresurarme si quería alcanzar el tren en Paimpol, si no quería perder el vapor en San Nazario, y reconquistado ya por mi vida

accidentada, me limité a consignar en mi memorandum, ese epitafio tan breve como la existencia a la cual ponía punto final.

YVES EVEN

mousse a bord de l'Armand-Béhic
mort le 22 Mai 1908, dans la Mer Rouge.
(15°25 Lat. N. 40 Long. E.)
a l'age de seize ans.

PRIEZ POUR LUI





Todo pasa

Eten. (Perú) 28 agosto de 191...

Entre dos despachos oficiales de «Tengo el honor» y «Dios guarde a V. S.,» una carta de Constantinopla lejana, me ha traído la noticia que ella había muerto, mi «amiguita hebrea»; de la Constantinopla alejada por la distancia y el tiempo, a esta soledad en donde vejeto.

¿Qué de las arriesgadas aventuras y de la angustiosa rebusca que, durante tantos años, de aquí para allá, maltrecho o convaleciente, me llevaron por el mundo? Un agujero ignorado como una sepultura y héte ya que mi juventud se ha ido.

Entre los caracoles de las playas de oro, flores secas y dioses de religiones que yo he seguido y dejado en ruta, el retrato que un compañero—también él en su rincón ahora, bajo el peso de un hogar,—hizo para mí, una tarde de llovizna, en que las calles del barrio bajo de Gálata sudaban barro; un retrato de ella, tal como estaba

esa tarde, sobre el fondo de la gran vidriera y del crepúsculo oriental, con su diadema de cequíes y con sus ojos anegados en luz, como fué en la vida con su sonrisa que yo no penetré nunca y que yo amaba por lo mismo.

No era sino una niña y yo mismo casi un adolescente todavía, con esa frescura de noche, de rocío y de aurora que hace la belleza única. Y ahora, cuando veo frente a mí, a la monotonía de esta luz tropical, el sonriente retrato, y sé que ella tiene también su turbé azul con arabescos de oro, perdida en los cementerios judíos de Hadji-Keui, es por mí que me siento conmovido, hombre ya y viejo casi, despojado para siempre de la juventud que hace se nos perdone todo; un acusado más ante el severo tribunal de la vida, y que ya no merece ni una sonrisa de simpatía ni de piedad.

¡Tan bien como ese retrato perenne de la que ya no existe, sobre el magnífico fondo bizantino, me hace sentir el destierro y para siempre de todo paraíso! Nada más que un hombre para los demás y para mí mismo, con responsabilidades y graves prestigios, que ha dicho «adiós», a las cosas locas, únicas dignas de ser amadas siempre, a los amores que pasan y a las primaveras... Dios nos guarde, como dicen a cada paso las notas consulares. Dios, sí; a través de tierras y mares ¡ah, si Dios no me hubiese guardado tanto!... La primavera se ha ido y han pasado los amores.

Pasado, pasado... ¿Quién se detendrá en los verdes bosques de allá abajo a leer la inscripción mosaica que tendrá su pequeña lápida? Sous ol! sous! ¡Cállate! ¡Silencio! en esa lengua amada que el Islam nos prestaba para entendernos y que ni yo ni ella volveremos a hablar jamás. Así, tampoco, nadie, ni yo mismo, tratará de descifrar nunca este breve dístico que fué mi juventud. No digamos más, os lo suplico. Kidja ederin lakerde, sene artek etmeyin. Hacia ti, ¡oh, fantasma del Oriente! se vuelve mi pensamiento y por última vez esbozo el triple y silencioso saludo de Paz: la diestra a la frente donde retendré tu recuerdo, a los labios que callarán tu nombre, al pecho en que quedará tu amor.

Porque es mi juventud la que en realidad acaban de enterrar, la cabeza hacia levante, en las riberas de la Corne d'Or, (mientras como un alma en pena, yo continuaré divagando entre los pesados e inútiles deberes de cada día); la boca imberbe que ella besó, la mano tibia que oprimía la suya, el rizo de cabellos negros que cuando nuestras cabezas se juntaban, entremezclóse a sus cabellos dorados, y ¡ay! si algún día, por una obstinación lamentable, quisiera ir yo mismo a explorar aquella tumba, que vería reflejarse como sobre una fontana mi imagen de ahora: semblante borroso, maraña de cabellos grises, manos calenturientas, dignas sólo de estrangularme.

El efebo no volverá ya a desnudarse delante del mar, sin que lo avengüence la mirada azul del cielo... Yo habría querido escribir tu epitafio, mi dichosa pequeña amiga muerta; porque el que muere en flor ha poseído la sabiduría y hasta el fin, en sus manos, ha llevado la divina copa, sellada e intacta.





Viejos años nuevos

I.—AÑO NUEVO EN LONDRES

Justo el aniversario de su muerte, de ella que había amado bajo ese cielo pensativo, pisé yo por primera vez la tierra inglesa, 29 de diciembre, lo recuerdo bien; invadido por el pensamiento de que si la vida hubiese sido generosa, Viejecita, habría alcanzado a volver conmigo a la vieja patria de su juventud. Pero había vuelto a la otra, más verdadera y más lejana, y toda lamentación era estéril.

Fué así como el último día de aquel año en que todavía yo era un niño, vino a encontrarme en el enorme Londres, en medio a todos los rigores del invierno. Llegué al atardecer y antes de la noche, me hallaba instalado en un cuarto piso de Torrington-square, dominando desde aquella altura, el día desvanecido. Abajo una pequeña plaza, dos o tres árboles y la torre de Gordon-church, un cochero que lava las ruedas de su carruaje y algunos puntos brillantes que son las primeras luces. Nostalgia y abandono entre la multitud desconocida, un poco de fuego en la chimenea y el retrato de la muerta, adornado de flores para la taciturna fiesta. Tocan a la puerta y la criada trae una lámpara. Siento como se van sus pasos, y

las voces lejanas. Dos o tres notas de un piano y después silencio.

¿Cómo expresar estas cosas que se sienten tan íntimas: esa impresión de primer día en la población y la casa donde uno es un forastero; la atmósfera tibia en que uno no penetra y el círculo habitual que no se abre? Inútilmente explora el intruso los rostros y trata de comprender algo más que el sonido de las palabras. Comida muda y después, mientras se prolonga la sobre-mesa de los demás, vuelta al retiro aislado a contemplar la llama y percibir los rumores perdidos. Ni siquiera hay en ese cielo, estrellas que acompañen con su claridad familiar.

Y sin embargo era lo noche del hogar y de las expansiones, guirnalda de boj en las paredes y ramos de laurel sobre las puertas. ¡Dios sea con nosotros en el año anunciado! ¡Que nuestras esperanzas duren un poco más que las efímeras hojas! Y el que no tiene nada como yo, que invoque, de todos modos, su nombre consolador. Pero hace frío en esta tierra del norte; tal vez por eso una melancolía tan opresora se apodera del débil corazón. El brasero se extingue y colma la ceniza el cenicero. Perdidas veladas en que soñaba con el mundo y con la vida: estamos dentro de él y héla, pues, la vida.

Así pensaba yo mientras aguardaba que la criada atizase la nueva lumbre. De rodillas delante de la chimenea, con el rostro inclinado sobre las brasas, no me dejaba ver sino su cofia blanca. De pronto se volvió a medias y me interrogó con la mirada antes que con la voz. Aunque joven era insignificante, criatura de suavidad y sumisión; pero me dirigía la palabra en español, con una confianza llena de dulzura.

—¿Usted viene de Chile?—me dijo lentamente.
—Yo lo había leído en su equipaje.

Permaneció un momento suspensa y maquinalmente atizaba el fuego. Después me contó que ella era de allá. ¡Oh, pero hace tantos años! Vinieron con su madre cuando todavía no se recordaba; volvieron acompañando a la antigua señora que se volvía a Inglaterra; y fueron quedándose, siem-

pre con la esperanza de regresar. Ahora estaba muy olvidado todo. Habían muerto su madre y la anciana señora, y ella seguía como tradición la fidelidad a la casa. Nada más que algunas palabras del idioma, un vocabulario restringido y anticuado, enmohecido por la falta de uso. Sueños indecisos con otro cielo más puro y otro ambiente... Nunca vería ella aquel rincón remoto...

La chimenea había recobrado bríos y un resplandor como una oleada de vida bañaba el rostro de la criadita. Yo que tanto había oído decir del espíritu aventurero de los chilenos, ahora, en la noche de un año nuevo del Londres desconcertador, me encontraba frente a frente con la inadvertida historia. Afuera ya había el bullicio lejano de la hora que se avecinaba; y la abuela inglesa nos miraba desde el retrato, como otro huésped a la tertulia improvisada.

Y bien: en la tierra de Chile, se espera en pie el año nuevo. La casa empieza a dormirse; no estaremos solos.

Me dijo que se llamaba Pascuala, pero en la familia, le decían Claus. Y yo pensé que realmente venía a mí como una buena nueva de navidad, la inesperada amiga. Un momento la llamaron y me dejó solo; pero ya no me sentía desterrado, como si el nuevo fuego entrase en mi corazón y alumbrase más la lámpara. Ahora veía sin miedo adelantarse el reloj, y reconocía una vez más, el milagro que produce una simpatía, una voz amiga cualquiera, la presencia de un corazón, para animar todo lo desolado. Como que la ciudad extranjera hasta empezaba a entregarme su secreto; como que la familia humana realmente demostraba su unión a pesar de todo, en el tiempo y la distancia.

El reloj avanzaba, hacia un término imaginario, sus dos manecillas como para estrecharse. Cuando Pascuala volvió era ya casi la hora y apenas si tuvimos tiempo de desplegar sobre la mesa la pequeña colación que se había traído para nuestra cena secreta. Había la torta con su brillante penacho de acebo, y las copas para el vino; y cuando a lo lejos, en la ciudad aplastadora, resonó el año

nuevo, conmovidos delante del retrato, de pie con los ojos velados, brindamos nosotros también, como desamparados que éramos, al feliz advenimiento y a la protección de Dios.

Quince días después había salido yo de Inglaterra y no he vuelto a saber de la humilde chilena, hace de esto mucho tiempo. No dejo, sí de renovar mis votos por su destino, cuando es año nuevo, y ahora mismo yo digo en mi corazón:—¡Que Dios nos ampare y que la bendiga!

II.—AÑO NUEVO EN CONSTANTINOPLA

Me acuerdo de otro año nuevo pasado en Stambul, en pleno barrio turco, hace también muchos años de esto, y cuando recién salía de la adolescencia y del hogar.

En la vida completamente oriental que llevaba desde algún tiempo, no frecuentando si acaso sino uno que otro griego, uno que otro judío español, que hablaba nuestra lengua como hace quinientos años, cuando la expulsión de España, también para mí casi se había pasado inadvertida la fiesta y tan sólo me dí cuenta de ella esa misma tarde, al atravesar la gran calle perota y ver los aprestos que se hacía entre los europeos. Entonces, yo a mi vez, compré mis aguinaldos de solitario y comencé a pensar en todo lo de pasado que se concentra en este solo momento.

Me acuerdo que ocupaba un pequeño piso, no lejos del Bósforo, con sus balcones enrejados y su azotea, en una calle tortuosa que conduce a Nouri-Osmanié. Y mis amigos, los contrabandistas judíos, que no venían a Stambul sino por sus negocios del Bezistán (o Gran Bazar) y que todos vivían en Gálata, o mucho más lejos, en el barrio israelita de Hadji-Keui, cerca de las Aguas Dulces de Europa, no podían consolarse de que yo habitase entre infieles.

Yo tenía a mi independencia acidulada de abandono. Hubiese podido compartir, en la casa de Nissim-Nissam, la habitación del nieto, un her-

mano para mí; habría estado en el seno de esa familia que ya me miraba como suyo, y sobre todo cerca de ella; pero me placía, para verlos, atravesar el gran puente, prefería nos separase ese brazo de mar, de época, y de civilización, que hace dos ciudades tan opuestas, de las dos riberas del Cuerno de Oro, y ni siquiera había insistido en hacerles los honores de mi morada. Muchas veces volviendo a las altas horas con David, hasta daba un rodeo para no pasarlo por mi calle, y siempre que nos separábamos en el meidan de la mezquita de Osmanié, yo me esperaba que hubiese tomado su camino, para reanudar el mío.

Vivía yo allí nada más que con el criado que me había seguido desde el Egipto, y aquel árabe, que es el amigo que yo haya amado más, tal vez porque murió a mi servicio, no sabía, a su vez, nada de mi doble vida, ni de mis frecuentaciones; nunca tal vez había puesto sus babuchas del lado de la ciudad europea y con su discreción oriental, contribuía a esa idea que yo me hacía voluntariamente cada vez que franqueaba mi puerta; que mi vida y mi personalidad eran un mito, y que un buen effendi, en no sé qué época remota, acababa de penetrar en su harem ¡ay! sin odaliscas.

Yo veo sonreír a los que habiendo leído Fantôme d'Orient, piensan que su autor ha hecho escuela en sus libros y en su vida. Pero el Arif de Loti se parece ya al Hassan de Musset, y antes y después de ellos, los hombres civilizados hemos sentido el ansia de sacudir, aunque sea por un tiempo, un yo demasiado monótono y de vivir en los países de ensueño, un poco a la manera de los cuentos. En todo caso, Loti mismo está lejos de su juventud, y cuando yo le encontré de gran uniforme, en uno de los Sélamliks del Sultán Rojo, viniendo desde los hoteles de Pera, en la carroza precedida por el drogomán de la embajada, os juro que no conservaba vestigios del amante de Aziyadé. Ese pequeño maniquí rizado y relamido, que gira militarmente sobre sus altos talones, era el autor caduco de aquella Turquía feminista que aparece ahora en sus Desencantadas, hecha para la exportación como los Koranes que uno compra en

Asmali-Mesdjid y que han sido editados en Leipzig. El Oriente quiere juventud y capricho y yo sí, yo tenía veinte y dos años.

Esa noche volví con mis provisiones y cuando Zahir se adelantó para descalzarme, le encargué no olvidarse de disponerlas en nuestra puqueña sala. Aquel efebo, permanecía posternado a mis pies, como gozándose en prolongar su sumisión; su figura noble y fina, estaba hecha para la plegaria y alcanzaba una infinita silenciosa belleza, en el cuadro bizantino que nos rodeaba, con las grandes vidrieras cayendo del lado del puerto y las linternas que oscilaban en el bosque de mástiles y el ruido lejano de la fiesta que avanzaba en la ciudad cristiana.

Porque si aquí era todavía el 27 de zilchidjé, el trigésimo mes del calendario lunar, y ya las dos de la mañana en los relojes turcos, allá concluía de celebrarse la San Silvestre y aun faltaba una hora para que las doce campanadas anunciasen un nuevo día y un nuevo año, que no era el de la Hégira.

Entonces yo quise sentir la soledad del aniversario y de la hora, y con el asombra de Zahir, desdeñé su buen fuego, en esa noche del invierno europeo como hecha para congelar al pobre africano, y uno a uno subí los peldaños que en todas esas viviendas de allí conducen a las terrazas, en pleno cielo casi cristalizado, donde parecían una trizadura las siluetas netas de las cúpulas y se veía las estrellas como a través de una lágrima.

Y pensé, no mirando nada, en esas cosas que parecen no precisarse hasta tomar la forma de pensamiento y que apenas si son sensaciones; sensación de un perfume, de vagos recuerdos olvidados evocándose ellos solos en este instante: la «Buena Historia», que tocaba la abuela y el ramo de claveles y albahacas que quedaba esa noche sobre el piano, como testimonio del Año Nuevo; el abrazo cuando sonaban las campanas y la especie de puerta que abría el nuevo año a nuestras aspiraciones.

Y yo no sé por qué, entonces más que nunca y como nunca después, yo tuve también la sen-

sación de presentimiento de todos estos años que se han corrido, desde entonces, uniformes como un interminable tren de carros de carga que fuesen todos vacíos, y que marchara hacia no se sabe dónde. Sentí con tanta precisión que, de una vez por todas, yo había dejado de ser niño, yo había quedado solo, y que esta soledad, a pesar de la apariencia engañosa de las amistades y de los viajes, duraría hasta que el tren se detuviese, Dios sabe en qué muerta estación de quién sabe qué camino.

¿No tenía yo allí, cerca de mí, una familia que pasando sobre todos sus arraigados principios, me recibiría con los brazos abiertos, desde el dedé «Nissim, que en hebreo quiere decir «paz», y que me llamaba «fiyo», hasta el pequeño Aarón, que quiere decir «altivo zagal»? Y sin embargo, esta velada tradicional, yo no había querido hacerla en su compañía, porque sabía bien que para ellos no evocaba nada (1). Y aunque así fuese: ¿qué recuerdos comunes podía haber entre esos semitas de Constantinopla y el hombre de Chile, hijo de escandinavos? ¿Quién me comprendería cuando tocase la Buena Historia, como suelo hacerlo para mí mismo? ¿Quién me hablaría como la muerta, de esos primeros años en que yo tenía conciencia de las cosas? ¿Y antes todavía, cuando aun no estaba yo en el mundo, de los nuestros que se habían ido? No; con ella, toda un ala de mi vida se había desplomado. Y para mí que vivo más en los recuerdos que en las esperanzas, era como si hubiese muerto la mejor parte de mí mismo.

Y allí, mucho más cerca, estaba ese servidor que por mí había dejado las vecindades del gran desierto. Pero, solo cuando callábamos yo sentía que desaparecían las barreras de raza y de casta entre nosotros. Y por eso nuestras palabras no eran sino los ecos de aquel largo silencio en que vivíamos sumidos y en que acabó de ane-

(1) Rosch-Haschana o sea el año nuevo hebreo, cae hacia el 26 de Septiembre (J. Tisri).

garse el pobre hijo de la esfinge, el día que acompañé yo solo sus restos a un cementerio de París. ¡Pobre hermano humilde! ¡Querida alma, que esa noche vibraba tan cerca de la mía y de quién yo me esquivaba sin embargo, para trepar solo a mi torre de nostalgia, prisionero de mi propio destino!

Ignoraba yo la hora, pero un lejano estallido de petardos y sus luces multicolores que se desparramaban entre el firmamento, del lado de Gálata, me hizo comprender que ya éramos viejos de un año más. —«Vida sobre mí»—me dije a mí mismo en la invocación sarracena. La obscuridad hacía medir más el frío, y casi me alegré cuando una voz familiar vino a interrumpir mis divagaciones y vino a perfilarse sobre el cielo, una figura vestida de blanco.

—Señor: acabo de reanimar el fuego: Sidi, sobaye yakdem—dijo Zahir, echándome un albornoz sobre los hombros.

Y tristemente, con esa resignación infantil que debía conducirle al gran frío, y que a mí me parece ahora un reproche:

—Soughouk ediyor effendim—agregó:—Hace frío, mi Señor, tanto frío!...





En una mañana de esta Primavera

...«Se detuvo, como si el patio no fuese lugar bastante seguro. Nosotros temblábamos de ansiedad. Yo sentí que una revelación iba a pesar sobre mí, prodigiosa, iluminando los misterios. Al fin el hombre dijo como un murmullo triste de agua corriendo en la sombra»:

—«Anochecido volvimos al sepulcro. Miramos por la hendidura; la faz del Rabi estaba serena y llena de majestad. Levantamos la losa y sacamos el cuerpo. Parecía adormecido en los paños que lo envolvían... José tenía una linterna; le llevamos por el Gareb, corriendo a través de la arboleda».

Interrumpí la lectura y quitando los ojos del libro, miré por primera vez. Absorbido en aquella versión que da Eça de Queiroz de la muerte del dulce Nazareno yo había atravesado como un sonámbulo, el arenal salvaje y en fuerza de la costumbre cotidiana, había venido a sentarme allí, sobre los guijarros pulidos por las mareas.

Y me parecía despertarme de una larga noche, encontrándome de improviso en aquella mañana del país incásico, viendo relucir el mar bajo el cielo resplandeciente e inflarse y azularse las velas de una barca. Un silencio tenue me envolvía en el vapor de esa hora y yo no distinguía aquí

y allá, en toda la extensión visible de las aguas, y de las dunas, sino algunos bañistas indígenas como hechos en el molde grosero y de la misma arcilla rojiza de sus huacos.

«Al pie de la fuente encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos:—Es un hombre de Joppé que enfermó y al cual llevamos a una sinagoga. La ronda dijo:—Pasad. En casa de José estaba Simeón el tésenio, que ha vivido en Alejandría y conoce las virtudes de las plantas. Todo estaba preparado... Extendimos a Jesús en la estera; le dimos a beber los cordiales y esperamos rezando.»

Unos ladridos me habían vuelto a hacer alzar la cabeza, y delante de mí, precedida por un gran perro blanco que saltaba alegremente, pasó una pareja de indiecitas. Una de ellas, la mayor, llevaba a la espalda, un niño, y la otra apretaba contra su pecho dos perrillos negros todavía ciegos, que jadeaban quejumbrosamente.

Distraído las ví detenerse y avanzar al encuentro de la ola y, antes de comprender, un impulso maquinal me hizo ponerme de pie agitando los brazos.

—¡Eh, no, aquí, no; más lejos!

Sin embargo yo nunca había asistido a una escena semejante. ¿Cómo sabía que aquellas cholitas bajaban hasta el mar para ahogar los dos perritos recién nacidos?

Una zozobra irrazonada, haciendo refluir la sangre, me había cerrado el corazón, y volví a mi sitio y a mi libro, con el malestar de que aquello hubiese podido sobresaltarme.

«¡Ah! Sentimos bajo nuestras manos enfriarse el cuerpo. Un instante abrió lentamente los ojos. Una palabra salió de sus labios. Era vaga; no la comprendimos. Parecía que invocaba a su padre y que se quejaba de algún abandono. Después le recorrió un estremecimiento; en las comisuras de su boca apareció un poco de sangre... y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemus, el Rabí quedó muerto!»

Toda la majestad de aquella ficción sagrada, había reulado para mí. Y yo sufría una emoción más humana, que me venía de muy cerca y que

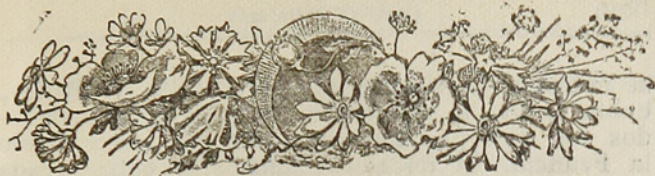
me hizo buscar ansiosamente a mi alrededor. Y entonces fuí presa de una verdadera cólera mezclada de angustia y de impotencia. Las sacrificadoras habían ido a detenerse a algunos pasos y habían cumplido casi su obra. El agua se retiraba y el gran perro blanco se acercaba a olfatear gravemente, sobre la playa ya en seco, los dos pequeños despojos que rodaban envueltos en espuma y arena y de los cuales se exhalaba ese quejido último que tanto se parece al primer vagido. Después los alcanzó otra marejada; pero volvió a dejarles al descubierto. Las dos muchachas y hasta la criatura que una de ellas cargaba, miraban con una curiosidad casi religiosa. Y cada vez, como si también me ahogara, yo sentía suspenderse mi respiración ante ese drama del momento, ese debatirse de dos seres tan inofensivos, y tan indefensos, que estaban todavía a igual distancia de la vida como de la muerte, puesto que con solo un movimiento yo podía recuperarlos.

Y nunca el misterio de la existencia se me había aparecido más sobrecogedor en su sencillez: Pensaba que podría suprimirse por igual medio a aquellos niños de una raza llamada al anonadamiento y que seguramente se les evitaría las miserias de una suerte indecisa. Me sentía a mí mismo, instrumento de una voluntad obscura, capaz de detener o de empujar al destino—un harto pequeño e implacable destino—y no queriendo o no pudiendo hacerlo. Capaz, yo tan desamparado, de proteger a mi vez, aunque fuera a esos cachorritos. Y me los figuraba salvados, arrancados durante algunas mañanas al No-Ser, creciendo, haciendo cabriolas como aquel perrazo blanco, demostrando por sus ladridos el placer de vivir una primavera más junto al vaivén eterno del mar.

Mientras me desnudaba para el baño, procuraba apartar la vista porque los sentía todavía allí, juguetes del reflujo que los desdeñaba cada vez, perezosamente; trataba de no distinguir el grito imperceptible de agonía; volvía el pensamiento a aquel exhalado desde una cruz y que nadie había oído tampoco, cuyo eco seguía penando por el vacío de la nada. Entonces, junto con sumergir-

me en el agua mortal y vivificadora, recibí contra los lomos ese ramalazo con que se exalta en nosotros la sensación de la salud, de la vida, y de la fuerza. En torno mío palpitaba hasta lo infinito el espejeo del mar. Un cóndor se cernía en los aires, como bañándose también en el azul. Empujado por el hálito de la primavera, el velero blanco parecía haber puesto la proa hacia el sol. ¿Qué rastro quedaba sobre la playa dorada, ni qué sombra? Ciertamente, toda piedad era vana y todo pesar estéril...





Pasan y se alejan

Hay tablados y orquesta y bailes en los carrefours. El Hotel de Ville ha encendido todas sus luminarias y en los grandes boulevares, lo mismo que en la rue Monffetard—por la cual se interesaba Víctor Hugo desterrado—desde la butte Montmartre, hasta la montagne Sainte Genéviève, el pueblo de la Bastilla, celebra su aniversario. La escarapela tricolor flamea en todos los pechos; en cada poste del alumbrado, el monograma de la República Francesa, y hasta los forasteros nos sentimos contentos de que haya un 14 de julio en el año y un París en el mundo.

Y mientras atravesaba solitario esta noche, el casi desierto jardín de las Tullerías, con la vista fija en los cohetes que se desparramaban en el cielo, allá del lado del Sena, he recordado la manera que tuve de celebrar esta fiesta, hace siete años, en un país que no volveré a ver.

Era un puerto de la costa peruana, apenas señalado en los mapas, árido y como perdido entre las arenas, junto al Océano Pacífico, y un joven matrimonio que, lleno de fe en el porvenir, había ido a clavar allí como una bandera,

la muestra de su almacén: «La Ville de París», había tenido la ocurrencia de congregarnos a todos los que podíamos recordar en cierto modo la Francia. El tricolor flameaba, y entrecerrada la puerta, daba a entender que por un día, de trabajo para todos y para nosotros festivo, no se estaba dispuesto a ser comerciante sino a medias, y que a la exhibición cotidiana del mostrador se sucedía la intimidad de la trastienda.

Se han fijado en mi memoria los incidentes de aquel ágape, a veces interrumpido por uno que otro comprador que era preciso atender. Y con las mejillas en fuego por el buen Bordeaux que se habían destapado, el patrón pasaba al almacén, donde debían estallar indecorosamente, a pesar de que bajábamos la voz, los ecos de nuestra alegría.

Y sin embargo no éramos muchos, pero yo he observado que donde una docena de comensales haría falta para suministrar la zambra necesaria, seis franceses con seis botellas se bastan. Y no importa la edad, porque en la mesa, todos los franceses tienen veinte años.

Y justo había seis, y si el matrimonio de parisienses era joven y muchacho el bretón Dolmen, el normando Allemand tenía cincuenta años, el lorenés Grillot sesenta y cinco y ochenta el pere Lecussan, que representaba él solo el Midi. Juntos los tres decanos, ya sumaban como para hacer una vida, una muerte, y un olvido.

Y fueron singulares evocaciones en los postres de ese como banquete de despedida, cuando con los ojos anegados en las copas y casi sin escucharse los unos a los otros, cada cual contaba la olvidada historia y cantaba la canción pasada de moda, acompañado por la orquesta del Pacífico, en esa noche del semi-invierno tropical. Primero habían hecho romper el fuego al bretón, que era como el mousse junto a aquellos veteranos, y habíamos tenido el repertorio de Botrel; pero poco a poco cada uno quiso tomar parte y oímos el «Sire le roi, veut tu m'donner ta fille, Rataplan», el «Vous n'aurez pas l'Alsace et la Lorraine».

y después, las alegres galejadas que parecen notas de cristal o de timbales:

Ce matin j'ai reconcentré en chemin...

Los couplets cesaban para dar paso a las historietas. Se contaba de Pondichery, un país como éste, de charcas y arrozales; se contaba de China, de Siria, y lejana, lejanamente, de la Francia, cuyo solo nombre humedecía los ojos y hacía temblar la voz. Y lo admirable era que, como si una embriaguez de esperanza alucinase a todos esos expatriados—que ya tenían mujer, e hijos, de otra raza, que no sabían nada de la patria, desde hacía cuarenta años, desde hacía medio siglo, antes de Magenta, antes de Sedan y la Comuna, que ya nada familiar encontrarían allá aunque volviesen—lo admirable era, que todos proyectaban gravemente ese vago regreso, y los demás, sin reirnos, les dejábamos decir y nos enternecíamos sobre la suerte, que tal vez se nos reservaba semejante, a nosotros mismos.

Trabajados por la vida, hablando ya de recuerdo la lengua, evocando una Francia que nosotros no hemos conocido, simplemente porque se ha transformado ¡oh si eran conmovedores esos viejos, con su ilusión gastada siempre tenaz y tan infantil! Y yo he oído pocas cosas que me hayan sacudido más, que el coro que, vibrantes de emoción, formaron sus voces, sobre el ruido del mar lejano, en el momento de la despedida, cuando tomados de la mano y de pie en torno a la mesa, entonamos, ellos los primeros, las arrastradoras palabras mágicas:

Allons enfants de la patrie
Le jour de gloire est arrivé...

¡Ah! Sí; pobres niños viejos de la vieja patria, el día de la gloria había llegado y había pasado... Y ahora en el caserío extranjero y silencioso, debíamos dispersarnos friolentemente, en la vida oscura, bajo el soplo del terral, al lejano llamamiento siniestro del Gran Océano.

Y héteme esta noche, entre las luminarias y las bengalas de París, tan lejos de aquel pequeño puerto y de aquellos amigos. ¿Dónde están ahora? Han pasado siete años y el bretencito, que era un niño, tal vez haya logrado volver a su Bretaña; tal vez el matrimonio de parienses, a esta misma hora, esté reunido en la misma trastienda, como haec siete años, al rumor del Pacífico; pero son siete años los que han pasado, y los otros, los viejos, eran tan viejecitos ya, que no puedo figurármelos congregados para el Aniversario, sino en un punto muy incierto y muy remoto, a orillas de un mar silencioso, que no conduce a ninguna patria...





El sueño de la noche de otoño

La misma tinidez desgarbada, el silencio lleno de efusiones reprimidas y tumultuosas; y ella allí a su lado, mucho más precoz en coquetería que ese gran muchacho, adelantado en tristeza; encontrándole casi ridículo y halagada ya, sin embargo, como una mujer, por su amor y divirtiéndose en desesperarle, sin embargo; aspirando sus sentimientos, como el perfume de una flor que después se deja caer; desvanecida de juventud, como si la vida le reservase otros muchos tesoros y como si aquél no fuese un momento único, para los dos.

Así volvía yo a ver, a sentir y a revivir en el pasado desvanecido, que parecía estar allí, al alcance de mi mano, hasta hacerme creer que toda mi vida de después, había sido un sueño.

Pero el sueño era ese. Yo despertaba, volvía difícilmente a la realidad. Y era yo, en país extranjero, ya de vuelta sobre este camino de la vida, que he hecho solo y donde no he encontrado nada, era yo mismo el que acababa de soñarme a

mis dieciseis años y en mi primer amor, allá en la tierra lejana donde nacimos y donde tal vez no volvería ni siquiera para morir...

*
* *

Se llamaba Emma, era morena, tenía grandes ojos negros y la boca como esos claveles de Diciembre, tan ligados a mis recuerdos. «Se llamaba», «era», «tenía», palabras con la infinita melancolía del pretérito y de lo ignorado en que hemos vivido uno del otro. Hoy estoy lejos; hoy es tarde. ¿Cómo será ella? ¿Dónde estará ella? Formas nuevas de la misma vieja materia renovada, pero que se encuentran acá abajo, en la primicia de su belleza y que se buscan instintivamente; eterno, refrigerador milagro, que se ha repetido millones de veces, durante los miles de primaveras en que ha florecido esta gastada tierra. Y después el otoño, los que se pierden en la bruma. Y después, eternamente, la nueva primavera con los nuevos amantes y sus amores.

*
* *

Se llamaba Emma; después he aprendido y repetido otros nombres, nombres de cualquier idioma, de amigos que me amaron y de mujeres a quienes creí amar. Eran blancas o trigueñas, tenían los ojos aterciopelados o azules, pequeñas almas espigadas a lo largo de mis revueltas caprichosas, que hicieron que por un momento su tierra fuese mi tierra y nuestro cielo, su cielo; que lograron hacerme olvidar por un momento que yo debía repartir incansablemente... Yo he olvidado algunos de sus nombres, yo no sabría dónde buscarlos, puesto que se han evaporado de mi corazón. Pero, cicatriz gravada en la corteza fresca y que ha crecido y envejecido con el árbol, el de ella, su nombre, solo él ha quedado indeleble como un Sésamo escrito sobre la losa de mi adolescencia...

Y yo recuerdo pequeñeces y como en mi sueño de anoche, todo un mundo de seres ya idos se levanta en torno de ella y de nuestra esperanza de un día: la anciana que me crió y que soñaba tal vez bendecir nuestra unión; sus hermanos, que yo miraba como míos; otros paisajes y otro tiempo sobre todo, en que las mañanas eran sin duda más vivificantes y los atardeceres más cargados de ensueño...

Yo recuerdo el color, la forma, de un gran sombrero que ella llevaba y que ya no veremos sino en los retratos de aquella época. Recuerdo una música que ella tocaba, como para adormecerse, sin luz, en las horas del crepúsculo, cuando sus ojos parecían más profundos. ¡Oh, lo que yo he presentado, anegándome en esa sombra de sus pestañas, oyendo tintinear sobre el teclado y al compás de la música, los dijes con que, a la moda de entonces, estaba adornado su brazalete y entre los cuales una pequeña llave que yo le había ofrecido sin una palabra! Una especie de embriaguez me transportaba entonces no sé a dónde, a un mundo que yo creía reconocer y que no ha vuelto a ser accesible para mí; una gran melancolía de las cosas que se iban y que, en mi extrema juventud, era más bien ya una predestinación...

¿Por qué no se ha cumplido nada? Recuerdo el descorazonamiento silencioso de una noche de año nuevo, que yo había estrenado un traje nada más que para ella, que había dejado a la abuela, por la primera vez sola en ese velada tan íntima, y que volví a mi casa antes de haber llegado a la fiesta, a desvestirme y a encerrarme a llorar como un niño que era, y sin saber por qué, ni nunca lo he sabido... Recuerdo la como puñalada, otra noche, cuando me pareció ver en otras manos, uno de esos mismos rojos claveles que yo le había entregado temblando...

¡Por qué no ha sido! ¡Por qué no ha sido! Ella habrá vivido tal vez su vida de amor y de realidad, toda la vida en fin, mientras yo he rodado como una de tantas piedrecillas que uno encuentra en alguna playa y que vienen de no se sabe

dónde, que quién sabe qué resaca va a envolver y arrastrar. En la desnudez helada de mi pieza, cuando me he convencido esta mañana, que había sido nada más que un sueño, que ella y mis esperanzas y mi juventud, todo ha sido un sueño, he vuelto a llorar como esa noche sobre mis pobres galas de baile; pero con la pena ya inútil, de antemano resignada, desde largo tiempo vencida, de las cosas irrevocables, de lo que ha sido nuestro destino y lo que ya no seremos nunca, nunca, nunca...





Sombras y reflejos

Una mañana, al descorrer la gran vidriera, para que el cielo azul alegrase mi trabajo, ví contra la luz la huella de un pie descalzo, sobre el piso de la verandah. Era una plantilla estampada con polvo del camino y humedad del rocío de la noche, que se acentuaba en el pulgar y se contorneaba delicadamente, que aparecía redonda en el talón, como si casi estuviese coloreada. Y era de mujer, porque solo las mujeres peruanas tienen el pie tan pequeño, y era de indígena, porque sólo ellas lo llevan desnudo.

¿Por qué sobre el parquet encerado, una traza tan leve, bastó para distraerme de mi trabajo? El sol, que inundaba los arenales salitrosos, que cabrilleaba en el mar a lo lejos, la acentuaba y la hacía incómoda casi como una presencia, como si alguna Cenicienta hubiese dejado durante la noche, para el Príncipe que Busca, la marca de su pie, que sin dificultad podría calzar la chinela de cristal.

Yo he amado los pies hermosos y la gracia felina que comunican cuando van desnudos, a la

figura esbelta. Y a tal punto, en el oriente—en el Ceylan de las grandes florestas, voluptuoso como esta comarca árida, pero caldeada por el mismo sol, que aquí y allá ha sido adorado por sus hijos—de tal modo, yo me había habituado a verlas marchar las mujeres, con una seguridad elástica, como si a cada paso el contacto de la tierra les fuese devolviendo la fuerza que les toma a cada paso, que para volver a gustar de la coquetería parisiense, mostrando entre el fru-fru de la seda, la estrecha botina de alto empeine, con sus tacones como para un minué, tuve que volver a civilizarme...

Yo he amado los pies como las manos; pero, sobre todo, ¿por qué no confesarlo? yo amo la sombra de las cosas, sobre todo en este país de saciedad, donde uno no vive sino por los sentidos y donde se posee todo... excepto la ilusión.

Yo he amado la sombra de las cosas y esa otra sombra luminosa que se llama su reflejo. Y por eso tal vez, en mi corazón, hecho de ansia y de nostalgia, sólo el recuerdo de uno que otro ser no está empañado también por el desencanto y el cansancio: seres y cosas que pasaron al mismo tiempo que yo pasaba...

Yo recuerdo una noche que me paseaba bostezando por los pasillos del Olimpia. Daban el último acto de no sé qué plato del día, de esos que reúnen a un tout-París, en el que la bailarina a la moda es española, el transformista, italiano, ruso el escenógrafo; zíngaro el músico, y el público, cosmopolita. Mi cigarrillo oriental, quemaba bien en aquella atmósfera compuesta del sonido de todos los idiomas, del perfume de todas las carnes, y del resplandor de todas las piedras. Las puerfecillas de los palcos, estrechas y numeradas y próximas las unas a las otras como en los hoteles amueblados, giran todas súbitamente, como impelidas por un solo resorte, para dejar escapar las parejas, y entonces la ví por la primera vez. Durante algunos minutos, bajo las arañas y sobre los tapices, no fué sino un desarrollarse de trajes de sarao, con sus colas onduladas escamadas de lentejuelas que, a espaldas de sus dueñas, parecían

parpadear y fascinar y llamar todavía, como otros tantos ojos de fuego. Entonces la seguí, ya que iba sola. Los grandes abanicos no hacían sino enviarse los unos a los otros, los relentes asfixiantes; los hombres, medio divertidos, medio incómodos, eran arrastrados a pesar suyo en aquella cauda; entonces la distinguí a lo lejos, a la que me parecía desear desde mucho tiempo. ¿No era por ella que había venido a Europa, a París, a esa velada, que me había quedado hasta la caída del telón? La buscaba a ella, la había esperado y ahora iba a reunirmele, aunque seguramente no hay nada más difícil de seducir que las mujeres fáciles. Los garzones se apresuraban a quitar del paso las mesitas y las sillas del café-concierto; los grandes espejos reflejaban el tumulto, el desembocar al vestuario. Y en torno de las acomodadoras, volvió a alzarse la babel de las voces, mientras todas las formas femeninas iban disfrazándose unas a otras, de las mismas salidas de teatro, más o menos opulentas o ajadas, ocultando fantasías o miserias, flores en botón y rosas que dejaban caer ya sus pétalos; entonces la descubrí otra vez, por la última, como si hubiera conocido de siempre su capa rosada. Los amplios batientes se abrían grandes sobre el boulevard, que alargaba sus asfaltos relucientes de lluvia y donde esperaban los carruajes lujosos y los seres vergonzantes; entonces la perdí de vista, en un parpadeo, como se me había aparecido, como si hubiese perseguido una quimera.

Cuantas veces he vuelto a París, he recorrido los pasillos del Olimpia, he aguardado junto a los anuncios, la desbandada del enjambre, hasta que el boulevard se queda gracioso y solitario; entonces me decidía a irme yo también, con el alzacuello levantado y las manos en los bolsillos, escudriñando ansiosamente el rostro de cada buscona que me detenía en cada esquina...

*

* *

En un pueblo de Italia, vi los ojos azules de otra

de las mujeres que no he vuelto a ver. Se acompañaba de una extranjera, y yo que las seguí, llegué a ser el amigo de su amiga, pero nada más que por ella, por quien no me atrevía a preguntar y a la cual esperaba ver llegarse cualquier día, hasta la casita que habitábamos. Un día partió mi querida, la víspera de mi partida, y cuando yo mismo estaba ya en el tren, supe por mi criado, que una mujer de ojos azules había estado a buscarla; ya demasiado tarde, había preguntado por ella y había preguntado por mí...

*
* *

...Ciertas mujeres que pasan, siempre, que pasan y a cuyo contacto sentimos la chispa magnética que podría resplandecer en nuestra vida... Todavía en una ciudad italiana, una joven me detiene, a mí, forastero, para preguntarme su camino. Y yo no he visto sino el resplandor de sus dientes, cuando ha hablado, el brillo de sus ojos cuando calla, la blancura de su mano cuando da las gracias. Va vestida como una pobre y parece una princesa; y estúpidamente enclavado en la acera, mientras se aleja, mientras pasa, pasa, pasa, empujado por los transeuntes, yo no veo todavía sino la brevedad de su pie y el primor de su talle. Y yo sé ahora, pasados tantos años, pasados como todo pasa, que hay un punto del mundo, donde se me figura que si vuelvo, una joven vestida como una pobre y que podría ser mi princesa, va a detenerme para preguntarme su camino.

*
* *

Ese medio día, al volver a mi taller y mientras trabajaba, buscaba maquinalmente algo que no recordaba lo que era, y sólo en la noche, al cerrar los ojos, pensé que el viento y la luna, debían de haber borrado la huella de aquella pisada...





La habitación y el huésped

Vieja habitación, obstruída con esas cosas de nuestro ayer, llamadas viejas por nosotros que tan pronto no seremos; el sol las mostraría lamentales, deshechos de playas y de jardines lejanos, conchas y flores y retratos; pero se han velado los vidrios bajo la ceniza del crepúsculo, y tan delicadamente que parecen ellas, de la única manera posible, revivir en el recuerdo de su dueño.

Y ese candidato a anciano, que se inclina para distinguir en la penumbra, es nuestra imagen de todos, condenados a la dulzura implacable de las evocaciones, a sentirnos desaparecer un poco cada día, en los seres y en las cosas; a hacer de tiempo en tiempo, como el inventario de lo que ya no somos, las primaveras y las mañanas idas, las bellas aventuras lejanas, y los que nos dieron y a los que dimos algo. Viejo cambalachero del tiempo, que trueca sonrisas contra lágrimas: ¿hay algo en el fondo, algo más irremediable que vivir?

En torno mío, un reflejo o una sombra, una brizna, como un perfume que se desvaneciera, de cuanto yo he amado; de un país una hoja seca; de todo un mar, una pequeña piedrecilla pulida por las

olas. Y bajan en multitud desde la techumbre, mis amigos de tantas partes, los que yo no he de ver más, por la vida o por la muerte; figuras exangües entre la obscura barba árabe y la banda del turbante como una venda de herido; grandes ojos más profundos entre el marco de una cabellera; gentes que tuvieron en el mundo un nombre, que solo yo pronuncio hoy en mi corazón, como si lo leyese sobre una lápida.

¿Dónde están ahora? Tristemente me miran, como implorando de mí un rescate, una redención imposible. Y yo que los amé, y por ellos, a ciertos rincones de la tierra y de mi vida, nada puedo hacer en su favor; ni siquiera sé dónde podría ir a reunirlos, ¡tanto el Más-allá es inextricable como la existencia, tanto pasamos uno al lado del otro para perdernos cada cual en la misma separación sin término!

Sin término. No queda de ellos, más que estas pobres reliquias; que no nos hablan sino a nosotros, los postores de la muerte; y mañana cuando mi habitación haya cambiado de inquilino, entonces querrá decir que esa marea, que sube con la tarde, al amanecer habrá borrado hasta nuestra huella.





Pasaban y pasábamos

(A MON DAUPHIN)

El tren refrenaba la marcha, cuando Franz comenzó a despojarse de su guardapolvo. R

Frente a él, la madre y el niño se habían adormilado por la trepidación incesante, por el crepúsculo y la semi-obscuridad que reinaba ya en los wagones.

—Nini—llamó él, ya de pie.

Ella abrió los ojos y su rostro un tanto abotagado, se rejuveneció con el destello de las pupilas verdes, magníficas. Toda la actitud de abandono y casi de postración, había desaparecido, y el busto alto y firme, se erguía como surgiendo de un encantamiento.

—Hacemos alto para comer—explicó Franz—y voy a dejarla en el buffet con Delfín. Usted me excusará, pero yo prefiero mientras tanto, dar una vuelta por el pueblo.

El niño se espabilaba también y miraba deslumbrado la estación en que habían penetrado. La animación del buffet contiguo, llegaba como

un contraste hasta el convoy polvoriento y amodorrado.

—Tampoco quisiera comer—dijo ella, bostezando apenas—y Delfín se pasará con alguna fruta... No se preocupe de nosotros.

La voz era tranquila y un tanto metálica. Al rededor de ellos, se había hecho el vacío. Sobre los asientos no se veían sino las manchas cenicientas de los periódicos abandonados y de las capas de viaje. Alguien gritaba a la cabeza del tren.

—Tenemos cuarenta minutos—repitió Franz, dirigiéndose a la salida.

Pero una vez en el andén, ante la ventanilla en que se encuadraban las cabezas de la madre y del hijo, tuvo como una vacilación. El niño se había precipitado a la plataforma con una exclamación ansiosa:

—¿Voy también, Niní?

Y él y ella, respondieron simultáneamente:

—Anda.

—Ven.

Cuando tuvo en su mano la pequeña mano, Franz la oprimió dulcemente, apresurando la marcha. Una gran intimidad parecía unirlos a los dos, y sucedía así cada vez que se encontraban fuera de la vista de ella. Sin embargo, no era nada de Franz ese niño, y por él sin embargo, por no separarse de él, se había casado con su madre. Niní misma no había obedecido a otro sentimiento que al de darle como protector, al pobre bastardo, ese amigo que lo había visto crecer, que lo amaba como suyo, al cual por una extraña predestinación, hasta se parecía físicamente y en cuya lealtad confiaba más allá de las palabras.

—¿No tienes hambre, viejecito?—preguntó Franz sin acortar el paso.—Compraremos algo en una tienda donde yo iba cuando tenía tu edad.

Discurrían en francés, naturalmente. El niño miró sorprendido a su gran amigo, porque no le había oído hablar de su infancia y nunca se figuró que ese pueblo de paso y de acaso fuese el suyo. Venían desde tan lejos, de la Guadalupe, donde Delfín había nacido y donde se habían conocido todos. Iban al viejo continente, para edu-

carle, y habían escogido la vía del canal y del estrecho, para prolongar la navegación, por su salud. Al llegar a la interminable costa chilena, habían abandonado el vapor para variar, y la recorrían paralelamente por tierra, para volver a tomarlo en alguno de los puertos del sur. Y ahora, lo que no parecía sino un encadenamiento de casualidades, confinaba al lugar donde Franz había vivido sus primeros años.

La calle que seguían era ancha y desierta, alfombrada por las hojas de los castaños que juntaban arriba sus ramas; un hilo de agua cristalina corría a lo largo de la cuneta; las casas estaban casi todas cerradas y el paso de los dos transeuntes resonaba como algo insólito. Instintivamente el niño criollo, se pegaba a su acompañante, con una sensación de frío, en aquel país austral. Y Franz recordaba también, a pesar suyo, el súbito caer del día en los trópicos, que salva sin transición, ese paso siempre penoso de la luz a la noche; recordaba sus paseos con Delfín por la isla, la evaporación tibia de la bahía y la gran obscuridad sin penumbra de las alturas enmarañadas de helechos.

Durante diez y nueve años, no obstante, Franz había soñado con ese pueblo quieto, que no le veía pasar ahora y al cual no cedería una mirada. Su fisonomía esencial no había variado y reconocía sin trabajo hasta sus fachadas, hasta los cruceros grabados en su mente. El agua los seguía siempre, dócil y silenciosa. Allí había disfrutado sus únicos años apacibles; ese pequeño rincón de un país perdido, donde le trajeron de siete años, y del cual salió de trece, era lo único que habría podido darle la idea de una patria, que nunca había tenido.

Y tratando de arreglar su paso al de ese niño extranjero y ajeno, que era toda su familia y su razón de ser, el viajero recorría su pasado más que otra cosa: la madre zíngara y el padre austriaco, la venida a América, el molino viejo. Después, la partida otra vez a Europa ya solo, su entrada a un internado, las noticias distantes y tardías, la

madre que había muerto al dar a luz, el padre que se había suicidado. Nada quedaba tras ellos, sino las ruinas del molino. Sus estudios cortados; su existencia aventurera; su llegada a las Antillas, al azar de una jira de teatro; su deserción y su arraigo. Y había vivido años en Basse-Torre, sin otra amistad que la de esa criatura que veía desarrollarse, visitando de tarde en tarde a la triste abandonada que le dió el ser y a la cual llamaban ambos: Niní. Un día realizada su fortuna, comprendió a pesar de todo, que la vida podía reservarle algo todavía, que era preciso volver a ella. Y como sin el niño no habría sabido decidirse, como la madre no tenía tampoco sino él, espontáneamente se les ofreció como una conciliación, la idea de su enlace.

Desembocaban en la plaza. Ya había anochecido y una banda, escondida en un kiosko, tocaba una música sin sentido. La aguja de la iglesia sobresalía entre las altas copas. Franz recordó que esa torre tenía un reloj y consultó la hora: apenas habían transcurrido cinco minutos y en otros cinco estarían en el Molino. Entonces se le ocurrió mezclarse, como hacía tantos años, con esa concurrencia que paseaba lentamente entre los jardines y bajo los árboles, que no lo conocía y a la cual él no reconocía. Un sendero había allí entre platabandas de boj, por el cual siempre se le había figurado, cuando iba hacia la fuente, que pasaría un cortejo fúnebre. Y el hombre y el niño, hendieron la multitud para atravesarlo.

El silencio rural volvió a sobrecogerles apenas traspuesto el reducido cuadro de animación—una animación fantasma—donde parecía haberse concentrado toda la vida del pueblo estacionario. El agua volvía a seguirles indolente e incansable. El niño no había soltado su mano. Un momento penetraron en una panadería que brillaba como un ascua e inmediatamente reanudaron su peregrinaje.

Al fin de la calle no había sino el campo, una especie de arroyo sonoro y una alameda mecida por el viento y cuyas veredas se veían violáceas. Tras ellos se habían encendido, cristalinas y ver-

dosas, las luces de la población; arriba las estrellas; y el canto todavía débil de las ranas, parecía el ruido de sus titilaciones. Una masa oscura dominaba sin un fuego, el camino. Franz lo cruzó con el niño y fué a dejar caer un pesado aldabón sobre una puerta cerrada.

Tardaron en abrir. Al fin rechinó el cerrojo y un hombre con un farol los acogió en el umbral. Parecía sencillo y confiado, y cuando descubrió su cabeza, vieron que tenía los cabellos blancos.

—Soy el dueño del molino — dijo brevemente Franz en español.—¿No me recuerda usted por azar?

—Su niño es igual a lo que usted era—dijo el campesino sin sorpresa y casi con simpatía.—Yo servi a su padre y ahora guardo el molino que para nada sirve.

No había preguntado nada, como si fuese natural volver furtivamente a través de la distancia y el tiempo, desde el lejano pasado, hasta el molino en ruinas. Tal vez él mismo, que nunca había dejado el terruño, no tenía una noción muy clara de lo que es este sueño de la vida. Tan presto se vive, como se muere, parecía decir su luz temblorosa, guiándolos por los corredores largos y helados como claustros.

—No quiero sino subir al primer piso, para mostrárselo al niño—manifestó Franz.—Apenas si tenemos tiempo. Permítame usted la luz.

Subieron la escalera que crugía y se quejaba. Franz se detuvo a la mitad.

—Aquí donde falta un tramo, me caí y me disloqué una rodilla; ves, viejecito y acuérdate para poderlo recordar después contigo: este es un clavo en el que mi padre colgaba una linterna. Espera, aquí debe haber una puerta que me apretó un dedo. Pasa la cabeza por ese agujero: mi padre lo hizo para permitirme mirar al patio sin subir sobre la balaustrada.

Y el patio se veía abajo, cuadrado y desnudo, con algunos naranjos y un leño por tierra, que debía de servir de asiento; el mismo patio que habían visto sus ojos de niño, mientras la madre bo-

hemia encendía los hornillos en la cocina embalsada.

—Vamos; no nos queda tiempo.

Descendieron aferrándose a la rampa y sólo una vez abajo, quiso pensar Franz que no había visitado la alcoba trágica. Por otra parte, era preciso apresurarse; algo prefería volver a ver más que eso. El portón se cerró tras ellos y otra vez se encontraron en la carretera polvorosa, donde se enseñoreaba ya la noche.

Habían contorneado la fábrica y llegado a la presa, por donde inútilmente ahora, corría, corría el agua. ¡El agua, el agua! Franz y el niño, tomados de la mano se inclinaron en la sombra. ¡Cuánta agua habrá pasado bajo el arco roto de la esclusa! — pensó Franz irónicamente. ¡Cuántas veces no la miré perderse en su bóveda! —concluyó en alta voz... Y a escape, comenzaron a desandar el camino, hostigados por el miedo de que aquel tren, donde una mujer esperaba, pudiese proseguir sin ellos, su marcha hacia lo desconocido. Ahora el agua que los había acompañado, parecía huir de ellos, y la plaza, silenciosa, había quedado desierta.

—Delfín—suplicó Franz sin detenerse.

El niño levantó hasta él sus ojos azules tan semejantes a los suyos.

—Quería pedirte que no dijese nada a «nadie»...

—Ya sé—dijo con convicción el niño.

Se habían soltado la mano y a lo lejos, entre una apoteosis de vapor blanquecino, el foco refulgente de la locomotora, les apareció como un faro de oro. El pesado convoy inmóvil se prolongaba como un muro. En una ventanilla, iluminada ya desde el interior, una cabeza femenina se tendía afanosamente hacia el camino, el camino invisible (1).



(1) Sait-on que cette «histoire», l'auteur l'avait intitulé d'abord «Le fils de Jean Orth», et qu'elle devait boucler le volume? D'ailleurs, les deux «Suites de Poemes» qui se suivent, on peut les considerer comme hors-texte.



Album de novelettes

(Palabras para canciones)

- I.—Nocturno.
- II.—Humoresque.
- III.—Lied.
- IV.—Berceuse.
- V.—Barcarola.
- VI.—Epitalamio.
- VIII.—Ritornello.
- IX.—Improntum.
- X.—Psalmo.
- XI.—Momento musical
- XII.—Rapsodia.

I.—NOCTURNO

«Essaye d'imiter les simples qui se sont couchés sous les tombes, aux pieds du pauvre petit clocher du village et qui s'en sont allés confiants sans escru'er l'abime, ni connaître les vertiges.»

Loti. Reflets sur la sombre Route.

I

Las altas horas antes del día, cuando parece espesarse la sombra y el silencio. El mar somnilocua

a todo lo largo del litoral peruano y en un pequeño patio encuadrado en la arena misma de las dunas, un hombre mira los astros y sueña.

II

Esa noche se levantaba sobre el horizonte y echaba su manto magníficamente sobre millones de mundos, uno de esos vagabundos del espacio, el rutilante huésped que ya nos había visitado en la noche de los tiempos medioevales y aun hace tres cuartos de siglo, cuando los padres de nuestros padres tenían delante de sí toda la esperanza de la vida... Mahomet forjó su cimitarra a su imagen y semejanza; Leonardo lo hizo reflejarse en su astrolabio y los hijos de los hijos de los que se ganaron con la vida la muerte, éramos nosotros, los que veíamos pasar el cometa, arrastrando en pos de sí, como una nueva nebulosa láctea, el polvo de tantas generaciones.

III

En el silencio de la hora sombría, uno siente casi la trepidación del planeta que nos conduce en medio a la flota de las constelaciones. Y como una señal a todos esos navíos, la luz de aquel semáforo, se paseaba por sobre la rada sin límites. Ahora, una nube como una garra, parecía haberle

empuñado como una pluma... Y cada uno tal vez de los tripulantes, en esta hora de soledad, tratábamos de descifrar o de conjurar nuestro horóscopo

IV

Silencio y obscuridad. Venus luce fría y desnudamente, la estrella de la mañana. El cierzo que precede al amanecer, me hace medir mejor mi abandono, y el títere que hay en nosotros, movido por quién sabe qué cuerdas, remeda maquinalmente sus movimientos de desamparo: enciende un cigarrillo para entrar en calor y coge al felino que rondaba en torno suyo, que se estremece entre sus brazos, como si él también, el pobre gato, hubiese sentido el peso de la bóveda sideral.

V

Y el pensamiento de aquel hombre condenado a morir cual la pléyade de los hombres que han visto suspendida sobre su cabeza esa misma espada flamígera, se remonta, se ensancha como las ondas formadas por una piedra arrojada en la nada para sondear el vacío. Yo pienso que ese milagroso fuego celeste, relativamente no dura más en la eternidad que mi cigarrillo en mi vida. Y entre esos dos infinitamente pequeño e infinitamente grande, siento esa vida mía, la fragilidad de este gato que mezo en mis brazos y que abarca los mundos con sus pequeños ojos cargados también de magnetismo.

VI

Hace setenta y cinco, hace seiscientos, hace mil ochocientos años, otros velaron entonces sobre la tierra, animales y hombres, dispersas lámparas que tan pronto esboza un alfarero distraído, como vuelve a mezclar la arcilla para vaciarlas en un nuevo molde. Y bajo el resplandor de los lejanos lampadarios, que se consumen en las alturas, achachados por la misma negrura y condenados al mismo aislamiento, quemaron su pinta de aceite las embrionarias lamparillas de barro, taciturnamente.

VII

Me encontraba solo, como estaría cuando El volviese dentro de setenta y cinco años, y otros aun se desvelasen para recibirlo. Pero yo contaba todavía entre esas ilusiones fugitivas, entre esas efímeras que se llaman los vivientes. Me creía en país extraño; los que estaban en torno mío, me consideraban extranjero. ¿Dónde está, pues, la patria de los pequeños hombres que no han tenido ayer y que no conocerán un mañana? Vivimos lejos de los que amamos, lugares, seres y cosas. y tampoco sabemos amar sino desde lejos, olvidar y amar, como si nuestro amor fuese únicamente una nostalgia.

VIII

Y recordaba, oyendo cantar los gallos, las supersticiones del mundo microscópico que hormiguea

acá abajo y al cual, la tiniebla amedrenta: los campesinos de Bretaña, que enganchan su carreta y esperan hasta que ese heraldo del sol—que hace tres etapas de la extensión nocturnas y la jalona con sus tres llamadas—haya anunciado por tercera vez y por fin, el alba benéfica y el desvanecimiento de los terrores nocturnos.

IX

Ahora comenzaba a desvanecerse también todo. Se esclarecía el cielo progresivamente en una mise-en-scène sabiamente graduada. El mismo soplo que había hecho titilar el firmamento y desprenderse las estrellas fugaces, como flores de azahar cayendo en el silencioso abismo de esa noche de Mayo, las extinguía como una fiesta de luminarias, ya pasada. El cometa como que se alejaba anegado en la primera claridad, como que entraba en las profundidades de donde había salido un instante para nuestros ojos de un día. Su cauda, que trazó una ruta fosforescente, se había diluído en el éter. Un tenue vapor rosa subía imperceptible. Mi cigarrillo tocaba a su fin. Venus sólo brillaba aun como un faro inútil. Y las nubes, para nuestro pensamiento náufrago, fingían islas ahora, en el océano sin riberas de la inmensidad.

X

Y volví a acostarme, a dormirme y a soñar, a prolongar mi noche en pleno día como dentro de treinta mil noches, cuando, extinguidos los fuegos de nuestro vivac no resuene ningún clarín en el campamento, para otra vez hacer ponerse de pie a las legiones en descanso.

II.—HUMORESQUE

Yo hubiese querido nacer en los buenos tiem-

pos en que, por cada hombre en la tierra, despuntaba una estrella en el firmamento.

Yo no habría desmayado entonces, sabiendo que en lo alto, mi gemelo sideral se abría camino entre las constelaciones, y como un barco que obedece al imán, hubiese surcado sin hesitar estos mares procelosos.

Los vientos podrían haber desgarrado mis velas, roto mi timón o apagado la luz que se balancea en la proa. A veces, en las noches de vendaval, un soplo más fuerte parece inclinar hacia el mismo lado, la llama de todos los astros; pero cuando pasa la ráfaga, se ve que ellos arden siempre como señales lejanas, más allá de nuestras zozobras y por encima de nuestras borrascas.

Y hubiese arribado tal vez, guiado por mi buena estrella, hasta esa lontananza donde, en los golfos de azur, a la hora del poniente, emergen las islas de espejismos, en los momentos de perderse el sol.

Pero los astrónomos, al levantar la carta de la Sión celeste, han trazado caminos y han abierto calles y ya nada yerra al venturoso azar, ni en el cosmos, ni en el micro-cosmos. Un meridiano regula sus horas a la eternidad, el infinito está jalonado por grados y los elementos deben conciliar sus deberes entre el Réamur y el Fahrenheit; el cielo está sitiado por los cañones de los telescopios, y ¿cómo, pues, distraer la atención del más ínfimo asterisco, ni deducir ya un horóscopo?

No retoñará más para nosotros, la vieja fronda de ensueño, suspendida sobre la creación? A veces, cuando veo desprenderse uno de esos frutos demasiado maduros, ya no formulo un deseo, sino que contengo un temor. Si un día se marchitase el milagroso follaje, una a una se cerrasen para siempre las bellas flores!... ¡Si una noche no vié-

semos sobre nuestras cabezas sino el vacío negro y glacial como un bosque arrasado!...

Y maquinalmente busco a mis pies, las hojas secas...

III.—LIED

Yo veo partir el barco que te aleja de mi lado, como tantos seres que me amaron, vieron partir el mío, y yo sé ¡ay de mí! por mí mismo, cuán rápidamente la brisa de alta mar, enjuga las lágrimas de la separación.

Tú no me olvidarás como yo no he olvidado a cuantos amé. Sólo que he conocido después, otros países, y otros hombres y otros amores han llenado mi corazón. Tú misma ¿no viniste a ocupar el lugar de mis viejas amistades? ¡Qué nuevo amigo irá, pues, a sustituirme!

Pensábamos compartir la vida, pero aunque el camino es corto y monótono, una sorpresa nos acecha en cada recodo. Hoy es preciso separarse y que cada cual piense en el otro como en un recuerdo.

Amiga de un año: ¿quién puede responder si nos veremos más? Al partir con los ojos húmedos, me has dicho en alta voz:—Hasta luego,—y yo he repetido:—Hasta luego. Pero, alguien cerca de nosotros, ha murmurado:—ADIOS.

Adiós en la muerte y en la vida; no volver a verse o volverse a ver cuando ya no se es el mismo, viene a ser igual en el fondo. Al tutearte por la última vez, al abrazarte perdidamente, yo he pensado con angustia que, la primera vez que llegásemos a encontrarnos, tal vez embarazosamente nos saludaríamos con ceremoniosidad.

¿Qué hilo se corta, qué encanto se disipa? Sería mejor no intentar nunca reanudar el pasado. Sin embargo, nos hemos amado y quién sabe sino nos probará la ausencia, que algo por encima de nuestros desengaños, existe más allá de nuestras esperanzas.

IV.—BERCEUSE

Tu recuerdo es como un retrato que, del fondo de mi alcoba, asistiese a mis regresos a las altas horas y me viera desvestir el disfraz, entre la discreción de mis cuatro paredes, y dejar que las lágrimas confundan sobre mis mejillas el albayalde, el carmín y el beleño de las horas de teatro.

Como un retrato que yo pasara sin ver, hasta que ciertos días, más descorazonado, me echase a sus plantas y buscase su sonrisa, como se busca una pequeña luz en la costa, un amigo en el carnaval, un recuerdo entre los recuerdos olvidados.

Como un retrato que fuese conmigo en mis viajes, y que él solo prestara un aspecto familiar a los albergues mercenarios; así, después de haber sido cifra y número del montón, después de haber pasado por la tierra como se pasa por los hoteles, todavía puedo hacerme la ilusión de que he tenido siempre un hogar.

Tu recuerdo es como un muerto que proyectase dulcemente su sombra sobre mi vida y cuando yo haga mi último alto, hasta más allá de la muerte será como un sauce silencioso y benéfico inclinándose sobre un estanque desecado.

V.—BARCAROLA

I

En la áspera desolación de esta playa, yo veo partir el día con sus velas anaranjadas y entrar la noche como otro barco más furtivo y más fantástico, con su primera estrella en lo alto de los masteleros, entre la sombra azulada que parece descender por sus cordajes, estremecidos al calor frío de los aires y de las aguas. Entonces, un gran silencio, una soledad más grande se hace en la extensión del puerto y las olas mismas parecen venir en sueños hasta mis pies.

II

Hombre envejecido de una jornada, yo desnudo mi frente al mensaje que viene desde el infinito a esta hora. Mi mano hace señas y mi voz espera inútilmente el eco. El barco de la noche debe de haber traído algo para mí, sin embargo, del otro lado de los mares. Y la brisa es como un saludo y el blanco resplandor del firmamento, como un llamado y la estela en las aguas, como un camino.

III

Cada noche, Amiga, yo no sé si pienso o si sueño que me embarco en este gran velero azul, que

aparejamos sigilosamente y que pondremos la vela al primer soplo del amanecer y nos haremos a la mar. Yo fraternizo con la tripulación fantasma de tantas expediciones lejanas y con su capitán adusto. Él me ha conducido por el mundo y me ha dejado en este puerto sin abrigo; él volverá a llevarme, porque yo soy de su equipo y porque mi hamaca se mece entre las jarcias, sobre el puente húmedo, y en mi puesto de trabajo orea sus chispas de espuma y sus gotas de rocío, aquel esparavel intangible que los navegantes echamos en alta mar para pescar la luna.

IV

Amiga, amiga, mañana, al sonar la oración, al encenderse el faro, escala el calvario que domina hasta tan lejos, para percibir, la primera, en el horizonte, las velas de la noche. Dormido o despierto, ella me llevará seguramente hasta ti, a su bordo. Trata de distinguirme entre las sombras, al pie de los mástiles donde se balancean las estrellas. Que tu pañuelo tienda las alas como una paloma mensajera. Y aunque ninguna chalupa se desprenda y aunque no salte a tierra ningún remero, cuando vuelvas sola, cuando vuelvas, piensa que mi paso cansado se ritma con tu paso alerta y que juntos atravesaremos el umbral donde ya brilla nuestra lámpara.

VI.—EPITALAMIO

El la había visto crecer y ella había visto crecer el amor de él, sin que una palabra hubiese venido a turbar sus relaciones familiares. El la llamaba: «mi pequeño» y ella lo llamaba siempre: Señor.

No obstante, él no era viejo tampoco, y hasta encontraba ella, que ningún hombre podía tener su encanto grave y su ironía ligera, especie de espuma que disfrazaba su pensamiento.

Y los años llegaron y los años pasaron, sin turbarles de impaciencia. Sin embargo, ella lloraba a veces sin saber por qué, y él se contemplaba con inquietud en el espejo y volvía la cabeza con una mueca de burlesca resignación.

Un día como todos los otros, sobrevino el acontecimiento suspenso, con un extranjero que pedía la mano de la joven. Ella no se asombró ni se rebeló puesto que ese no era sino el destino de todas. Y ante la sonrisa con que el «Señor» acogió a la noticia y al recién venido, ella se decidió bruscamente.

Fué solo la víspera de los esponsales, cuando se quedaron solos un instante, que él se levantó como un sonámbulo, con su sonrisa congelada sobre los labios y que dió dos pasos hacia ella; ella esperaba tranquila que se decidiera su suerte; pero él pareció despertar de súbito y con un gesto de burla y de cansancio, volvió a sentarse y a sonreír.

ENVIO:

Nosotros no somos, tal vez, los tímidos, sino héroes fracasados. Y puesto que es preciso mi regalo en la canastilla de bodas, y puesto que yo parto para siempre, toma este poema «mi pequeño», y no acusemos sino a nuestro destino.

VII.—SCHERZO

Para mí, que he ido dejando atrás tantas tierras

—atrás porque hacia ellas se vuelve continuamente mi pensamiento—la vida y la muerte han llegado a cobrar un aspecto que no tienen para aquellos que nunca abandonaron su rincón y que ven irse o morir las cosas amadas.

Para mí, errante y solitario, las cosas idas y los que se van, los muertos y los vivos, no son sino ausentes y no son ellos, no, los que parten, sino yo el que estoy lejos. Y es muy dulce pensar que si uno volviese a alguna parte, volvería también a encontrarse con todo lo que dejó...

Más vívido mi pasado, porque mantenido por la ilusión de la distancia y por la esperanza imposible del regreso, nada de lo que ha sido, ha dejado para mí de ser: El molino que demolieron hace mucho tiempo, la abuela muerta, el amigo desaparecido, el niño ya hecho hombre; todo eso sigue teniendo una sola edad en mí, y en mí subsiste, con sus esclusas aterciopeladas por la humedad, el molino; con sus pupilas empañadas que recobran una luz tan nueva en las horas de alegría, la abuela; con su buena sonrisa que me confortaba, el amigo; con sus bucles arremolinados por el soplo de una primavera de hace muchos años, el niño. Vieja fábrica o vieja mujer, alma del compañero antiguo o pequeña alma de la criaturita que amé ¡cómo continúan en mi su vida, ahora desvanecida o transformada! ¡Cómo sobreviven en buena armonía en mi memoria, todas esas sombras de cosas y seres que ya no son!

Y experimento la sensación de que yo mismo he dejado mi imagen en alguna parte: tal vez en el agua de la presa, la corriente que venía, que viene y que volverá; tal vez en el fondo de esos ojos ya cerrados para siempre; tal vez en el corazón del amigo lejano, o del niño hoy día convertido en hombre... A mi vez, yo debo ser una

reminiscencia para algo o para alguien. Y es en ese recuerdo, mucho más que en mí mismo, donde querría volver a encontrarme tal cual fui.

VIII.—RITORNELLO

Como cuando uno se desnuda de las ropas que aprisionan nuestra juventud y este poco de belleza que se marchitará sin que lo haya acariciado el sol ¡qué dulzura de desvanecimiento en la vaguedad, cuando puede uno despojarse, en la intimidad de la noche, de todas las apariencias que disfrazan y enmascaran! El alma, congelada en el molde del personaje que representamos, refluye entonces en esta atmósfera de misterio que la envuelve y se pone en contacto, la reclusa, con los otoños de un pasado que no heredamos y las primaveras de un porvenir al que no legaremos nada.

Nada de nuestros sueños, de toda esta combinación de pequeñas fragilidades que forman un perfume y un alma efímera, el alma fantasma que pasa sin poder dejar otro retrato suyo que un espejo; delante de las profundas lunas aparentemente vacías, es allí donde valdrían las evocaciones. Y he ahí una parodia de nuestra suerte... Contemplarse con curiosidad como algo ajeno y después... inútilmente buscará nadie nuestra imagen desvanecida, ni el reactivo para hacerla volver a la superficie... Nos habremos ido con todo, para todos, y nosotros mismos no habremos podido vernos sino de reflejo, como fantasmas que somos.

Como las ideas vagas, en esta hora de abandono en que nos desprendemos y alejamos de nosotros mismos, así, pálidamente, habré cruzado yo por

el corazón de unos cuantos, con mis formas en prematura mortaja, sin escuchar yo mismo el eco de mi paso. ¿De dónde? ¿Qué? ¿Hacia dónde? Sombra chinesca palpitando un segundo sobre la pantalla y abismándose en no sé qué lontananza imaginaria.

Destino, destino. Con la palabra en la punta de los labios, nos vamos sin haberla pronunciado, y algo que encerrábamos es lo que acaba siempre por rompernos el pecho. Bálsamo que se evapora, ¿a dónde va el aroma de tantas y tantas flores muertas? Las nubes que se coloraron con el arrebol de nuestro crepúsculo, no tardarán también en disiparse y entonces, ¿quién que pueda sentir ya lo que fuimos? Como si no hubiéramos sido, como si cada jornada, con su despertar, su mediodía, y su sueño, se limitara a un juego eternamente recommenzado; pompas de jabón que quién sabe quién se entretiene en inflar, que destellan su prisma, y silenciosamente se apagan.

Y de antemano, en la hora de recogimiento en que todavía mi juventud, el pesar por la disolución de este algo nuestro, que amamos sin llegar a definirlo, y que tal vez haya sido tan ilusorio como todo.

IX.—IMPROMPTUM

Tres veces se ha encontrado en mi camino, tres veces, como los tres dobles que su mano inexorable arranca de los esquilones, tres veces me he encontrado en su camino.

Porque somos nosotros, los viajeros, los que nos multiplicamos por atajos y vericuetos. Ella espera; ella sabe que acabaremos siempre por desembocar en el crucero donde se ha instalado con sus hu-

brando con zozobra los sentidos de la lucha. La cabeza demasiado pesada tiende a caer nuevamente sobre la almohada, el cuerpo entero se niega a poner en tensión los pobres resortes rotos, los brazos sobre todo, ¡oh! ¡con qué infinita lasitud se extienden, se alargan los brazos, en una actitud de abandono supremo, vueltas hacia arriba las palmas de las manos, como para mostrar la cicatriz indeleble de yo no sé qué clavos! Indudablemente somos los descendidos de una cruz y al fin vamos a poder reposar de esa larga agonía que es nuestra breve vida. Y la palabra «yace» suena más dulce, más definitiva sobre todo, que la palabra «duerme».

Perdido en el círculo de los que te lloran, yo te envidio hermano muriente. Porque al pie de tu lecho, han quedado todas tus angustias humanas. Todavía entre nosotros, tú ya estás lejos y sobre todo, por encima de nosotros. ¡Cómo sonríen desencantadamente tus labios a la inanidad de cuanto nos preocupa y nos ocupa! Tienes la boca aun amarga y por nada quisieras ponerte en pie, revestir tu librea y volver a las filas.

Mientras un pavor irrazonado sobrecoge a algunos ante el misterio común del morir, yo pienso, por el contrario, para confortarme en los días que aun puedan faltarme, que uno llegará, un día piadoso, en que seré desocupado de toda inquietud y de todo vano ruido y en que, como una mansión desalojada por sus moradores ebrios, podré recobrar en el silencio, en un silencio sin término.

AI.—MOMENTO MUSICAL

Hay días que no parecen sino una aspiración

a la noche, días indecisos y velados. No son la jornada cansadora, áspera o ardiente; son hastiadores y tristes, breves aunque parezcan inacabables, y su solo momento de triunfo es cuando se desvanecen como un largo crepúsculo y en la noche desierta, fría, silenciosa, y negra, enciende el firmamento los faros lejanos.

El hombre que haya vivido así, entonces al cerrar la noche, se tenderá como un náufrago sobre la buena tierra, sobre la ansiada playa, de cara al cielo, con los brazos abiertos, y no parecerá sino que lo hubiesen desclavado al fin, de una cruz, y que fuera a dormir por fin, el único sueño que ya no turbará ninguna pesadilla, ni ningún despertar.

XII.—RAPSODIA

Para las criaturas que se llaman hombres, se enciende esta noche de Noel, el gran árbol de Pascua del firmamento y cada uno trepará en sueños, la sedosa escala de Jacob, e irá a buscar entre el follaje de las nubes, los aguinaldos que nos haya reservado el destino.

Y si no logramos descolgar nuestra estrella, tampoco descenderemos con las manos vacías, porque siempre hay algo para nosotros, hombres de melancolía y de esperanza; y para el que se baña, en sueños, en la luz de la luna, todos los resplandores celestes tejen la túnica inconsútil de la serenidad. Entonces se irá por la vida como desnudo, y vestido sin embargo invisiblemente de indulgencia y de perdón.

Noche Buena, cuando el Niño Jesús vuelve a nacer; él nos habla de esa primavera en que las

almas rejuvenecen incesantemente; él que no muere; éi que renace para que durante una hora volvamos a sentirnos inocentes como somos todos: efímeros y eternos pajarillos de barro que su manecita echa a volar cada año y que nuevamente vuelven a abatirse sobre la tierra y a ser esbozados nuevamente, ¿qué otra cosa somos sino una ilusoria banda de golondrinas, siempre cambiante y siempre la misma, ahuyentada por el invierno y retornando, retornando, como lo retorna todo el tiempo?

Durmámonos confiados, que la muerte tiene su Pascua de Resurrección como la vida, y lo que es mejor, tiene su Navidad; ¿qué ilusión interrumpida, no puede ser reanudada? ¿qué amor perece, ni qué gancho, el más seco, no retoñará en el árbol imperecedero?

El se yergue en la glacialidad de la playa desamparada, junto al mar silencioso. Y el último lecho será una cuna para quien lo haya dispuesto a su sombra. Y su sombra será el ensueño del alba, del más allá, de mi ansia, de mi nostalgia, de mi presentimiento, de todo lo que puede despertarse.





Suite

- I.—Canción Lustral.
- II.—Fantasía.
- III.—Meloepa del Taller.
- IV.—Himno heroico.
- V.—Canto de las Cimas.
- VI.—Meditación.
- VII.—Serenata distante.
- VIII.—Andantino.
- IX.—Balada de la muerte.

I.—CANCION LUSTRAL

He aquí, ángel mío, niño mío, la transparente urna del azul, única que puede encerrar al mar, y más arriba, he ahí el sol, único que puede atravesar el ambiente cristalino sin romperlo. Yo te llevo en alto, niño mío, ángel mío, y tu leve

peso da alas a mi pecho. Me parece que acabas de desprenderte del infinito, que acabas de caer entre mis brazos para vivificar mi corazón. Me parece que yo mismo acabo de venir al mundo en esta mañana milagrosa, que todo ha nacido hoy y que este instante será eterno.

Niño mío, ángel mío, descendamos hasta la playa como se remonta hasta la fuente. Yo que te di la vida, voy a invocar sobre tu cabeza la bendición de los elementos. El aire te viste como un ajuar de gasa; el día prende en tus ojos la primera chispa; la onda salobre se mece como una cuna; niño mío, ángel mío, yo te bautizo en nombre del soplo que nos envuelve, de la luz que nos enciende, del agua palpitante que nos sonríe, de la madre tierra que nos aguarda...

II.—FANTASIA

I

Visitó mi jardín, la dama velada que transforma las flores en piedras preciosas.

Y las rosas rojas pasaron a ser rubíes, y las violetas, amatistas, y esmeraldas las hojas verdes.

¡Triste de mí, que había trocado contra una diadema de pedrerías, las galas palpitantes de mi juventud! Hasta mis lágrimas congeladas se cristalizaron en una sola, que a la par debía oprimirme y desgarrarme el pecho.

II

A veces sueño, que no sé qué nueva primavera, ha vuelto las piedras, flores. Perlas, turquesas y co-

rales tornarán también a ser flores de azahar, myosotis y flores de durazno, y tocado por la gracia del amor, mi corazón va a despertarse purificado y fortalecido por su letal encantamiento.

Pero no pasa de ser un sueño; porque más difícil que la resurrección de los muertos es tal vez la de los vivos.

III.—MELOPEA DEL TALLER

Yo recuerdo haber visto reunirse todas las tardes, un grupo de niñas que venían a bordar y a tejer cada una su labor de mano; aprendices, pequeñas bordadoras y tejedoras de afición que, entre la urdimbre de los bastidores, dibujaban flores y pájaros brillantes.

Y cada una, recogida sobre sí misma, dejaba correr, dejaba volar su capricho. Eran estrellas que, en dos puntadas, venían a posarse dulcemente sobre las rodillas de las divagadoras; eran lirios que brotaban milagrosamente del silencio; eran mariposas que despleaban sus galas y se iban muy lejos, apenas retenidas por una hebra a la fantasía que había sido su capullo.

Y todas las tardes, a cierta hora imprecisa, la maestra que penetraba al taller, despertaba de su ensueño a las obreritas, les hacía alzar la cabeza y consultar azoradas aquella voluntad obscura que, friamente, iba a dar un fallo sobre esos primores casi inmateriales.

Yo recuerdo el gesto severo del índice, la diestra imperiosa, que deshacía u obligata a deshacer mallas y realces, que introducía su método implacable en toda aquella esclosión embrionaria, pero fresca y perfumada como si hubiese sido hecha por oficialas de hadas, pequeños dedos que no

marchitaban el polen de los colores y que no se-
caban el rocío.

Y yo recuerdo el gran desaliento con que volvía
a caer la labor deshecha, sobre los regazos nacies-
tes, y las lágrimas que despuntaban en los ojos
de las niñas y rodaban por sus mejillas.



La obra de Penélope, siempre recomenzada y
nunca concluída, será tal vez menos imperfecta,
pero ya no la amaremos lo mismo, soñadores pri-
mitivos, a quienes la realidad corrige la trama de
nuestras fantasías. Nada de lo que habíamos ima-
ginado queda en el telar, y será preciso, sabia-
mente, resignadamente, acometer otra vez, sobre
la pauta, el modelo dispuesto por la vida; no en-
tremezclar nada de lo nuestro, porque no somos
sino aprendices de un plan desconocido de trabajo,
nada más que operarios que ejecutan una orden,
bajo una vigilancia inflexible.

Por eso, a veces, con los ojos perdidos a lo le-
jos, seguimos en lo invisible la desbandada de las
ilusiones. Nada se habrá cumplido sino la vida.
La tarea se nos escapa de las manos; pero es
preciso recogerla y proseguirla, proseguir hasta
que Dios quiera.

IV.—HIMNO HEROICO

(1914-1915-19...)

Hoy que la muerte mide el manto de la tierra
para ver si alcanzará a abrigar a todos los que

se han dormido en su regazo, yo me la figuro no como el esqueleto de las fantasmagorías, ni como la parca caduca de la mitología, ni siquiera como la pálida enamorada de los poetas; hoy que la humanidad se encara con lo desconocido y que los hombres corren a tomar las armas, sin siquiera volver la cabeza para enviarle un beso de adiós a la vida, yo me imagino al arcángel Azrael como a un adolescente olímpico que, calzando sandalias de bronce y coronado de mirtos, lleva terciada sobre su cuerpo desnudo, la bandolera de un tambor.

Y por los prados en flor y por los campos en miés y por los viñedos en racimo, cruza el efebo radiante, batiendo su redoble de cala-cuerda, y de cada hogar, a su pasada, se escapa otro mancebo e intrépidamente toma el paso en la cohorte sagrada. Una milagrosa oriflama formada de todos los colores del iris, parece desplegarse sobre nuestras esperanzas, como la columna de fuego que condujo, en otros tiempos, a los parias hasta un país de promisión, y una estrella, que es otra vez la de los magos, guía a las generaciones del presente hacia la cuna del porvenir.

No maldigamos de la luciente guadaña, que siega las espigas debilitadas para abonar el surco donde germinarán nuestros mejores anhelos. ¿Qué es la muerte sino un generoso sembrador, y qué, nosotros en su mano, sino el grano que puede multiplicar hasta lo infinito sus frutos? Desparramémoslos gloriosamente a los cuatro vientos, sobre el terreno preparado por nuestra sangre, y pensemos con deslumbramiento, al cerrar los ojos, que ese terreno es el crisol donde se elaboran la resurrección del ideal y la inmortalidad de la raza.

V.—CANTO DE LAS CIMAS

—Yo desearía...—empecé en alta voz.

Estaba solo; pero acababa de hacerme a mí mismo, el cuento azul de que un hada me daba a escoger lo que quisiera y, para precisar mi pensamiento, me respondía en alta voz:

—Yo desearía...

—Te he llevado a una altura, te he mostrado a un tiempo todos los reinos de la tierra y es natural que no atines a elegir—condescendió mi doble-yo, al verme indeciso.—Sabe, sin embargo, que no se trata de un juego, porque las aspiraciones son gérmenes que llevan en sí su realización. Desea, pues, profundamente lo que quieres y Dios te ilumine...

—Dios...—murmuré yo.

Muchas veces me había quejado del que hizo mi suerte, y ahora que me era dado enmendarla, he aquí que vacilaba.

—Vamos!—me estimuló con impaciencia el Tentador.—Te faltan muchas cosas, tantas, que una te parece ninguna y que, pidiéndola, temes tener que cambiar todo el ruidoso edificio de tu vida. Una debe haber, empero, más indispensable y más urgente y esa te será otorgada.

A mi propio asombro, mi incertidumbre persistía y se acrecentaba; comenzaba a entrever, más bien dicho, que ya no era precisamente una vacilación, sino algo mucho más arraigado y más profundo.

—Seguramente—insinuó mi guía,—lo que vas a preferir es el oro. La humanidad ha perseguido su veta a través de las edades, en todas las arenas ha tratado de cultivar su milagrosa pepita,

o ha buscado su fórmula en el fondo del crisol y en el agiotage de los juegos de azar. El áureo son, verdadero canto de sirena, ha ejercido su seducción sobre los hombres todos. ¿Quién, traído hasta esta montaña desde donde se dominan «todas las riquezas» ha resistido a la tentación? Uno hubo, cuyo reino «no era de este mundo», pero los suyos se apresuraron a fundir en oro su propia imagen y día a día, sobre las multitudes posternadas de sus prosélitos, se pasea esotéricamente el signo de la custodia, cuyo haz de rayos emerge del disco incoloro de la sagrada forma, hasta anularla en un deslumbramiento. El oro, metal precioso y maleable, según la química, buen conductor del calor y la electricidad, inatacable por el aire, el agua, y los ácidos, es un sér animado; pero si la vida se concentra en los ojos y la de los ojos en la mirada, podemos imaginarle no siendo sino una pupila y toda ella, mirada... SU mirada misteriosa e irresistible, todo irradiación y fascinación, tan pronto lívida y verdosa como la esperanza y la muerte, amarilla como la envidia y, como el odio, o roja como la pasión y la sangre; que, fructificante y fulmíneo, acumulador único de radioactividad, es el oro una miniatura del sol, dotada de todas sus propiedades.

Yo seguía guardando silencio, como un Aladino que descendido a la gruta de todos los tesoros, hubiese conocido la saciedad antes de tocarlos y remontase con las manos vacías, ni trémulas, ni afiebradas.

—No es, pues, el poder del oro—decidió suspirando, mi doble.—Será el poder del poder.

Y de nuevo su brazo abarcó y pareció reunir los reinos esparcidos de la creación. Era siempre el oro, tal vez, lo que evocaba este gesto, pero labrado en corona y en globo terrestre, o cincelado

en broquel o en cetro. Napoleón había trocado contra uno así, su templado acero, y si la suya cedió al vértigo ¿qué cabeza podría resistirlo?

Pero un gran cansancio, algo como el hastío de una omnipotencia varana, me había poseído y mi «yo» del cuento azul, no insistió.

—Decididamente es el tercer milagro, el doble milagro de juventud y de amor, soñado por Fausto, el que invocarás sobre ti. La ciencia de la vida te seduce más que su brillo. Hágase según tu voluntad.

—No, no;—interrumpí amedrentado.—Ni aspiro a rejuvenecer, si he de decaer de nuevo, ni aspiro a perdurar si no he de sucumbir. ¡Ah! No; ¡por piedad! Aleja de mí el castigo de semejante existencia. No me condenes a una saturnal sin amanecer, a la copa, sin sed y al asqueo de sus heces. El beso, cuando se prolonga, es el más refinado de los tormentos; las coronas de un festín así, parecerían peor que de espinas. ¡Déjame envejecer y morir!

Entonces la cólera sofocó a mi otro-yo; me enrostró mi mediocridad y mi falta de bríos; me consideró con sorna y con menosprecio... Yo, no obstante, había comprendido.

«Sabía», que aunque no fuese intachable el hado de nadie, al fin y al cabo, es el «nuestro», que ni el más mísero consentiría en cambiar por otro. La palabra «Fatum», que podía servir de epitafio a cada tumba, es también el «Sésamo-ábrete» de todas las puertas de la vida. Usa la Fortuna, la misma balanza que la Justicia. Tengamos confianza en ella, y como no sabemos en cuál de los dos platillos está nuestro sino, guardémonos de hacer pesar prematuramente nuestra voluntad ciega o nuestro juicio arbitrario. ¡No turbemos a los dioses! «Sabía», porque en nuestra breve existencia

lo vamos aprendiendo, que por los caminos más extraviados, todo conduce a un fin, y que inútilmente trataríamos de desviar ese cauce que, a cada uno de sus aparentes rodeos, de sus pasos subterráneos, de sus desbordes, no hace sino «concurrir» y hacer concurrir todas las cosas. «Sabía» que era preciso que el agua viva que somos todos, y que se viene y se va, fuerza es que venga, que lleve y pase, y con ella nuestros sentimientos y nosotros mismos. Todo se va y todo vuelve. ¡Ah! Esa circulación de la sangre, verdadero milagro de la transustanciación, a través del organismo universal! Anegados en ella, confundidos con ella, ¡qué poca y qué grande cosa, precedera e indestructible, éramos cada uno y todos! «Sabía» que Dios mismo, no quería, no «podía», modificar en un ápice esa armonía que se eslabonaba en la eternidad y el infinito, desde el destino de un embrión, hasta la misión de un Cristo, donde nada parece indispensable y donde, sin embargo, la estabilidad de los astros se apoya sobre las moléculas.

Y pensaba, que para ambicionar, sería preciso quedarse siempre en la llanura y entre la lucha; que visto desde la cima, así fuese de la tentación, dominado y abarcado, todo aparece reducido y como inseparable parte de un todo. Yo aspiraba el aire serenador de las cumbres, y súbitamente desembriagado, deificado y humanizado por la plenitud de mi convicción, a la vez orgulloso y sumiso, no deseaba sino lo que podemos desear: «nada sino lo que debe ser».

VI.—MEDITACION

Durante algún tiempo, no dejé de preguntarme la razón de mi atormentada juventud y de mi

niñez agostada. Yo conocía ciertamente las causas: miseria y ardientes aspiraciones; conocía los efectos: reconcentración y paciencia. Pero, el objeto de todo eso, me escapaba. Y soy de los que ponen tal vez su única fe en la utilidad de todo.

Ha pasado la mitad de la vida, toda la etapa abrasadora ha sido recorrida, y hecha la paz en mí, poco a poco la explicación buscada, ha ido surgiendo sola, imponiéndose a mi espíritu. Hay quienes gozan embriagadoramente de sus primeros años y no conocen después sino la saciedad o la desilusión. Hay, en cambio, los que como yo han sido templados por la suerte y en un momento dado se encuentran dueños de sí mismos, a un punto que nada, ni nadie, podría arrebatarnos la corona tan arduamente ganada: una corona tejido de amor sin fe y de fe sin esperanza.

Ni temer, ni esperar. Cuando se ha llegado a este punto, que podríamos llamar de desprendimiento, más bien que de abstracción, la existencia—la pequeña parte de existencia que queda en el fondo de nuestra copa—nos aparece sabrosa y saboreable. Hemos hecho la vuelta del terrible círculo y según la paradoja evangélica, somos astutos como serpientes y sencillos como palomas. El instante fugaz y efímero tiene para nosotros un valor inestimable, y por fin practicamos, más que proclamamos, la vieja sabiduría de que le basta a cada día su aflicción.

Un pensador creía, que a las estrecheces de su adolescencia, se debían sus goces de la edad madura; otro acredita, que se puede ser dichoso sin felicidad; estos pensamientos un tanto desencantados, pero que no esconden nada de mordiente ni de amargo, son sencillamente llevados a la realidad por los que, a través de múltiples pruebas, hemos podido hacernos un alma adaptable a las

pequeñas cosas amables—buenas o malas—que contiene cada lote humano.

Yo no querría sino invocar el ejemplo intuitivo de las abejas, que de las plantas más amargas, saben sacar precisamente sus más dulces mieles.

Si por nada desearía volver al pasado—en general no deberíamos desear sino lo que debe ser—tampoco renunciaría a la parte que me resta, inseparable de la que ha sido, pero por lo mismo, infinitamente compensadora.

Y cada mañana, elevo una acción de gracias por el día menos y el día más que es cada día que pasa, y sino se me ocurre pedir se adelante ni retrase mi hora—habiendo aprendido por mi parte, cuanto mejor hace las cosas el destino—siento en cambio, la plenitud del instante. La limpidez del aire me envuelve, todo el azul parece entrar en mí, y al poner la planta en la arena de la playa, bajo el medio-día magnífico, una obscura sensación, que es casi una reminiscencia, me advierte que este poco de la vida que soy, conserva sus vínculos indestructibles con el sol suspendido sobre mi cabeza y con el mar extendido a mis pies.

VII.—SERENATA DISTANTE

Una vez más iré a inclinarme sobre la ancha fosa del mar, y como quien ve desaparecer un féretro, veré alejarse el esquife que te arrancará de mi lado. Una vez más habré asistido a esa muerte en vida que se llama una separación y una vez más volveré paso a paso, como de un cementerio, para encontrarme en el hogar vacío.

Infinitamente más desoladora que en el más allá, vivirás en la ausencia, primero en mi recuerdo

y después, poco a poco, en mi olvido. Y para mí, cuyo sentimiento no pudiste saber, y para ti, cuyo sentimiento no quise saber, se habrá cumplido la ley inexorable, que nos hace los sobrevivientes de nosotros mismos, de lo mejor de nosotros, de nuestro corazón y de su esperanza.

Dios te ampare, amiga mía, ya que tan impotente es la virtud del sentimiento. Y puesto que no volverán a revolotear mis pensamientos en el círculo de tu lámpara, puesto que nunca más nuestras miradas se abismarán juntas en el vacío, ni escucharemos el mismo ruido en el mismo silencio, que Dios me conduzca a menudo, y aunque sea en sueños, al borde de la infranqueable fosa del mar, y vuelva yo a sentir siquiera, aunque sea durmiendo, el desgarramiento de esta tarde, cuando se divida para siempre nuestro destino.

VIII.—ANDANTINO

Todas las noches, el sueño me arma caballero, con la escafandra y el casco de bronce de los buzos, y mientras mi cuerpo queda en la ribera, mi espíritu desciende a las profundidades.

Y es que tan sólo ahí, en el fondo de ese mar de olvido, sobre cuya tranquila superficie sigue bogando nuestro barco, puedo encontrar los restos de mis naufragios, todas las afecciones perdidas, los maravillosos jardines submarinos de mis ilusiones, tantas cosas que no surgirán o no reflejarán más.

Entre ellas se pasea mi recuerdo, como por un campo-santo; ahí está lo que no llegó a nacer, y lo que ya no ha de resucitar, y tan sólo la varita mágica del sueño logra despertar por un momento esos dominios de la bella durmiente, donde me vuelvo a encontrar mucho más real que a la luz

de lo que llaman realidad. En los subconscientes del engañoso misterio que somos, puedo mostrarme al fin «yo mismo», desligado de toda vana apariencia. Y es asombroso lo que esta vieja alma mía, tal vez pronta a estallar como una burbuja, es conmovedor como se parece en ese momento, al alma diáfana de un niño.

Pero suena desde arriba el aviso y es preciso pasar, de la traslucidez del sueño, de esa noche de esmeralda, a la crudeza del día. Ha amanecido y ya es tiempo de revestir las ropas que yacían junto al lecho. ¡De pie, hombre de tantos años! Trata de abarcar la vida con tus ojos mal despejados y, por entre el tumulto hostil, vuelve a pasear tu fantasma de sonámbulo.

IX.—BALADA DE LA MUERTE

Ibamos juntos: el vasto mundo no era sino una llanura calcinada bajo el sol abrasador, y el Hombre y el Niño, éramos únicos compañeros en esa áspera jornada. A veces, una brizna seca que arrasaba el viento, lo hacía triscar delante de mí como un cervatillo; a veces, cualquier accidente del camino, lo hacía quedarse atrás. Pero yo retardaba inquieto el paso y sin volver la cabeza, sentía el trote menudo de sus piececitos sobre la dura tierra. Entonces se colgaba de mi brazo y yo lo estrechaba, fortalecido, pudiendo abarcar con confianza el horizonte impenetrable.

¿Era solitario el camino? A lo lejos veíamos pasar otros hombres, y otros grupos nos cruzaban; pero nosotros éramos dos. Mi vida no tenía valor, sino desde que aquel paso de niño, trataba de ajustarse a mi pesado paso; desde que un corazóncito nuevo, hacía acelerar el ritmo de mi corazón. Nada más podía ofrecerme la tierra, que

aquel compañero salido de mí, caído en mis brazos, desde quién sabe qué desconocido, que me había escogido en el mundo por su ángel tutelar, a mi que, hasta entonces, había llevado la existencia como un fardo.

Una sola angustia me sobrecogía de cuando en cuando, a la vista de nuestra unión: ¡si el Destino me cortase el camino... Si mi niño debiera continuarlo solo, él tan pequeñito, tan indefenso, bajo la indiferencia del cielo!... Entonces yo me aferraba a mi vez a su mano, como si esos tiernos deditos de carne, pudieran retenerme al borde del abismo. Y el niño, leía en mis ojos un amor tan humano, que solía arrojarse a mi cuello y cubrirme de besos, sin saber por qué, el inocente.

Y he aquí que de pronto, en plena marcha, la caebcita dorada se ha ensombrecido como si una nube se hubiese extendido sobre nosotros; sus ojos, en que yo miraba el sol, han parpadeado para el gran sueño, y sobre mi pecho silencioso como un mar muerto, el niño venido del misterio, se ha desvanecido en el misterio, dejándome en medio de los campos abrasados, solo ante la inmensidad del poniente, bajo el cielo cerrado a toda esperanza y a toda plegaria.

Y mis pisadas resuenan como las de un fantasma y ya no me parece marchar sino sobre una tumba, una sola tumba inmensa, sin límites, y que muy luego sin embargo, será estrecha para contener mi corazón.





La vaga fecha

París, 27 a 28 Febrero 1918, (medianoche)

Esta mañana, me dije: ¡es hoy!

Entonces fui a mi biblioteca y tomando un libro de Loti, que me acompaña casi desde mi infancia, lo hojeé hasta encontrarme con aquel pasaje en que el autor, niño también, sueña ante las anotaciones de un viejo libro de bitácora encontrado en el granero de sus abuelos, y sobre todo delante de una inscripción que no dice sino «hoy martes, 2 de Diciembre de 1839». Y el futuro marino se pregunta, considerando esa línea trazada con una tinta ya desvaída, esa página en blanco amarillenta, cómo se pasó aquel 2 de Diciembre de 1839, de qué modo lo vivió el oscuro antepasado que lo consignara, en qué mares, bajo qué sol.

Yo no releía la admirable divagación literaria, lo único que veía era, al margen, una acotación de mi propia mano, hecha con una tinta ya destañada también, que decía «hoy 27 de Febrero de 1901!» y más abajo, entre signos interrogativos: «¿27 Febrero 1918?»

Toda la escena volvió a representármese. Sin cerrar los ojos, evocaba esa mañana de hacen hoy diecisiete años, aniversario para mi patria y mi familia del heroísmo de uno de los míos, en que leyendo éste mismo volumen, a orillas del Océano Pacífico, lo cerré un momento para seguir el vuelo de las propias fantasías que me había sugerido. Era yo casi un niño, pues no tenía sino diecisiete años, y por una reflexión irreflexiva, preguntándome a mi vez qué sería de mí diecisiete años más tarde, marqué abajo de la fecha de ese día, la del que ha amanecido hoy, la de este 27 de Febrero de 1918.

¡Ah! yo era un niño, niño precoz y humilde, que casi sin ninguno de esos que se llaman recuerdos de infancia, entreveía un porvenir incierto. El mar me cantaba al oído la misma invitación que años atrás había insinuado, en otras costas, al futuro narrador de Pescadores de Islandia, y así como él se había vuelto vacía el pasado desaparecido, yo me volvía hacia un perturbador futuro y me proponía a mí mismo, si me sería dado volver a abrir el libro en que acababa de anotar una fecha, y confrontarla. ¿Dónde? ¿en qué estado de ánimo llegara a poder hacerlo?

Esta mañana me dije, es hoy.

Había diecisiete años, pues, entre aquella mañana y esta: ¿donde estoy, y cuál es mi espíritu? ¿qué han visto mis ojos, qué ha pasado por mi corazón en este intervalo? Nada he visto sino el mundo y no me ha pasado nada sino la vida.

Delante del libro abierto, remonto la corriente de este riachuelo que es mi existencia, mansamente deslizándose entre las riberas de su suerte, hacia el mar que debe absorberlo. Sombras de personas, ecos de palabras, reminiscencias de lugares, surgen en mi interior y me vienen a la garganta,

como una hemorragia que quisiera ahogarme. Casi siento en la boca un dejo de sangre. La herida está viva, pues, por suerte; el desencanto, la resignación, el olvido, no han venido a cicatrizarla.

¿Qué creía, qué esperaba, qué amaba yo entonces? Todo y nada se ha cumplido, porque no se ha cumplido sino la vida, lo único que puede y debe realizarse. Si soñé la fortuna, tengo la independencia; si la gloria, tengo una pequeña obra que entre los míos asegura mi nombre; si el amor, el prodigio ha tomado forma para mí desde hace algún tiempo y amaré y seré amado durante algún tiempo todavía. ¿Habré triunfado, pues?

No conozco nada más irónicamente amargo, salvo este inventario de la propia existencia, obligándonos a comprobar desoladamente, que, en suma, deberíamos darnos por satisfechos. Se quisiera llorar, casi pedir auxilio. Y los ojos quedan secos y la voz expira en los labios. ¿El ideal no era, pues, más que esto?

Y otra vez asoman en nuestra memoria las mil visiones que nos han llenado, lampos de países, fantasmas de amores. Los siete puertos-llave del orbe, las siete puertas y la llave única que las abría todas. De tanto vagar no queda sino un divagar: un rincón de plaza soleada de Verona; un niño en Bologna; el encuentro de dos barcos en alta mar; la Cruz del Sur enderezándose sobre el cielo, vista por la tronera de mi camarote; Zahir charlando conmigo al pie de la Esfinge; una taza de café en Adén y el ouchac que me la sirviera; una canción de niña etíope en una choza de Djibouti; las noches vibrantes de Calcutta y nuestro sonambulismo con mi criado árabe; Gatita y las siestas del país incásico; Triana y los patios; el efebo de los ojos verdes y el ajenjo de los bulevares. De mis peregrinaciones religiosas, Roma, la

Kaaba, el Santo Sepulcro, Boudha-Gaya, o Benares, un vacío de agotamiento. Nada de los innumerables museos, parthenones y bibliotecas. De mi tierra austral, apenas la memoria de los muertos. Por lo demás, ¿cuáles son, para el viajero, los vivos ni los muertos? La ausencia iguala esas dos separaciones y lo mismo que puedo hacerme la ilusión de que «los idos» me esperan en alguna parte, lo mismo puedo creer que aquellos que tampoco volveré a ver, aunque todavía existen, han dejado para mí de ser o yo he dejado de ser para ellos. Esta «vasta tierra» la he medido yo con mis pasos. Esa inagotable copa que se llama el sentimiento, la he apurado hasta las heces. Estoy rendido, pero ni me siento ebrio, ni desalterado.

Loti me vuelve a la mente, ya no la vaga celebridad que admiramos sino el hombre que yo he amado. Un viernes, en un Selamik de ese Sultán Rojo que acaba de morir destronado, en un grupo de diplomáticos me presentaron al amante de Aziyadé. Estábamos en la Constantinopla que él me había hecho presentir y hacia la cual me había atraído su lectura. Un momento vagaban nuestros ojos a través de los ajimeces abiertos, por el Bósforo y el amontonamiento de Stambul, contemplando el mismo panorama; pero el uniforme de parada que ambos vestíamos, me impidió hablarle como hubiera deseado hacerlo y me contenté con mirar aquel hombre que tan profundamente ha sentido la vana embriaguez del amor y el vértigo inmanente de la muerte; con mirarlo, deseando que mi mirada se imprimiese en su espíritu, el más sensible que haya existido nunca.

Como los años pasaran con sus trastornos, la revolución de los jóvenes turcos, el incendio de Hadi-Keui, y la guerra de la Tripoli-

~~~~~

tania, otra vez asistía yo en la iglesia de Saint Germain des Prés de París, a los funerales de un académico. Todos los inmortales estaban presentes junto a la urna que encerraba los despojos del Secretario Perpetuo de la Academia Francesa. Y mirando distraídamente las decorativas barbas de Henri Houssaye, que ya ha muerto, o el birrete de Sardou, que también ha muerto, me divertía asociando a la ceremonia esas palabras perpetuo e inmortal, que tan poco significaban delante de la muerte.

De pronto sentí que alguien me examinaba con fijeza y al volverme ví a un marino; las mejillas delicadamente pintadas como una japonesa, los ojos sombreados de kohl, parecía el mismo que yo había conocido en el Stambul de los sultanes; y sin embargo el tiempo había hecho su obra y si yo no era ya un joven, él ya era un viejo.

Me había reconocido y a la salida, mientras los reporters se repetían el nombre célebre, el poeta de la nostalgia, que acababa de evocar nuestro Viernes del Serrallo, me dijo estrechándome la mano.

—Ya ve usted que la vida no es sino recordar.

No es sino recordar, la vida, me digo pensando en los para mí países de ensueño, definitivamente desencantados por el hombre desde hace diecisiete años, la vieja China y el Japón de leyenda, Venecia, Constantinopla y Moskow, la Alemania medioeval y mi pobre Francia entregada a los yankees. La vida no es sino recordar, me repito ahora que veo desvanecerse esta fecha, anticipadamente estampada por mi cuando me aparecía como fantásticamente lejana. Todo llega y como complemento Todo Pasa.

Estos diecisiete años se resumen en un momento y como la pipa que se ha fumado, sólo queda una

pulgarada de ceniza en el cenicero y en el aïre un girón de humo. Todavía una ráfaga de aire y nadie, ni nosotros mismos, se recordará siquiera que hemos ardido hasta consumirnos.

Hoy, ese 27 de Febrero que un yo adolescente suponía hace diecisiete años, se ha pasado como todos los días. Vivo al borde del Sena. El día ha amanecido lluvioso. Alguien sale. La asistenta viene a asear el departamento. Después, a la hora de almuerzo, me he encontrado con algunos conocidos. He recibido al hijo de aquel héroe cuyo aniversario es hoy y que también lucha por el arte en París. Más tarde desciendo los grandes boulevares bajo una llovizna fina de rezagos de invierno. La comida. Y mientras en la pieza vecina alguien lee, mientras reposa la ciudad entera bajo la constante amenaza de muerte que cierne sobre ella la Gran Guerra, yo trazo esta única página de un diario que nunca he llevado porque presentía lo inútil de esta lucha por fijar el fugitivo instante.

Y como antes de reemplazar en su estante el libro de Loti de mi juventud, quisiera vagamente añadir otra fecha a esas dos, me detengo amedrentado. Treinta y cuatro años de mi existencia caben entre esas dos líneas; pero en la vida, como en el ajedrez, no se puede doblar impunemente las cantidades y nunca osaría yo volver a emplazarme a mí mismo para de aquí a igual término. Apenas si mi imaginación se aventura a figurarme en otros diecisiete años, y soñador y emocionado como si desafiase al destino, trazo esa fecha del 27 de Febrero de 1935, y si el porvenir me permite cotejarla con el presente, como he podido hacerlo hoy con el pasado, me figuro ya viejo, en un mundo renovado, y seguramente echando de menos mi relativa juventud de hoy.

Apago las luces y a tientas me instalo en mi

---

sillón junto al fuego; en el negro escenario de la chimenea las llamas rojas o lívidas, representan una farsa muy parecida a mi existencia. La vida parece haberse detenido y, ni viviente ni muerto, me parece soñar o ser más bien el único que vela sobre un mundo de pesadilla.

A lo lejos, entre las neblinas del río, el reloj de Nuestra Señora ha comenzado a sonar la medianoche; pero antes que se apague su última vibración, otras torres de otras iglesias repiten la hora y en vez de doce son incontables las campanadas que, como dobles funerarios, llenan el espacio nocturno.

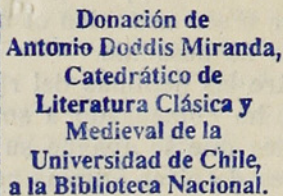
Entonces, en alta voz en el recogimiento, yo me hablo a mí mismo, como un sonámbulo.

Hoy fué ayer.

Hay entre estas páginas, algunas que yo no sabría releer sin revivir en cierto modo, el pasado, lo cual las hace inapreciables para mí.

Pluguere al arte, fuese comunicativa mi emoción y que, al cerrar el libro, alguien se separase como de compañeros de viaje, de los amigos exóticos: Kouchits, Yvy, Etbari, Zahir, o ese otro que, a su vez, junto con poner fin a NIRVANA, se despide de su juventud.

FIN

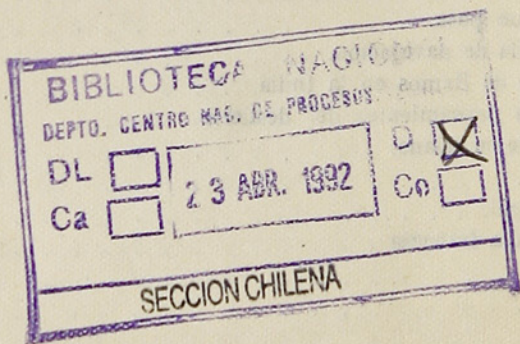


**Donación de  
Antonio Doddis Miranda,  
Catedrático de  
Literatura Clásica y  
Medieval de la  
Universidad de Chile,  
a la Biblioteca Nacional.**

## INDICE

|                                               | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------|--------------|
| Dedicatoria. . . . .                          | 5            |
| Observación. . . . .                          | 7            |
| Navidad en el mar. . . . .                    | 9            |
| Sonatina. . . . .                             | 14           |
| Fantasma. . . . .                             | 17           |
| Merienda de gatos. . . . .                    | 21           |
| Ciertas máximas de la Mónica Privada. . . . . | 33           |
| Vaga y lejana vuelve. . . . .                 | 1            |
| Carnaval. . . . .                             | 49           |
| Nirvana. . . . .                              | 57           |
| La cruz del Sur. . . . .                      | 63           |
| Día de arribo. . . . .                        | 69           |
| La isla encantada. . . . .                    | 73           |
| Barco que pasa. . . . .                       | 83           |
| Último día de navegación. . . . .             | 87           |
| Domingo de Ramos en la India. . . . .         | 99           |
| Pequeños pensamientos del destierro. . . . .  | 105          |
| Una pariente lejana. . . . .                  | 113          |
| Etbari. . . . .                               | 117          |
| Billamangal. . . . .                          | 121          |
| En la India francesa. . . . .                 | 131          |
| Ellos. . . . .                                | 141          |
| A bordo. . . . .                              | 147          |

|                                          | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------------|--------------|
| País negro . . . . .                     | 159          |
| Alta mar. . . . .                        | 165          |
| Intermezo. . . . .                       | 169          |
| En la tierra del mar . . . . .           | 177          |
| Mamm-Ker. . . . .                        | 181          |
| Todo pasa. . . . .                       | 193          |
| Viejos años nuevos. . . . .              | 197          |
| En una mañana de esta Primavera. . . . . | 205          |
| Pasan y es alejan. . . . .               | 209          |
| El sueño de la noche de Otoño. . . . .   | 213          |
| Sombras y reflejos. . . . .              | 217          |
| La habitación y el huésped. . . . .      | 221          |
| Pasaban y pasábamos. . . . .             | 223          |
| Album de novelettes. . . . .             | 229          |
| Suite. . . . .                           | 247          |
| La vaga fecha. . . . .                   | 261          |



BIBLIOTECA NACIONAL  
SANTIAGO DE CHILE





